

Revista Espírita

Periódico de Estudios Psicológicos

1858-1861

Colección de Textos de

Allan Kardec

3

Prefacio de José María Fernández Colavida
psicografiado por Divaldo Pereira Franco

Organización y traducción:

Simoni Privato Goidanich

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespírita.org



www.ebookespírita.org

Revista Espírita

Periódico de Estudios Psicológicos

1866-1869

Colección de Textos de

Allan Kardec

Prefacio de José María Fernández Colavida
psicografiado por Divaldo Pereira Franco

Organización y traducción:

Simoni Privato Goidanich

Copyright 2010 by
Simoni Privato Goidanich

ISBN 978-9942-02-928-7

1.ª edición, junio de 2010.

Quito, Ecuador.

1000 ejemplares.

Portada basada en el cuadro L'Été, de Claude Monet (1874)

Revisión del idioma español: Fabricio Vásquez (Quito, Ecuador).

Diagramación: Roberto Goidanich y Simoni Privato Goidanich.

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados única y exclusivamente para la autora. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, Internet, CD-Rom, sin la previa y expresa autorización de la autora y mención de la fuente (título, autora, lugar y año de publicación), en los términos de la legislación sobre los derechos de autor.

La autora costó todos los gastos de elaboración, diagramación e impresión de este libro, tal como lo hizo con sus obras anteriores. La autora no recibe ninguna retribución financiera por los libros que publica, ni siquiera para la restitución de los gastos realizados por las publicaciones. Todo el trabajo que la autora realiza en la Doctrina Espírita es *ad honorem*.

Los ejemplares de esta edición han sido donados a instituciones espíritas de varios países. Se autoriza a las instituciones espíritas beneficiarias a vender los ejemplares recibidos en donación, con la condición de que los recursos financieros obtenidos por la venta sean utilizados totalmente para tareas de estudio de las obras de Allan Kardec y de aquellas que les son fieles o para asistencia y promoción social espírita.

Dirección electrónica: simoniuruguai@yahoo.com

Estudios Espíritas: www.estudiosespiritas.blogspot.com



Sumario

Biografía resumida de José María Fernández Colavida, p. 7

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos: Colección de Textos de Allan Kardec, p. 11

Mensaje de José María Fernández Colavida psicografiado por el médium Divaldo Pereira Franco en la reunión mediúmnica del Centro Espírita Camino de Redención, en la noche del 20 de enero de 2010, en Salvador, Bahía

Introducción, p. 15

1 – Consideraciones sobre la oración en el Espiritismo, p. 19

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 9.º año, n.º 1, enero de 1866

2 – Introducción al estudio de los fluidos espirituales, p. 26

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 9.º año, n.º 3, marzo de 1866

3 – El Espiritismo sin los Espíritus, p. 42

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 9.º año, n.º 4, abril de 1866

4 – Dios está en todas partes, p. 51

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 9.º año, n.º 5, mayo de 1866

5 – Del proyecto de caja general de auxilios y otras instituciones para los espíritas, p. 59

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 9.º año, n.º 7, julio de 1866

6 – Vistazo retrospectivo sobre el movimiento del Espiritismo , p. 76

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 10.º año, n.º 1, enero de 1867

7 – Atmósfera espiritual, p. 89

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 10.º año, n.º 5, mayo de 1867

8 – Los médicos-médiums, p. 95

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 10.º año, n.º 10, octubre de 1867

9 – Ensayo teórico sobre las sanaciones instantáneas, p. 101

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 11.º año, n.º 3, marzo de 1868

10 – Sesión anual conmemorativa del día de los difuntos (Sociedad de París, 1.º de noviembre de 1868) – DISCURSO DE APERTURA POR EL SR. ALLAN KARDEC – ¿El Espiritismo es una religión?, p. 111

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 11.º año, n.º 12, diciembre de 1868

11 – Constitución transitoria del Espiritismo, p. 127

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 11.º año, n.º 12, diciembre de 1868

12 – El poder del ridículo, p. 164

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 12.º año, n.º 2, febrero de 1869

13 – Biografía del Sr. Allan Kardec, p. 171

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 12.º año, n.º 5, mayo de 1869



Biografía resumida de José María Fernández Colavida

(Tortosa, 1819 – Barcelona, 1888)

Si deseáramos describir, en pocas palabras, quién es José María Fernández Colavida, deberíamos afirmar, ante todo, que se trata del ejemplo real y concreto del hombre de bien y del verdadero espírita, enseñado en *El Evangelio según el Espiritismo*.

Conocido, con toda justicia, como el *Kardec español*, trabajó y sigue trabajando permanentemente por el progreso de la humanidad, divulgando la Doctrina Espírita no solamente por medio de su perfecto conocimiento doctrinario, sino también por el fiel ejemplo que siempre ha dado de la práctica de las enseñanzas espíritas, sobre todo de la ley de amor, de justicia y de caridad.

Primer traductor y editor de los libros de Allan Kardec al idioma español, jamás buscó ventajas materiales en las obras que publicaba, donando muchas de ellas en beneficio de la divulgación doctrinaria o vendiéndolas a precios simbólicos, que ni siquiera cubrían los costos generados por la impresión. Fue gracias a su abnegado trabajo de divulgación doctrinaria que Amalia Domingo Soler, entre otros innumerables beneficiarios, pudo tener las obras de Allan Kardec, como ella misma cuenta en *Memorias*: «[...] Fernández Colavida me mandó la colección completa de su *Revista*, las obras de Allan Kardec y una carta cariñosísima. Cuando yo me vi dueña de los libros de Kardec por los que tanto había suspirado, mi alegría fue inmensa».

Fundador, director y redactor, en Barcelona, de la *Revista Espiritista – Periódico de Estudios Psicológicos*, posteriormente denominada *Revista de Estudios Psicológicos*, fue el mayor divulgador espírita para los países de lengua española. Realizó un

trabajo admirable de orientación doctrinaria a espíritas de varios lugares del mundo, tales como Argentina, Colombia, Cuba, Ecuador, Filipinas, México, Perú, Uruguay, además de España.

En la obra *La luz que nos guía*, se transcribe la siguiente información, publicada en el periódico barcelonés *El Diluvio*, con ocasión de la desencarnación de Fernández Colavida: «Nada más cierto Fernández ha sido un verdadero apóstol del Espiritismo; ha amado su ideal filosófico sobre todas las cosas de la Tierra, y bien lo probó cuando en el día 9 de Octubre de 1861 en la explanada de Barcelona en el lugar donde se ejecutaban los criminales condenados al último suplicio, por orden del Obispo de la ciudad Condal fueron quemados trescientos volúmenes y folletos sobre Espiritismo, propiedad del Sr. Fernández. Éste siguió imperturbable su trabajo de propaganda [...]».

Fue el fundador de la primera librería espírita en la capital de Cataluña, así como de la *Asociación de los Amigos de los Pobres*, de la *Sociedad Barcelonesa Propagadora del Espiritismo*, y fue el director del *Grupo Espírita La Paz*, instituciones en las que trabajó con ahínco por el bien del prójimo.

Presidente de honor del *Primer Congreso Internacional Espírita*, realizado en Barcelona en septiembre de 1888, pocos meses antes de su desencarnación, recibió el homenaje con la mayor humildad, pues jamás buscó ningún reconocimiento, excepto el de su propia conciencia.

Gran soldado de la paz del Cristo, ha trabajado de manera incesante por la unión de los espíritas alrededor del estudio y de la práctica de la moral de Jesús, así como de las enseñanzas codificadas por Allan Kardec. Sus manos laboriosas, herramientas luminosas en servicio constante a la causa espírita, escribían, en su más reciente encarnación, textos doctrinarios, cartas de orientaciones a espíritas de todas las condiciones sociales y de varias nacionalidades. Igualmente, llevaban

auxilio a necesitados de toda especie, tanto la ayuda material a las personas pobres económicamente como los fluidos saludables a los enfermos de cuerpo o de alma. En la vida espiritual, esas mismas manos, además de permanecer fielmente en el trabajo de las letras y del auxilio, nos son extendidas amorosamente para sostenernos en el recto cumplimiento de nuestros deberes como espíritas.

En su tumba, donde yace el cuerpo mortal, los espíritas de España y América, como una muestra de gratitud, deseaban construir un monumento. Con todo el respeto que esa iniciativa merece, no dejemos de prestar también otro homenaje al ejemplo inmortal de ese noble Espíritu bienhechor, edificando, en nosotros mismos, el monumento de la práctica de las dos enseñanzas fundamentales para todo espírita: «Hermanos, amémonos e instruyámonos».

Simoni Privato Goidanich

Principales fuentes consultadas:

- Amalia Domingo Soler. *Memorias*. 4.^a ed. Araras-São Paulo: Mensaje Fraternal-IDE, 2000.
- Amalia Domingo Soler. *La luz que nos guía*. 3.^a ed. Orihuela-Alicante: Centro Espírita *La Luz del Camino*, 2004.
- Divaldo Pereira Franco. *Hacia las estrellas*. Dictado por diversos Espíritus. 2.^a ed. Araras-São Paulo: Mensaje Fraternal-IDE, 1994.





José María Fernández Colavida

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos **Colección de Textos de Allan Kardec**

Después de la publicación de *El Libro de los Espíritus*, el día 18 de abril de 1857, el egregio codificador, inspirado por los Guías de la humanidad, concluyó que era necesario crear un periódico para mantener la correspondencia con los simpatizantes de la nueva doctrina, defenderla de las acusaciones de los enemigos gratuitos, presentar nuevas enseñanzas, divulgar mensajes nuevos y consoladores, culminando en la publicación de la Revista Espírita el 1.º de enero de 1858.

La *Revista Espírita* fue denominada como un *Periódico de Estudios Psicológicos*, en razón del alcance temático presentado, iniciándose la propuesta de una psicología espiritista.

En aquel momento, en que predominaban los conceptos de la filosofía positivista, de Augusto Comte, una audaz psicología del alma se presentaba como un desafío cultural y científico, en condiciones de enfrentar y vencer el materialismo dominante en las Academias y Universidades.

El coraje moral de Allan Kardec, consciente de la grandeza del Espiritismo y de su contenido científico, que demuestra, por intermedio de sus propios métodos experimentales, la legitimidad de sus conceptos, se transformaba en un desafío cultural, portador de los paradigmas filosóficos para la nueva era.

Fundamentándose siempre en la lógica y en la razón, como efecto de la investigación cuidadosa de los hechos, la *Revista Espírita*, se transformó en eficiente órgano de fecunda divulgación, de debates y de esclarecimientos de los nobles postulados espiritistas.

Se iniciaba, entonces, la lucha desigual entre las religiones dominantes, ciegas

en sus ortodoxias, haciendo coro con el materialismo dialéctico, histórico y mecanicista, en contra del Espiritismo, esa ciencia nueva, cuyos fenómenos se encontraban presentes en todas las épocas de la humanidad.

Acusaciones injustificables eran lanzadas de los púlpitos y de las cátedras científicas en contra de los médiums y de los espiritistas en general, intentándose macularles la conducta moral y el comportamiento psíquico, por falta de argumentación propia para superar sus paradigmas profundos.

Muchos periódicos se complacían en ironizar y ridiculizar el Espiritismo y sus adeptos, intentando impedir el desarrollo de sus enseñanzas iluminativas.

El Espiritismo había llegado a la Tierra para quedarse, para producir la revolución científico-filosófico-moral de la sociedad, y no para complacer a los dominadores temporales y equivocados de un momento, luego substituídos por otros más arbitrarios y perversos.

Había sido propuesto por Jesucristo para que fueran recordadas sus lecciones de amor y justicia que serían, como fueron, adulteradas, confundidas y transformadas en instrumentos de poder y de ilusión de los engañados teólogos de todos los tiempos.

Desvestido de cualquier forma dogmática, de supercherías, de ceremoniales, de fórmulas sacramentales, siendo una doctrina de pensamiento y de conducta ética, no tenía que temer a los arbitrarios dominadores de las mentes humanas, manteniendo su firmeza en todos los puntos fundamentales y laborando por la felicidad de los Espíritus encarnados o desencarnados.

A lo largo de los años, el maestro de Lyon se utilizó de la *Revista* para mantener ese combate entre las tinieblas de la ignorancia y la luz del conocimiento, entre-sacando posteriormente artículos, mensajes y estudios que constituirían las demás obras de la Codificación.

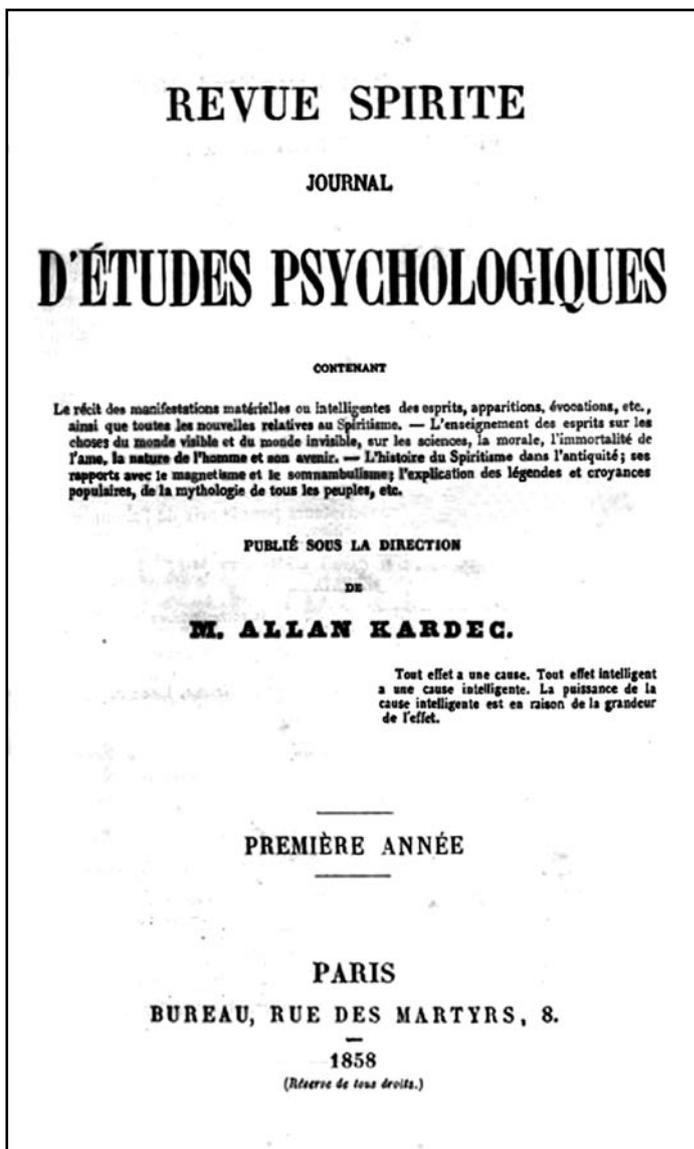
Poco conocida, y menos estudiada, incluso por muchos espiritistas, su divulgación, con el respeto que nos merece, es altamente oportuna, especialmente ahora, en estos días de sufrimiento y de incertidumbres para la sociedad, cuando se opera en el planeta terrestre el cambio de *mundo de pruebas y de expiación a mundo de regeneración*, el surgimiento de un compendio más de extractos de los diversos años de su publicación, traducidos al español, facilitando el entendimiento de las enseñanzas espiritistas.

Hacemos votos de éxito en la divulgación de ese volumen, de forma que sus estudios psicológicos puedan encontrar guarida en las mentes y en los corazones que se inquietan por la búsqueda de la verdad.

José María Colavida

(Página psicografiada por el médium Divaldo Pereira Franco en la reunión mediúmnica del Centro Espírita Camino de Redención, en la noche del 20 de enero de 2010, en Salvador, Bahia, Brasil)





Portada del primer número de la *Revista Espírita* –*Periódico de Estudios Psicológicos*

Introducción

Este tercer volumen de la trilogía *Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos: Colección de Textos de Allan Kardec* está compuesto de doce textos del Codificador del Espiritismo publicados entre 1866 y 1869. El primer volumen y el segundo contienen textos que Allan Kardec publicó, también en la *Revue Spirite – Journal d'Études Psychologiques*, en los períodos 1858-1861 y 1862-1865, respectivamente.

Toda la traducción al idioma español de esta trilogía fue hecha de los textos originales, escritos en francés por Allan Kardec en la *Revue Spirite – Journal d'Études Psychologiques*. Los originales de Allan Kardec pueden ser consultados en la Biblioteca Espírita Virtual de Obras Raras de la Federación Espírita de Paraná, Brasil, que se encuentra en la siguiente dirección electrónica: <<http://www.bibliotecaespirita.com>>.

No ahorramos esfuerzos para cumplir de la mejor manera posible nuestro deber de traducir con fidelidad y respeto el original de Allan Kardec. Un cuidado especial que pusimos, durante todo el trabajo, fue el de siempre traducir y jamás interpretar, es decir, buscamos transmitir con precisión la idea original del autor, sin ninguna opinión de la traductora. Además, dedicamos particular atención a la traducción de las expresiones idiomáticas francesas. Las obras de referencia utilizadas para la traducción del idioma francés fueron, sobre todo, diccionarios monolingües, como el *Littré* del siglo XIX y el *Petit Robert*. La principal gramática del idioma francés consultada fue *Le bon usage*, de Maurice Grevisse.

Además de guardar fidelidad con el contenido original, mantuvimos el estilo empleado por el Codificador en sus textos. Únicamente, para facilitar la lectura, nos tomamos la libertad de separar algunas frases más largas, sin cambiar su

significado, así como de resaltar frases de los textos poniéndolas en las partes inferiores y superiores de las páginas. También añadimos algunas notas de pie de página para mejor comprensión de determinadas expresiones y para referencias a otros textos de Allan Kardec.

La revisión del idioma español contó con la asesoría de un especialista, con quien trabajamos personalmente. Utilizamos, como referencia para la revisión, varios textos de la Real Academia Española, tales como la *Gramática de la lengua española* de la Colección Nebrija y Bello, el *Diccionario panhispánico de dudas* y el *Diccionario de la lengua española*, además de la *Gramática de la lengua castellana*, de Andrés Bello. Tomamos en consideración usos reconocidos por la nueva gramática del idioma español.

Como la trilogía termina con la desencarnación de Allan Kardec, decidimos incluir, a modo de epílogo, en este tercer volumen, la biografía del Codificador publicada en la *Revue Spirite* en mayo de 1869.

Sin la autorización y la ayuda espiritual, la elaboración de la trilogía *Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos: Colección de Textos de Allan Kardec* no habría sido posible. Por lo tanto, agradecemos inmensamente al Maestro Jesús la valiosa oportunidad que nos ha sido concedida de realizar este trabajo. Los buenos Espíritus con quienes hemos trabajado en esta trilogía resaltan siempre que los agradecimientos deben ser dirigidos al Maestro Jesús, pero no podemos dejar de agradecerles también.

Registramos, además, nuestra especial gratitud a los nobles Espíritus José María Fernández Colavida, Joanna de Ángelis y Hermana María, así como al médium espírita Divaldo Pereira Franco.

Estamos también muy reconocidos a todos los hermanos de buena voluntad, de varios países, que han estudiado y divulgado la trilogía *Revista Espírita – Periódico*

de Estudios Psicológicos: Colección de Textos de Allan Kardec.

Esperamos que este volumen, que les ofrecemos a los lectores con nuestros mejores sentimientos fraternales, contribuya para el estudio, la divulgación y la vivencia de las enseñanzas publicadas por Allan Kardec en la *Revue Spirite*.

Que el ejemplo y la obra de Allan Kardec permanezcan vivos en nuestros pensamientos, palabras y actos.

Quito, junio de 2010.

Simoni Privato Goidanich





Allan Kardec

1 – Consideraciones sobre la oración en el Espiritismo

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
9.º año, n.º 1, enero de 1866*

Cada uno es libre para considerar las cosas a su manera y nosotros, que reclamamos esta libertad, no se la podemos negar a los demás. Pero del hecho de que una opinión es libre, no se deduce que no se la pueda discutir, examinar sus puntos fuertes y débiles, pesar sus ventajas o inconvenientes.

Decimos eso con relación a la negación de la utilidad de la oración, que algunas personas desearían erigir como sistema, para hacer de ello la bandera de una escuela disidente. Se puede resumir así esta opinión:

«Dios estableció leyes eternas, a las que todos los seres están sometidos; nada Le podemos pedir y no tenemos que agradecerLe ninguna gracia específica. Por lo tanto, es inútil orar a Dios.

»La suerte de los Espíritus está trazada. Por lo tanto, es inútil orar por

ellos. Los Espíritus no pueden cambiar el orden inmutable de las cosas. Por consiguiente, es inútil orarles a ellos.

»El Espiritismo es una ciencia puramente filosófica; no solamente no es una religión, sino que tampoco debe tener ningún carácter religioso. Toda oración dicha en las reuniones tiende a mantener la superstición y la beatería».

La cuestión de la oración ha sido discutida, desde hace bastante tiempo, por lo que es inútil repetir acá lo que se sabe sobre este asunto. Si el Espiritismo proclama la utilidad de la oración, no es con ánimo sistemático, sino porque la observación ha permitido constatar la eficacia y el modo de acción de la oración. Puesto que, por las leyes fluídicas, comprendemos el poder del pensamiento, comprendemos

«Además de la acción puramente moral, el Espiritismo nos muestra, en la oración, un efecto de algún modo material, resultante de la transmisión fluídica»

también el de la oración, que es, por sí misma, un pensamiento dirigido hacia un objetivo determinado.

Para algunas personas, la palabra *oración* sólo revela una idea de pedido; es un grave error. Respecto a la Divinidad, es un acto de adoración, de humildad y de sumisión al cual uno no se puede negar sin despreciar el poder y la bondad del Creador. Negarse a orar a Dios es reconocer a Dios como un hecho, pero, a la vez, es negarse a rendirLe homenaje; en eso está también una rebeldía del orgullo humano.

Con respecto a los Espíritus, que

son las almas de nuestros hermanos, la oración es una identificación de pensamientos, un testimonio de compasión. Rechazarla es rechazar el recuerdo de los seres que nos son queridos, pues ese recuerdo compasivo y benévolo es, en sí mismo, una oración. Además, se sabe que aquellos que sufren la reclaman con insistencia como un alivio para sus penas; por lo tanto, si la piden es porque la necesitan; rechazársela es negarle el vaso de agua al infeliz que tiene sed.

Además de la acción puramente moral, el Espiritismo nos muestra, en la oración, un efecto de algún modo material, resultante de la transmisión fluídica. Su eficacia, en ciertas enfermedades, se constata por la experiencia, del mismo modo que se demuestra por la teoría. Rechazar la oración es, por lo tanto, privarse de un poderoso auxiliar para el alivio de los males corporales.

Veamos ahora cuál sería el resultado de esa doctrina y si tiene alguna posibilidad de prevalecer.

Todos los pueblos oran, desde los salvajes hasta las personas civilizadas; son llevados a eso por instinto y es lo que los distingue de los animales. Sin duda, oran de una manera racional, en mayor o en menor grado, pero, en fin, oran. Aquellos que, por ignorancia o pretensión, no practican la oración constituyen, en el mundo, una ínfima minoría.

La oración es, pues, una necesidad universal, independiente de las sectas y de las nacionalidades. Después de la oración, si uno está débil, se siente más fuerte; si uno está triste, se siente consolado; quitar la oración es privar a las personas de su más poderoso sostén moral en la adversidad. Por medio de la oración, las personas elevan su alma, entran en comunión con Dios, se identifican con el mundo espiritual, *se desmaterializan*, condición esencial de su felicidad futura; sin la oración, sus pensamientos quedan en la Tierra, se apegan cada vez más a las cosas materiales; de eso viene un retraso en su progreso.

Al discutirse un dogma, uno no se pone en oposición sino a la secta que lo profesa; al negarse la eficacia de la oración, se hiere el sentimiento íntimo de casi la unanimidad de las personas. El Espiritismo debe las numerosas simpatías que encuentra a las aspiraciones del corazón, y los consuelos que se extraen de la oración constituyen una gran parte de esas aspiraciones. Una secta que se basara en la negación de la oración se privaría del principal elemento de éxito: la simpatía general, porque, en lugar de dar calor al alma, la helaría; en lugar de elevarla, la rebajaría. La manera en la que el Espiritismo debe ganar en influencia es aumentando la suma de las satisfacciones morales que proporciona. Que aquellos que desean, a toda costa, lo nuevo en el Espiritismo,

**«La oración es, pues,
una necesidad
universal»**

**«hemos desaprobado
constantemente, en las
reuniones, las oraciones y
los símbolos litúrgicos de
un culto cualquiera»**

para atar su nombre a una bandera, se esfuercen en dar más que él; pero no es dando menos como lo suplantarán. El árbol despojado de sus frutos sabrosos y nutritivos será siempre menos atrayente que aquel que está adornado de ellos. Eso se debe al propio principio que siempre les hemos dicho a los adversarios del Espiritismo: el único medio de matarlo es dar algo mejor, más consolador, que explique y satisfaga más. Es lo que nadie ha hecho todavía.

Por lo tanto, se puede considerar el rechazo a la oración, de parte de algunos creyentes en las manifestaciones espíritas, como una opinión aislada que puede reunir a algunas

individualidades, pero que jamás reunirá a la mayoría. Sería sin razón que se le imputara esa doctrina al Espiritismo, ya que éste enseña precisamente lo contrario.

En las reuniones espíritas, la oración predispone al recogimiento, a la gravedad, condición indispensable, como se sabe, para las comunicaciones serias. ¿Eso quiere decir que se deben transformar las reuniones espíritas en asambleas religiosas? De ninguna manera; el sentimiento religioso no es sinónimo de religionario; se debe incluso evitar lo que les podría dar a las reuniones este último carácter. Es con ese objetivo que hemos desaprobado constantemente, en las reuniones, las oraciones y los símbolos litúrgicos de un culto cualquiera. No se debe olvidar que el Espiritismo debe tender al acercamiento de las diversas comuniones; ya no es poco común ver, en esas reuniones, a representantes de diferentes cultos que fraternizan entre sí. Es por eso que ninguno debe arrogarse la supremacía. Que cada uno,

en su fuero interno, ore como mejor lo entienda: es un derecho de conciencia. Pero, en una asamblea que se basa en el principio de la caridad, uno debe abstenerse de todo lo que podría herir susceptibilidades y que podría tender a mantener un antagonismo que, más bien, uno debe esforzarse en hacer desaparecer. Oraciones específicas en el Espiritismo no constituyen un culto distinto, ya que no son impuestas y cada uno está libre para decir aquellas que le convienen; pero tienen la ventaja de servir a todo el mundo y de no contrariar a nadie.

El propio principio de la tolerancia y de respeto a todas las convicciones ajenas nos hace decir que toda persona razonable, a quien una circunstancia conduce a un templo de un culto cuyas creencias no comparte, debe abstenerse de toda señal exterior que podría escandalizar a los asistentes; que incluso debe obedecer, en caso de necesidad, a prácticas de pura forma que no puedan comprometer en nada su conciencia. El hecho de que

Dios sea adorado en un templo de una manera que no sea tan lógica no es un motivo para contrariar a aquellos que consideran que esta manera es buena.

Al dar a las personas una cierta suma de satisfacciones y al probar un cierto número de verdades, el Espiritismo no podría ser reemplazado, como lo hemos dicho, sino por algo que diera más y que probara las verdades mejor que él. Veamos si eso es posible. Lo que le confiere la principal autoridad a la Doctrina es que no hay uno solo de sus principios que sea el producto de una idea preconcebida o de una opinión personal; todos, sin excepción, son el resultado de la observación de los hechos; es únicamente por los hechos que el Espiritismo ha logrado conocer la situación y las atribuciones de los Espíritus, así como las leyes, mejor dicho, una parte de las leyes que rigen sus relaciones con el mundo visible; este es un punto capital. Al continuar apoyándonos en la observación, hacemos que la

filosofía sea experimental y no especulativa. Para combatir las teorías del Espiritismo, no basta decir, pues, que son falsas: se les debería contraponer hechos que esas teorías fueran impotentes para solucionar. E incluso en ese caso, el Espiritismo siempre se mantendrá a la altura, porque sería contrario a su esencia obstinarse en una idea falsa y porque siempre se esforzará para subsanar las lagunas que pueda presentar, ya que no tiene la pretensión de haber llegado al apogeo de la verdad absoluta. Esa manera de considerar al Espiritismo no es nueva; se la puede ver formulada en nuestras obras desde siempre. Puesto que el Espiritismo no se declara ni estacionario ni inmutable, asimilará todas las verdades que se demuestren, de cualquier parte que vengan, aunque sea de la de sus antagonistas, y jamás quedará rezagado con relación al progreso real. Asimilará esas verdades, decimos, pero únicamente cuando estén demostradas claramente, y no porque se le haya antojado a

alguien darlas como tales, o porque sean sus deseos personales o productos de su imaginación. Establecido ese punto, el Espiritismo sólo podría perder si se dejara sobrepasar por una doctrina que diera más que él; nada hay que temer de aquellas que den menos y supriman lo que hace la fuerza y la principal atracción del Espiritismo.

Aunque el Espiritismo no haya dicho todo todavía, es, sin embargo, una cierta suma de verdades adquiridas por medio de la observación y que constituyen la opinión de la inmensa mayoría de los adeptos; y si esas verdades hoy en día han pasado a la condición de artículos de fe, para servirnos de una expresión empleada irónicamente por algunos, no es ni por nosotros, ni por nadie, ni siquiera por nuestros Espíritus instructores que han sido establecidas así, y mucho menos impuestas, sino por la adhesión de todo el mundo, y cada uno puede constatar esas verdades.

Si, pues, una secta se formara en

oposición a las ideas consagradas por la experiencia y admitidas, de manera general, como principios no podría conquistar las simpatías de la mayoría, cuyas convicciones contrariaría. Su existencia efímera se extinguiría con su fundador, tal vez incluso antes, o, por lo menos, con los pocos adeptos que habría podido reunir. Supongamos al Espiritismo repartido en diez, en veinte sectas, aquella que tendrá la supremacía y la mayor vitalidad será naturalmente aquella que dé la suma más grande de satisfacciones morales, que colme el número más grande de vacíos del alma, que esté fundada en las pruebas más positivas y que mejor se ponga al unísono con la opinión general.

Ahora bien, el Espiritismo, al tomar como punto de partida de todos sus principios la observación de los

hechos, no puede ser derribado por una teoría; al mantenerse constantemente en el nivel de las ideas progresivas, no podrá ser sobrepasado; al apoyarse en el sentimiento de la mayoría, satisface las aspiraciones de un número más grande de personas; fundado sobre esas bases, es imperecedero, pues allí está su fuerza.

Allí está también la causa del fracaso de las tentativas hechas para ponerle obstáculos. Hay ideas relacionadas con el Espiritismo profundamente antipáticas a la opinión general y que ésta rechaza instintivamente; construir sobre esas ideas, como punto de apoyo, un edificio o expectativas cualesquiera es colgarse inhábilmente a ramas rotas. He aquí a qué se reducen aquellos que, al no haber podido derribar al Espiritismo por la fuerza, intentan derribarlo por sí mismo.



2 – Introducción al estudio de los fluidos espirituales

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
9.º año, n.º 3, marzo de 1866*

I

Los fluidos espirituales desempeñan un papel importante en todos los fenómenos espíritas, mejor dicho, son el propio principio de esos fenómenos. Hasta el momento, las personas se han limitado a decir que tal efecto es el resultado de una acción fluídica; pero ese dato general, suficiente al inicio, ya no lo es cuando se quieren escrutar los detalles. Inicialmente, los Espíritus sabiamente han limitado su enseñanza; más tarde, han llamado la atención sobre esa importante cuestión de los fluidos, y no es en un único centro en el que la han tratado: es casi en todas partes.

Sin embargo, los Espíritus no vienen a traernos esa ciencia, más que ninguna otra, completamente lista. Nos dan indicaciones, nos proporcionan material. Nos corresponde a

nosotros estudiar este material, observarlo, analizarlo, coordinarlo y ponerlo en práctica. Es lo que los Espíritus han hecho para la constitución de la Doctrina, y han actuado del mismo modo con respecto a los fluidos. En mil lugares diversos, de nuestro conocimiento, han esbozado el estudio de los fluidos. Por todas partes, encontramos algunos hechos, algunas explicaciones, una teoría parcial, una idea, pero en ningún lugar un trabajo general completo. ¿Por qué eso? ¿Es incapacidad de parte de ellos? No, sin duda alguna, porque lo que ellos hubieran podido hacer como personas lo pueden hacer, con más fuerte razón, como Espíritus. Pero, como lo hemos dicho, es porque los Espíritus no vienen, por ningún motivo, a librarnos del trabajo de la inteligencia, sin el cual nuestras fuerzas, al

quedar inactivas, se debilitarían, pues nos parecería cómodo que trabajaran en lugar de nosotros.

Por lo tanto, se les deja el trabajo a las personas. Pero, como son limitados el tiempo, la inteligencia, la vida de ellas, no está dado a nadie elaborar todo lo que es necesario para la constitución de una ciencia. Es por eso que no hay una única ciencia que sea, en todas las piezas, la obra de una sola persona; tampoco hay un descubrimiento cuyo primer inventor lo haya llevado a la perfección. A cada edificio intelectual, varias personas y varias generaciones le han aportado su contingente de investigaciones y observaciones.

Así sucede con la cuestión que nos ocupa, cuyas diversas partes han sido tratadas separadamente, luego reunidas en un cuerpo metódico, cuando se pudo hacer acopio de material suficiente. A esa parte de la Ciencia Espírita se la considera, desde entonces, ya no más una concepción sistemática individual, de una

persona o de un Espíritu, sino el producto de observaciones múltiples, que extraen su autoridad de la concordancia que existe entre ellas.

Debido al motivo que acabamos de expresar, no podríamos pretender que sea dicha acá la última palabra. Como lo hemos mencionado, los Espíritus gradúan sus enseñanzas y las proporcionan según la suma y la madurez de las ideas adquiridas. Por lo tanto, no se podría dudar de que, más tarde, indiquen nuevas observaciones; pero, hoy en día, hay elementos suficientes para formar un cuerpo metódico, que se completará ulterior y gradualmente.

El encadenamiento de los hechos nos obliga a tomar nuestro punto de partida desde lo más alto, a fin de proceder de lo conocido a lo desconocido.

II

Todo se enlaza en la obra de la creación. Antiguamente, se consideraba a los tres reinos como completamente independientes uno del otro

y se hubieran reído de aquel que hubiera pretendido encontrar una correlación entre el mineral y el vegetal, entre el vegetal y el animal. Una observación atenta ha hecho desaparecer la solución de continuidad y ha probado que todos los cuerpos forman una cadena no interrumpida; de tal suerte que los tres reinos sólo subsisten, en realidad, debido a las características generales más marcadas; pero, en sus límites respectivos, se confunden al punto que uno vacila en saber dónde termina el uno y dónde empieza el otro y en cuál de ellos se deben situar ciertos seres; tales son, por ejemplo, los zoófitos o animales plantas, así denominados porque se parecen a la vez a un animal y a una planta.

Lo mismo sucede en lo que concierne a la composición de los cuerpos. Por mucho tiempo, los cuatro elementos sirvieron de base a las ciencias naturales. Cayeron ante los descubrimientos de la Química moderna, que ha reconocido un número indeterminado de cuerpos simples. La

Química nos muestra todos los cuerpos de la naturaleza formados de esos elementos combinados en diversas proporciones. Es de la variedad infinita de esas combinaciones que nacen las innumerables propiedades de los diferentes cuerpos. Es así, por ejemplo, que una molécula de gas oxígeno y dos de gas hidrógeno, combinadas, forman el agua. En su transformación en agua, el oxígeno y el hidrógeno pierden sus cualidades individuales; ya no hay, propiamente hablando, oxígeno e hidrógeno, sino agua. Al descomponer el agua, se vuelve a encontrar los dos gases en las mismas proporciones. Si, en lugar de una molécula de oxígeno, hay dos, es decir, dos de cada gas, ya no es agua, sino un líquido muy corrosivo. Por lo tanto, basta un simple cambio en la proporción de uno de los elementos para transformar una sustancia saludable en una sustancia venenosa. Por una operación inversa, si los elementos de una sustancia deletérea, del arsénico, por ejemplo, son combinados

simplemente en otras proporciones, sin adición ni supresión de ninguna otra sustancia, ella se volverá inofensiva o incluso saludable. Hay más: varias moléculas reunidas, de un mismo elemento, disfrutarán de propiedades diferentes, según el modo de agregación y las condiciones del medio en el que se encuentran. El *ozono*, recientemente descubierto en la atmósfera, es un ejemplo de eso. Se ha reconocido que esa sustancia no es otra que el oxígeno, uno de los principales constituyentes del aire, en un estado particular, que le da propiedades distintas del oxígeno propiamente dicho. El aire no deja de estar formado siempre de oxígeno y de nitrógeno, pero sus cualidades varían según contenga una cantidad mayor o menor de oxígeno en el estado de ozono.

Esas observaciones, que parecen extrañas a nuestro asunto, sin embargo se relacionan con él de una manera directa, como se verá más tarde. Son, además, esenciales como puntos de comparación.

Esas composiciones y esas descomposiciones se obtienen artificialmente y en pequeña dimensión en los laboratorios, pero se efectúan en gran dimensión y espontáneamente en el gran laboratorio de la naturaleza. Bajo la influencia del calor, de la luz, de la electricidad, de la humedad, un cuerpo se descompone, sus elementos se separan, otras combinaciones se efectúan y nuevos cuerpos se forman. Así, una misma molécula de oxígeno, por ejemplo, que hace parte de nuestro propio cuerpo, después de la destrucción de éste, entra en la composición de un mineral, de una planta, o de un cuerpo animado. En nuestro cuerpo actual, se encuentran, pues, las mismas partículas de materia que han sido partes constituyentes de una multitud de otros cuerpos.

Citemos un ejemplo para volver la cosa más clara.

Una pequeña semilla es puesta en la tierra, brota, crece y se vuelve un gran árbol, que, cada año, da hojas, flores y frutos. ¿Quiere decir que todo

ese árbol se encontraba en la semilla? Seguramente no, pues el árbol contiene una cantidad de materia mucho más considerable. ¿De dónde le ha venido, por lo tanto, esa materia? De líquidos, sales, gases que la planta ha extraído de la tierra y del aire, que se han infiltrado en su tronco y que, poco a poco, han aumentado su volumen. Pero ni en la tierra ni en el aire se encuentran hojas, flores, frutos y madera. Es que esos mismos líquidos, sales y gases, en el acto de absorción, se han descompuesto; sus elementos han sufrido nuevas combinaciones que los han transformado en savia, madera, corteza, hojas, flores, frutos, esencias volátiles odoríferas, etc. Esas mismas partes, a su vez, van a destruirse, a descomponerse; sus elementos van a mezclarse de nuevo con la tierra y el aire; van a recomponer las sustancias necesarias para la fructificación; van a ser absorbidos, descompuestos y transformados otra vez en savia, madera, corteza, etc. En suma, la materia no experimenta ni aumento, ni

disminución, se transforma y, como consecuencia de esas transformaciones sucesivas, la proporción de las diversas sustancias siempre está en cantidad suficiente para las necesidades de la naturaleza. Supongamos, en el fenómeno de la vegetación, que, por ejemplo, una cantidad dada de agua se descomponga, a fin de propiciar oxígeno e hidrógeno necesarios para la formación de las diversas partes de la planta; es una cantidad de agua que disminuye de la masa total; pero esas partes de la planta, cuando en su descomposición, liberan el oxígeno y el hidrógeno que contenían; esos gases, al combinarse entre ellos, van a formar de nuevo una cantidad de agua equivalente a la que había desaparecido.

Un hecho que es oportuno señalar acá es que el ser humano, que puede efectuar artificialmente las composiciones y las descomposiciones que se efectúan espontáneamente en la naturaleza, es impotente para reconstituir el mínimo cuerpo organizado,

aunque sólo se trate de una brizna de hierba o de una hoja muerta. Después de haber descompuesto un mineral, puede formarlos de nuevo en todas sus partes, tal como era anteriormente; pero cuando ha separado los elementos de una partícula de materia vegetal o animal, no la puede reconstituir, menos aún darle vida. Su poder se detiene en la materia inerte: el principio de la vida está en la mano de Dios.

La mayoría de los cuerpos simples se llaman *ponderables*, porque se puede medir su peso, y ese peso está en la proporción de la suma de moléculas que estén contenidas en un volumen dado. Otros son llamados *imponderables*, porque no tienen ningún peso para nosotros y porque, si se acumulan en otro cuerpo en determinada cantidad, no aumentan el peso de ese cuerpo. Son: el calor, la luz, la electricidad, el fluido magnético o del imán; este último es sólo una variedad de la electricidad. Aunque son imponderables, esos fluidos no dejan de

tener una potencia muy grande. El calor divide los cuerpos más duros, los reduce a vapor y les da a los líquidos evaporados una fuerza de expansión irresistible. El choque eléctrico rompe los árboles y las piedras, curva las barras de hierro, funde los metales, transporta a lo lejos masas enormes. El magnetismo le da al hierro un poder de atracción capaz de sostener pesos considerables. La luz no posee ese tipo de fuerza, pero ejerce una acción química sobre la mayoría de los cuerpos y, bajo su influencia, se efectúan incesantemente composiciones y descomposiciones. Sin la luz, los vegetales y los animales se debilitan, y los frutos no tienen ni sabor ni coloración.

III

Todos los cuerpos de la naturaleza, minerales, vegetales, animales, animados o inanimados, sólidos, líquidos o gaseosos, están formados, por lo tanto, de los mismos elementos, combinados de manera que produzcan la infinita variedad de los

diferentes cuerpos. La ciencia va más lejos hoy en día; sus investigaciones la conducen poco a poco a la gran ley de la unidad. Actualmente, se admite, casi de manera general, que los cuerpos considerados simples sólo son modificaciones, transformaciones de un elemento único, principio universal designado con los nombres de *éter*, *fluido cósmico* o *fluido universal*; de tal manera que, según el modo de agregación de las moléculas de ese fluido, y bajo la influencia de circunstancias particulares, éste adquiere propiedades específicas, que constituyen los cuerpos simples. Esos cuerpos simples, combinados entre ellos en diversas proporciones, forman, como lo hemos dicho, la innumerable variedad de los cuerpos compuestos. Según esa opinión, el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo, igualmente, sólo serían modificaciones del fluido primigenio universal. Así, ese fluido, que, según toda probabilidad, es imponderable, sería a la vez el principio de los fluidos imponderables y de los

cuerpos ponderables.

La Química nos hace penetrar en la constitución íntima de los cuerpos; pero, experimentalmente hablando, no va más allá de los cuerpos considerados como simples. Sus medios de análisis son impotentes para aislar el elemento primigenio y determinar su esencia. Ahora bien, entre ese elemento en su pureza absoluta y el punto en el que se detienen las investigaciones de la ciencia, el intervalo es inmenso. Razonando por analogía, se llega a la conclusión de que, entre esos dos puntos extremos, ese fluido debe sufrir modificaciones que escapan a nuestros instrumentos y a nuestros sentidos materiales. Vamos a intentar penetrar en ese campo nuevo, hasta ahora cerrado a la exploración.

IV

Hasta este momento, sólo se tenían ideas muy incompletas sobre el mundo espiritual o invisible. Se imaginaba a los Espíritus como seres fuera de la humanidad; los ángeles eran también criaturas aparte, de una

naturaleza más perfecta. En cuanto al estado de las almas después de la muerte, los conocimientos no eran más precisos. La opinión más general hacía de ellas seres abstractos, que no mantenían relación con los vivos, fueran quienes fueran, y, según la Doctrina de la Iglesia, dispersos en la inmensidad, en las beatitudes del Cielo o en las tinieblas del Infierno. Además, al detenerse las observaciones de la ciencia en la materia tangible, resultaba, entre el mundo corporal y el mundo espiritual, un abismo que parecía excluir todo acercamiento. Es ese abismo que nuevas observaciones y el estudio de fenómenos todavía poco conocidos vienen a colmar, por lo menos en parte.

El Espiritismo nos enseña, en primer lugar, que los Espíritus son las almas de las personas que vivieron en la Tierra; que progresan incesantemente y que los ángeles son esas mismas almas o Espíritus que han llegado a un estado de perfección que les acerca a la Divinidad.

En segundo lugar, nos enseña que las almas pasan alternativamente del estado de la encarnación al errático; que, en ese último estado, constituyen la población invisible del globo, al cual quedan vinculadas hasta que hayan adquirido el desarrollo intelectual y moral que comprende la naturaleza de ese globo; luego de ello, lo dejan para pasar a un mundo más avanzado.

Mediante la muerte del cuerpo, la humanidad corporal provee de almas o Espíritus al mundo espiritual; con los nacimientos, el mundo espiritual alimenta el mundo corporal. Por lo tanto, hay una transmutación o un vertimiento incesante de uno en el otro. Esa relación constante les vuelve solidarios, pues son los mismos seres que entran en nuestro mundo y que salen de él

**«los Espíritus son las
almas de las personas que
vivieron en la Tierra»**

«el alma está revestida de un envoltorio o cuerpo fluídico, que hace de ella, después de la muerte del cuerpo material, como antes, un ser distinto, circunscrito e individual»

alternativamente. Está allí un primer elemento de unión, un punto de contacto que ya disminuye la distancia que parecía separar el mundo visible del mundo invisible.

La naturaleza íntima del alma, es decir, del principio inteligente, fuente del pensamiento, escapa completamente a nuestras investigaciones. Pero se sabe, ahora, que el alma está revestida de un envoltorio o cuerpo fluídico, que hace de ella, después de la muerte del cuerpo material, como antes, un ser distinto, circunscrito e

individual. El alma es el principio inteligente considerado aisladamente; es la fuerza actuante y pensante que sólo podemos concebir aislada de la materia como una abstracción. Revestida de su envoltorio fluídico, o periespíritu, el alma constituye al ser llamado *Espíritu*, como cuando estando revestida del envoltorio corporal constituye al hombre; por otro lado, si bien, en el estado de *Espíritu*, disfruta de propiedades y de facultades específicas, el alma no ha dejado de pertenecer a la humanidad. Los *Espíritus* son, pues, seres semejantes a nosotros, ya que cada uno de nosotros se transforma en *Espíritu* después de la muerte de nuestro cuerpo y ya que cada *Espíritu* vuelve a transformarse en hombre por medio del nacimiento.

Ese envoltorio *no es el alma*, pues no piensa; es solamente una vestimenta. Sin el alma, el periespíritu, del mismo modo que el cuerpo, es una materia inerte privada de vida y de sensaciones. Decimos *materia* porque, en efecto, el periespíritu, aunque es

de una naturaleza etérea y sutil, no deja de ser materia, así como los fluidos imponderables, y, además, *materia de la misma naturaleza y del mismo origen de la materia tangible más grosera*, como veremos luego.

El alma se reviste del periespíritu no solamente en el estado de Espíritu; es inseparable de ese envoltorio, que la sigue tanto en la encarnación como en el estado errático. En la encarnación, él es el lazo que la une al envoltorio corporal, el intermediario por medio del cual el alma actúa sobre los órganos y percibe las sensaciones de las cosas exteriores. Durante la vida, el fluido periespiritual se identifica con el cuerpo y penetra en todas las partes de él; en la muerte, se libera de él; el cuerpo privado de vida se disuelve, pero el periespíritu, siempre unido al alma, es decir, al principio vivificante, no perece; únicamente, el alma, en lugar de dos envoltorios, sólo conserva uno: el más liviano, el que está más en armonía con su estado espiritual.

Aunque esos principios sean ele-

mentales para los Espíritas, era útil recordarlos para la comprensión de las explicaciones subsecuentes y la asociación de las ideas.

Algunas personas han puesto en duda la utilidad del envoltorio periespiritual del alma y, por consiguiente, su existencia. El alma, dicen, no tiene necesidad de intermediario para actuar sobre el cuerpo y, una vez separada del cuerpo, él es un accesorio superfluo.

Contestamos, en primer lugar, que el periespíritu no es una creación imaginaria, una hipótesis inventada para llegar a una solución; su existencia es un hecho constatado por la observación. En cuanto a su utilidad,

«el cuerpo privado de vida se disuelve, pero el periespíritu, siempre unido al alma, es decir, al principio vivificante, no perece»

sea durante la vida, sea después de la muerte, es necesario admitir que, ya que el periespíritu existe, es que sirve para algo. Aquellos que ponen en duda su utilidad son como un individuo que, al no comprender las funciones de ciertos engranajes en un mecanismo, concluyera que sólo sirven para complicar la máquina sin necesidad. No ve que si una mínima pieza fuera suprimida, todo se desorganizaría. ¡Cuántas cosas, en el gran mecanismo de la naturaleza, parecen inútiles a los ojos del ignorante e incluso de ciertos sabios, que creen, de buena fe, que, si hubieran sido encargados de la construcción del universo, lo habrían hecho mucho mejor!

El periespíritu es uno de los engranajes más importantes del organismo. La ciencia lo ha observado en algunos de sus efectos y se lo ha designado sucesivamente con el nombre de fluido vital, fluido o influjo nervioso, fluido magnético, electricidad animal, etc., sin darse cuenta exactamente de su naturaleza y de sus propiedades

y mucho menos de su origen. Como envoltorio del Espíritu después de la muerte, ha sido presentido desde la más alta antigüedad. Todas las teogonías atribuyen a los seres del mundo invisible un cuerpo fluídico. San Pablo dice, en términos precisos, que renacemos con un *cuerpo espiritual* (1.^a ep. a los Corintios, cap. XV, V, de 35 a 44 y 50).

Sucede lo mismo con todas las grandes verdades que tienen como fundamento las leyes de la naturaleza y de las que, en todas las épocas, las personas geniales han tenido la intuición. Es así que, desde antes de nuestra era, sabios filósofos habían presentido la redondez de la Tierra y su movimiento de rotación, lo que no le quita nada al mérito de Copérnico y de Galileo, incluso al suponerse que esos últimos hubieran aprovechado las ideas de sus antepasados. Gracias a los trabajos de ellos, lo que sólo era una opinión individual, una teoría incompleta y sin prueba, *desconocida por las masas*, se volvió una verdad

científica, práctica y popular.

La doctrina del periespíritu está en ese mismo caso; el Espiritismo no la ha descubierto primero. Pero, del mismo modo que Copérnico para el movimiento de la Tierra, la ha estudiado, demostrado, analizado, definido y extraído fecundos resultados. Sin los estudios modernos más completos, esa gran verdad, como muchas otras, todavía se encontraría en estado de letra muerta.

VI

El periespíritu es el elemento de unión que vincula el mundo espiritual al mundo corporal. El Espiritismo nos muestra esos mundos en una relación tan íntima y tan constante que de uno al otro la transición es casi imperceptible. Ahora bien, del mismo modo que, en la naturaleza, el reino vegetal se relaciona con el reino animal por medio de seres *semivegetales* y *semianimales*, el estado corporal se relaciona con el estado espiritual no solamente por el principio inteligente, que es el mismo, sino también por el

envoltorio fluídico, a la vez *semimaterial* y *semiespiritual*, de ese mismo principio. Durante la vida terrestre, el ser corporal y el ser espiritual se confunden y actúan de común acuerdo; la muerte del cuerpo no hace sino separarlos. La relación entre esos dos estados es tal y reaccionan uno sobre el otro con tanta fuerza que llegará un día en el que se reconocerá que el estudio de la historia natural del ser humano no podrá estar completo sin el estudio del envoltorio periespiritual, es decir, sin poner un pie en el dominio del mundo invisible.

Ese acercamiento es aún más grande cuando se observan el origen, la naturaleza, la formación y las

«el estudio de la historia natural del ser humano no podrá estar completo sin el estudio del envoltorio periespiritual»

propiedades del periespíritu, observación que se deriva naturalmente del estudio de los fluidos.

VII

Está reconocido que todas las materias animales tienen como principios constituyentes el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono, combinados en diferentes proporciones. Ahora bien, como lo hemos dicho, esos cuerpos simples tienen ellos mismos un principio único, que es el fluido cósmico universal; por sus diversas combinaciones, ellos forman todas las variedades de sustancias que componen el cuerpo humano, el único del cual hablamos acá, aunque sucede lo mismo con respecto a los animales y a las plantas. Resulta que el cuerpo humano sólo es, en realidad, una especie de concentración, de condensación o, si se quiere, de solidificación del fluido universal, como el diamante es una solidificación del gas carbónico. En efecto, supongamos la desagregación completa de todas las moléculas del cuerpo. Reencontraremos

el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono; en otras palabras, el cuerpo se volatizará. Esos cuatro elementos llevados a su estado primigenio por una nueva y más completa descomposición, si nuestros medios de análisis lo permitieran, darían el fluido cósmico. Ese fluido, al ser el principio de toda materia, es él mismo materia, aunque en un estado completo de eterización.

Un fenómeno análogo ocurre en la formación del cuerpo fluídico o periespíritu: es igualmente una condensación del fluido cósmico alrededor del foco de inteligencia, o *alma*. Pero acá la transformación molecular se efectúa de diferente modo, pues el fluido conserva su imponderabilidad y sus cualidades etéreas. El cuerpo periespiritual y el cuerpo humano tienen, pues, su fuente en el mismo fluido; uno y otro son materia, aunque en dos estados diferentes. Por lo tanto, tenemos razón al decir que el periespíritu es de la misma naturaleza y del mismo origen que la materia más

grosera. Como se ve, no hay nada de sobrenatural, ya que él se vincula, por su principio, a las cosas de la naturaleza, de las cuales sólo es una variedad.

Como el fluido universal es el principio de todos los cuerpos de la naturaleza, animados o inanimados, y, por consiguiente, de la tierra, de las piedras, Moisés estaba en lo cierto cuando dijo: «Dios formó el cuerpo del hombre del limo de la tierra». Lo que no quiere decir que Dios tomó la tierra, la amasó y modeló el cuerpo del ser humano, como se modela una estatua con arcilla, tal como han creído aquellos que toman las palabras bíblicas al pie de la letra, sino que el cuerpo estaba formado de los mismos principios o elementos que el limo de la tierra, o que habían servido para formar el limo de la tierra.

Moisés agregó: «Y Él le dio un alma *viviente*, hecha a Su *semejanza*». Él hace, así, una distinción entre el alma y el cuerpo; indica que el alma es de una naturaleza diferente, no es

materia, sino que es espiritual e imaterial como Dios. Él dijo: «*un alma viviente*», para especificar que *únicamente en ella* está el principio de la vida, mientras que el cuerpo, formado de materia, por sí mismo no vive. Estas palabras «*a Su semejanza*» implican una *similitud* y no una *identidad*. Si Moisés hubiera considerado el alma como una *porción* de la Divinidad, habría dicho: «Dios la animó dándole un alma extraída de Su propia sustancia», tal como dijo que el cuerpo era extraído de la tierra.

Esas reflexiones son una respuesta a las personas que acusan al Espiritismo de materializar el alma, porque le da un envoltorio semimaterial.

VIII

En el estado normal, el periespíritu es invisible *a nuestros ojos* e impalpable a nuestro tacto, tal como lo son una infinidad de fluidos y gases. Sin embargo, la invisibilidad, la impalpabilidad e incluso la imponderabilidad del fluido periespiritual no son absolutas; es por eso que decimos

en el estado normal. Sufre, en ciertos casos, sea tal vez una condensación más grande, sea una modificación molecular de una naturaleza específica, que le vuelve momentáneamente visible o tangible; es así que se producen las apariciones. Sin que haya aparición, muchas personas sienten la impresión fluídica de los Espíritus por medio de la sensación del tacto, lo que es el indicio de una naturaleza material.

Cualquiera que sea la manera en la que se efectúe la modificación atómica del fluido, no hay cohesión tal como en los cuerpos materiales. La apariencia se forma instantáneamente y se disipa igualmente, lo que explica las apariciones y las desapariciones súbitas. Las apariciones, al ser el producto de un fluido material invisible, vuelto visible a consecuencia de un cambio momentáneo en su constitución molecular, no son más sobrenaturales que los vapores vueltos alternativamente visibles o invisibles por la condensación o la rarefacción. Citamos el vapor como punto de compa-

ración, sin pretender que haya similitud de causa y de efecto.

IX

Algunas personas han criticado la calificación de *semimaterial* dada al periespíritu, diciendo que una cosa es materia o no lo es. Aunque se admitiera que la expresión fuera inadecuada, se la necesitaría tomar en razón de la ausencia de un término específico para expresar ese estado particular de la materia. Si existiera un término más adecuado para esto, los críticos deberían haberlo indicado. El periespíritu es materia, como acabamos de ver, filosóficamente hablando, y por su esencia íntima; nadie podría ponerlo en duda. Pero no tiene las propiedades de la materia tangible, tal como se la concibe ordinariamente; no puede ser sometido al análisis químico; pues, si bien tiene el mismo principio que la carne y el mármol y puede tomar su apariencia, no es, en realidad, ni carne ni mármol. Por su naturaleza etérea, posee, a la vez, materialidad, debido a su sustancia, y espiritualidad,

debido a su impalpabilidad, y la palabra *semimaterial* no sería más ridícula que *semidoble* y tantas otras, pues se puede decir también que algo es doble o no lo es.

X

El fluido cósmico, como principio elemental universal, ofrece dos estados distintos: el de la eterización o imponderabilidad, que se puede considerar como el estado normal primigenio, y el de la materialización o de ponderabilidad, que sólo le es, de alguna manera, consecutivo. El punto intermedio es aquél de la transformación del fluido en materia tangible; pero, acá aún, no hay transición brusca, pues se pueden considerar nuestros fluidos imponderables como un término medio entre los dos estados.

Cada uno de esos dos estados da lugar, necesariamente, a fenómenos específicos; al segundo pertenecen aquellos del mundo visible y al primero, aquellos del mundo invisible. Los llamados *fenómenos materiales* son de competencia de la ciencia propiamente dicha; los otros, calificados de *fenómenos espirituales*, porque se relacionan con la existencia de los Espíritus, son de competencia del Espiritismo; pero tienen entre ellos tan numerosos puntos de contacto que sirven para esclarecerse mutuamente y, como lo hemos dicho, el estudio de unos no podría estar completo sin el estudio de los otros.

Es a la explicación de esos últimos que conduce el estudio de los fluidos, del que haremos, ulteriormente, el asunto de un trabajo específico.



3 – El Espiritismo sin los Espíritus

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
9.º año, n.º 4, abril de 1866*

Hemos visto, últimamente, que una secta ha intentado formarse enarbolando como bandera: «*La negación de la oración*». Acogida, en sus inicios, con un sentimiento general de reprobación, ni siquiera pudo sobrevivir. Las personas y los Espíritus se unieron para rechazar una doctrina que era a la vez una ingratitud y una rebeldía hacia la Providencia. Eso no era difícil, pues, al ofender el sentimiento íntimo de la inmensa mayoría, esa secta traía en sí su principio destructor (*Revista Espírita*, enero de 1866)¹.

He aquí, ahora, otra secta, que se pone a prueba en un nuevo terreno. Tiene como lema: «*No más comunicaciones de los Espíritus*». Es bastante singular que esta opinión sea preconizada,

hoy en día, por algunos de aquellos que, en otro tiempo, exaltaron la importancia y la sublimidad de las enseñanzas espíritas y que se enorgullecían de lo que recibían ellos mismos como médiums. ¿Esta secta tiene más posibilidad de éxito que la anterior? Es lo que vamos a examinar en algunas palabras.

Esta doctrina, si se le puede dar ese nombre a una opinión limitada a algunas individualidades, se basa en los datos siguientes.

«Los Espíritus que se comunican no son sino Espíritus comunes que, hasta hoy, no nos han enseñado ninguna verdad nueva y que prueban su incapacidad al no salir de las banalidades de la moral. El criterio que se pretende establecer sobre la concordancia

¹ N. de la T.: ver el capítulo 1 de este libro.

de la enseñanza de ellos es ilusorio, debido a una consecuencia natural de la mediocridad de los Espíritus. Le corresponde al ser humano sondear los grandes misterios de la naturaleza y someter lo que dicen los Espíritus al control de su propia razón. Al no poder las comunicaciones de los Espíritus enseñarnos nada, las proscribimos de nuestras reuniones. Discutiremos entre nosotros; investigaremos y decidiremos, en el ámbito de nuestra sabiduría, los principios que deben ser aceptados o rechazados, sin recurrir al consentimiento de los Espíritus».

Observemos que no se trata de negar el hecho de las manifestaciones, sino de establecer la superioridad del juicio de una o de algunas personas sobre el de los Espíritus; en suma, se trata de librar al Espiritismo de la enseñanza de los Espíritus, debido a que las instrucciones de estos últimos estarían por debajo de lo que puede la inteligencia de las personas.

Esta doctrina conduce a una singular consecuencia, que no daría una

idea elevada de la superioridad de la lógica de las personas sobre la de los Espíritus. Gracias a estos últimos, sabemos que aquellos del orden más elevado pertenecieron a la humanidad corporal y la superaron desde hace mucho tiempo, como el general superó la categoría de soldado, de donde había salido. Sin los Espíritus, estaríamos todavía en la creencia de que los ángeles son criaturas privilegiadas y los demonios, criaturas predestinadas al mal por toda la eternidad. «No, se dirá, pues ha habido personas que han combatido esa idea». Supongamos que sí, ¿pero qué eran esas personas sino Espíritus encarnados? ¿Qué influencia su opinión aislada ha tenido sobre la creencia de las masas? Preguntad al primero que llega si conoce solamente de nombre a la mayoría de esos grandes filósofos; mientras que, como los Espíritus vienen a manifestarse en toda la superficie de la Tierra, tanto al más humilde como al más poderoso, la verdad se ha propagado con la rapidez del

relámpago.

Los Espíritus pueden dividirse en dos grandes categorías: aquellos que, al haber llegado al más alto punto de la jerarquía, dejaron definitivamente los mundos materiales y los que, por la ley de la reencarnación, pertenecen todavía al torbellino de la humanidad terrena. Admitamos que únicamente estos últimos tengan el derecho de comunicarse con las personas, lo que es discutible: entre ellos, hay los que, cuando vivían, fueron personas esclarecidas, cuya opinión tiene autoridad y a quienes uno estaría feliz de consultar si vivieran todavía. Ahora bien, de esa doctrina anterior resultaría que esas mismas personas superiores se volvieron nulidades o mediocridades al pasar para el mundo de los Espíritus, incapaces de darnos una instrucción de algún valor, mientras que uno se inclinaría respetuosamente ante ellas si se presentaran en carne y hueso en las mismas asambleas donde se las rechaza escuchar como Espíritus. Resulta, además, que Pascal, por

ejemplo, ya no es una luz desde que es Espíritu; pero, si se reencarnara como Pedro o Pablo, necesariamente con la misma genialidad, ya que nada habría perdido, sería un oráculo. Esta consecuencia es tan rigurosa que los partidarios de ese sistema admiten la reencarnación como una de las más grandes verdades. Se deberá inducir de eso, en fin, que aquellos que sitúan, de muy buena fe, lo suponemos, su propia inteligencia en tan alto grado por encima de la de los Espíritus serán ellos mismos nulidades o mediocridades, cuya opinión no tendrá valor; de tal manera que se debería creer en lo que dicen hoy, mientras viven, y que ya no se debería creer en ellos mañana, cuando estén muertos, aunque vinieran a decir la misma cosa, y mucho menos si vienen a decir que se han engañado.

Sé que se objeta la gran dificultad de la constatación de la identidad. Esta cuestión ha sido tratada de manera bastante amplia, de modo que es superfluo volver a ella. No podemos

saber, con seguridad, por una prueba material, si el Espíritu que se presenta con el nombre de Pascal es realmente el del gran Pascal. ¡Qué nos importa, si dice cosas buenas! Nos corresponde a nosotros sopesar el valor de sus instrucciones, no según la forma del lenguaje, que se sabe que trae frecuentemente la marca de la inferioridad del instrumento, sino según la grandeza y la sabiduría de sus pensamientos. Un gran Espíritu que se comunica por un médium poco letrado es como un hábil calígrafo que se sirve de una mala pluma; el conjunto de la escritura traerá el sello de su talento, pero los detalles de ejecución, que no dependen de él, serán imperfectos.

Jamás el Espiritismo ha dicho que se debería renunciar a la razón y someterse ciegamente al decir de los Espíritus. Son los propios Espíritus los que nos dicen que pasemos todas sus palabras por la criba de la lógica, mientras que ciertos encarnados dicen: «No creáis sino en lo que decimos y no creáis en lo que dicen los

Espíritus». Ahora bien, como la razón individual está sujeta al error y el ser humano, de manera bastante general, está inclinado a tomar su propia razón y sus ideas como la única expresión de la verdad, aquel que no tiene la orgullosa pretensión de creerse infalible se somete a la apreciación de la mayoría. ¿Él debe, por eso, abdicar de su opinión? En absoluto; está perfectamente libre para creer que es el único que tiene razón contra todos, pero no impedirá que la opinión del número más grande de personas prevalezca y tenga, en definitiva, más autoridad que la opinión de uno solo o de algunos.

Examinemos, ahora, la cuestión desde otro punto de vista. ¿Quién ha

**«Jamás el Espiritismo
ha dicho que se debería
renunciar a la razón y
someterse ciegamente al
decir de los Espíritus»**

«sin las comunicaciones de los Espíritus, no habría Espiritismo»

hecho el Espiritismo? ¿Es una concepción humana personal? Todo el mundo sabe lo contrario. El Espiritismo es el resultado de la enseñanza de los Espíritus; de tal suerte que, sin las comunicaciones de los Espíritus, no habría Espiritismo. Si la Doctrina Espírita fuera una simple teoría filosófica nacida en un cerebro humano, sólo tendría el valor de una opinión personal; salida de la universalidad de la enseñanza de los Espíritus, tiene el valor de una obra colectiva y es por eso mismo que, en tan poco tiempo, se ha propagado por toda la Tierra. Cada uno recibe por sí mismo, o por sus relaciones cercanas, instrucciones idénticas y la prueba de la realidad de las manifestaciones.

¡Pues bien! Es en presencia de ese resultado patente, material, que se

intenta erigir como sistema la inutilidad de las comunicaciones de los Espíritus. Debemos reconocer que, si éstas no tuvieran la popularidad que han adquirido, no se las atacaría, y que es la prodigiosa difusión de esas ideas lo que le suscita tantos adversarios al Espiritismo. ¿Aquellos que rechazan, hoy en día, las comunicaciones no se parecen a esos hijos ingratos que reniegan de sus padres y los desprecian? ¿No es ingratitud hacia los Espíritus, a quienes esas personas deben lo que saben? ¿No es servirse de lo que han aprendido de ellos para combatirlos, para hacer volver contra ellos, contra sus propios padres, las armas que nos han dado? Entre los Espíritus que se manifiestan, ¿no es del Espíritu de un padre, de una madre, de seres que nos son los más queridos, que se reciben esas conmovedoras instrucciones que van directamente al corazón? ¿No es a ellos a quienes se debe el haber sido arrancado de la incredulidad, de las torturas de la duda sobre el futuro? ¡Y mientras se disfruta del beneficio,

se reniega de la mano del bienhechor!

¿Qué decir de aquellos que, al tomar su opinión como si fuera la de todo el mundo, afirman seriamente que, ahora, en ningún lugar se quieren comunicaciones? ¡Extraña ilusión, que una mirada lanzada alrededor de ellos bastaría para hacerla desvanecer! En lo que respecta a ellos, ¿qué deben pensar los Espíritus que asisten a las reuniones en las que se discute si se debe condescender en escucharlos, si se debe o no permitirles excepcionalmente la palabra para complacer a aquellos que tienen la debilidad de insistir en recibir sus instrucciones? Allí se encuentra, sin duda, a Espíritus ante quienes se caería de rodillas si, en ese momento, se presentaran a la vista. ¿Se ha pensado el precio que se podría pagar por tal ingratitud?

Como los Espíritus tienen la libertad de comunicarse, sin que se tome en consideración el grado de su saber, resulta una gran diversidad en el valor de las comunicaciones, del

mismo modo que en los escritos de un pueblo, en el que todo el mundo tiene la libertad de escribir y en el que, sin duda alguna, no todas las producciones literarias son obras maestras. Según las cualidades individuales de los Espíritus, hay, pues, comunicaciones buenas por el fondo y por la forma, otras que son buenas por el fondo y malas por la forma, otras, en fin, que nada valen, ni por el fondo ni por la forma; nos corresponde a nosotros elegir. No sería más racional rechazarlas a todas, porque hay algunas malas, que proscribir todas las publicaciones, porque hay escritores que escriben banalidades. ¿Los mejores escritores, los más grandes genios, no tienen partes débiles en sus obras? ¿No se hacen colecciones de lo que mejor han producido? Hagamos lo mismo con relación a las producciones de los Espíritus, aprovechemos lo que hay de bueno y rechacemos todo lo que es malo; pero, con la finalidad de arrancar la cizaña, no arranquemos el buen grano.

Por lo tanto, consideremos el mundo de los Espíritus como un doble del mundo corporal, como una fracción de la humanidad y digámonos que ya no debemos desdeñar oírlos, ahora que están desencarnados, del mismo modo que no lo hubiéramos hecho cuando estaban encarnados; están siempre en medio de nosotros, como en otro tiempo; únicamente, están detrás del telón, en lugar de estar delante: he aquí toda la diferencia.

Pero, se dirá, ¿cuál es el alcance de la enseñanza de los Espíritus, incluso en lo que tiene de bueno, si no sobrepasa lo que las personas pueden saber por sí mismas? ¿Es cierto que ellos no nos enseñan nada más? ¿En su estado de Espíritu, no ven lo que no podemos ver? Sin ellos, ¿conoceríamos su situación, su manera de ser, sus sensaciones? ¿Conoceríamos, como lo conocemos hoy en día, ese mundo donde estaremos tal vez

mañana? Si ese mundo ya no tiene para nosotros los mismos terrores, si pensamos, sin pavor, en el pasaje que conduce a él, ¿no es a ellos a quienes se lo debemos? ¿Ese mundo está explorado completamente? ¿Cada día, no nos revela un aspecto nuevo? ¿Y no es nada saber adónde se va y lo que se puede ser al salir de acá? Antiguamente, se entraba en ese mundo a tuestas y temblando, como en un precipicio sin fondo; ahora, ese precipicio está resplandeciente de luz y se entra allí alegre; ¡y se osa decir que el Espiritismo nada nos ha enseñado! (*Revista Espírita*, agosto de 1865, página 225: Qué enseña el Espiritismo)².

Sin duda, la enseñanza de los Espíritus tiene sus límites: sólo se le debe pedir lo que puede dar, lo que está en su esencia, en su objetivo providencial, y esa enseñanza da mucho a aquel que sabe buscar; pero, tal como está, ¿hemos hecho todas sus

² N. de la T.: ver el capítulo 19 del libro *Revista Espírita - Periódico de Estudios Psicológicos 1862-1865: Colección de Textos de Allan Kardec*.

aplicaciones? Antes de pedirle más, ¿hemos sondeado la profundidad de los horizontes que esa enseñanza nos revela? En cuanto a su alcance, éste se afirma por un hecho material, patente, gigantesco, inaudito en los fastos de la historia: es que ya en su aurora, revoluciona el mundo y pone en conmoción a las potencias de la Tierra. ¿Cuál es la persona que habría tenido ese poder?

El Espiritismo tiende a la reforma de la humanidad por medio de la caridad. Por lo tanto, no es sorprendente que los Espíritus prediquen sin cesar la caridad. La predicarán por tanto más tiempo cuanto ésta no haya arrancado del corazón de las personas el egoísmo y el orgullo. Si hay aquellos que consideran las comunicaciones inútiles porque ellas repiten sin cesar las lecciones de moral, se los debe felicitar si son suficientemente perfectos para ya no tener necesidad de ellas; pero esas personas deben considerar que aquellos que no tienen tanta confianza en su propio mérito

y que se empeñan en mejorar no se fatigan de recibir buenos consejos. No busquéis, pues, quitarles ese consuelo.

¿Esta doctrina tiene posibilidades de prevalecer? Como lo hemos dicho, las comunicaciones de los Espíritus han fundado al Espiritismo. Rechazarlas después de haberlas aclamado es querer minar al Espiritismo por la base, quitarle sus fundamentos; éste no puede ser el pensamiento de Espíritas serios y abnegados, pues eso sería exactamente como aquel que se dijera cristiano negando el valor de las enseñanzas del Cristo, bajo el pretexto de que Su moral es idéntica a la de Platón. Es en esas comunicaciones donde los Espíritas han encontrado la alegría, el consuelo, la esperanza;

**«El Espiritismo tiende
a la reforma de la
humanidad por medio
de la caridad»**

es debido a ellas que han comprendido la necesidad del bien, de la resignación, de la sumisión a la voluntad de Dios; es debido a ellas que soportan con valor las vicisitudes de la vida; debido a ellas, no hay más separación real entre ellos y los destinatarios de sus más tiernos afectos. ¿No es equivocarse sobre el corazón humano creer que él pueda renunciar a una creencia que hace la felicidad?

Repetimos acá lo que hemos dicho sobre la oración: la manera en la que el Espiritismo debe ganar en influencia es aumentando la suma de las satisfacciones morales que proporciona. Que aquellos que lo consideran insuficiente tal como es se esfuercen en dar más que él; pero no es dando menos, quitándole lo que le da encanto, fuerza y popularidad que lo suplantarán.



4 – Dios está en todas partes

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
9.º año, n.º 5, mayo de 1866*

¿Cómo Dios, tan grande, tan poderoso, tan superior a todo, puede inmiscuirse en detalles ínfimos, preocuparse de los mínimos actos y de los mínimos pensamientos de cada individuo? Tal es la pregunta que uno se hace frecuentemente.

En su estado actual de inferioridad, sólo difícilmente las personas pueden comprender a Dios infinito, porque ellas mismas son restringidas y limitadas. Es por eso que se Lo figuran restringido y limitado como ellas. Se Lo representan como a un ser circunscrito y se hacen de Él una imagen a imagen suya. Nuestros cuadros que Lo pintan con trazos humanos contribuyen para mantener ese error en la opinión de las masas, que adoran en Él más la forma que el pensamiento. Para el mayor número de personas, es un soberano poderoso, sobre un

trono inaccesible, perdido en la inmensidad de los cielos y, porque sus facultades y sus percepciones son limitadas, esas personas no comprenden que Dios pueda o se digne intervenir directamente en las cosas más pequeñas.

En la incapacidad en la que se encuentra el ser humano de comprender la propia esencia de la Divinidad, sólo puede formarse de ella una idea aproximada por medio de comparaciones necesariamente muy imperfectas, pero que pueden, por lo menos, mostrarle la posibilidad de lo que, a primera vista, le parece imposible.

Supongamos un fluido suficientemente sutil como para penetrar en todos los cuerpos, es evidente que cada molécula de ese fluido producirá en cada molécula de la materia con la que está en contacto una acción idéntica

**«Lo que el Espíritu
puede realizar tan sólo
dentro de un límite
estrecho, Dios, que es
infinito, lo realiza en
proporciones infinitas»**

a la que produciría la totalidad del fluido. Es lo que la Química nos muestra a cada paso.

Al ser *ininteligente*, ese fluido actúa de manera mecánica, solamente por las fuerzas materiales. Pero, si suponemos que ese fluido está dotado de inteligencia, de facultades perceptivas y sensitivas, actuará, ya no ciegamente, sino con discernimiento, con voluntad y libertad; verá, oír y sentirá.

Las propiedades del fluido periespiritual pueden darnos una idea de eso. Por sí mismo, él no es inteligente, ya que es materia, pero es el vehículo del pensamiento, de las sensaciones

y de las percepciones del espíritu. A consecuencia de la sutileza de ese fluido, los Espíritus penetran en todas partes, escrutan nuestros pensamientos, ven y actúan a distancia. Es a ese fluido, llegado ya a un cierto grado de depuración, al que los Espíritus superiores deben el don de la ubicuidad; les basta un rayo de su pensamiento dirigido hacia diversos puntos para que puedan manifestar allí su presencia simultáneamente. La extensión de esa facultad está subordinada al grado de elevación y de depuración del Espíritu.

Pero los Espíritus, por más elevados que sean, son criaturas limitadas en sus facultades, y el poder y la extensión de sus percepciones, bajo ese aspecto, no pueden igualarse a los de Dios. Sin embargo, pueden servirnos de punto de comparación. Lo que el Espíritu puede realizar tan sólo dentro de un límite estrecho, Dios, que es infinito, lo realiza en proporciones infinitas. Hay también las siguientes diferencias: la acción del Espíritu es

momentánea y está subordinada a las circunstancias; en cambio, la de Dios es permanente; el pensamiento del Espíritu sólo abarca un tiempo y un espacio circunscritos, mientras que el de Dios abarca el universo y la eternidad. En suma, entre los Espíritus y Dios, hay la distancia que va de lo finito a lo infinito.

El fluido periespiritual no es el pensamiento del Espíritu, sino su agente e intermediario; como es el fluido el que transmite el pensamiento, está, de alguna manera, impregnado del pensamiento y, en la imposibilidad en la que nos encontramos de aislar el pensamiento, nos parece que éste y el fluido no forman más que una misma cosa, de la misma manera que el sonido y el aire parecen formar una sola cosa, de suerte que podemos, por así decirlo, materializarlo. Del mismo modo que decimos que el aire se vuelve sonoro, podríamos, tomando el efecto por la causa, decir que el fluido se vuelve inteligente.

Sea o no sea así con relación al

pensamiento de Dios, es decir, que actúe directamente o por intermedio de un fluido, para facilitar nuestra comprensión representémonos ese pensamiento bajo la forma concreta de un fluido inteligente que llena el universo infinito, penetra en todas las partes de la creación: toda la naturaleza está sumergida en el *fluido divino*; todo está sometido a su acción inteligente, a su previsión, a su solicitud; ni un único ser, por más ínfimo que sea, deja de estar saturado, de alguna manera, de ese fluido.

Así, estamos constantemente en presencia de la Divinidad. Ni una sola de nuestras acciones podemos sustraer a Su mirada; nuestro pensamiento está en contacto con Su pensamiento y, con razón, se dice que Dios lee en los más profundos pliegues de nuestro corazón; *estamos en Él así*

**«estamos constantemente
en presencia de la
Divinidad»**

como Él está en nosotros, según las palabras del Cristo. Para extender Su solicitud a las más pequeñas criaturas, no necesita, pues, lanzar Su mirada desde lo alto de la inmensidad, tampoco abandonar *la morada de Su gloria*, pues esa morada está en todas partes. Nuestras oraciones, para ser oídas por Él, no tienen necesidad de atravesar el espacio, tampoco de ser dichas con voz atronadora, pues nuestros pensamientos, penetrados incesantemente por Él, en Él se repercuten.

La imagen de un fluido inteligente universal sólo es, evidentemente, una comparación, pero capaz de dar una idea más exacta de Dios que los cuadros que Lo representan con figura de un anciano de barba larga, envuelto en un manto. Solamente podemos tomar nuestros puntos de comparación en las cosas que conocemos. Es por eso que se dice todos los días: el ojo de Dios, la mano de Dios, la voz de Dios, el soplo de Dios, la faz de Dios. En la infancia de la humanidad, el ser humano toma esas compa-

raciones literalmente; más tarde, su espíritu, más capaz de comprender las abstracciones, espiritualiza las ideas materiales. La idea de un fluido universal inteligente, que todo lo penetra, como serían los fluidos luminoso, calórico, eléctrico u otros cualesquiera, si fueran inteligentes, tiene como objetivo hacer comprender la posibilidad de Dios de estar en todas partes, de ocuparse de todo, de velar así mismo por la brizna de hierba como por los mundos. Entre Él y nosotros, la distancia se suprime; comprendemos Su presencia y ese pensamiento, cuando nos dirigimos a Él, aumenta nuestra confianza, pues ya no podemos decir que Dios está muy lejos y es demasiado grande para ocuparse de nosotros. Pero ese pensamiento, tan consolador para el humilde y la persona de bien, es demasiado aterrador para el malo y el orgulloso endurecidos, que esperarían sustraerse a Él gracias a la distancia y que, en adelante, se sentirán bajo la compresión de Su poder.

Nada impide que se admita, para el principio de soberana inteligencia, un centro de acción, un foco principal que irradia sin cesar, inunda el universo con sus efluvios, como el sol lo inunda con su luz. ¿Pero dónde está ese foco? Es probable que no esté fijo en un punto determinado, como no lo está su acción. Si simples Espíritus tienen el don de la ubicuidad, esa facultad en Dios debe ser ilimitada. Al llenar Dios el universo, se podría admitir, como hipótesis, que ese foco no tiene necesidad de transportarse y que *se forma* en todos los puntos en los que Su soberana voluntad considere oportuno producirse, de modo que se podría decir que está en todas partes y en ninguna.

Ante esos problemas insondables, nuestra razón debe humillarse. Dios existe: no podríamos dudar de ello. Es infinitamente justo y bueno: esta es Su esencia. Su solicitud se extiende a todo: así lo comprendemos ahora. Estando sin cesar en contacto con Él, podemos rogarLe con la seguridad de

ser oídos; Él sólo puede querer nuestro bien, es por eso que debemos tener confianza en Él. He aquí lo esencial; en cuanto a lo demás, esperemos que seamos dignos de comprenderlo.

La visión de Dios

Puesto que Dios está en todas partes, ¿por qué no Lo vemos? ¿Lo veremos al dejar la Tierra? Tales son también las preguntas que las personas se hacen diariamente. La primera es fácil de resolver: nuestros órganos materiales tienen percepciones limitadas, que los vuelven impropios para la visión de ciertas cosas, incluso materiales. Por esa razón, ciertos fluidos escapan totalmente a nuestra vista y a nuestros instrumentos de análisis. Vemos los efectos de la peste y no vemos el fluido que la transporta; vemos los cuerpos que se mueven bajo la influencia de la fuerza de la gravitación y no vemos esta fuerza.

Las cosas de esencia espiritual no pueden ser percibidas por órganos materiales; solamente con la vista

«la visión de Dios es privilegio de las almas más depuradas»

espiritual podemos ver a los Espíritus y las cosas del mundo inmaterial; únicamente nuestra alma, pues, puede tener la percepción de Dios. ¿Lo ve inmediatamente después de la muerte? Es lo que únicamente las comunicaciones de ultratumba pueden enseñarnos. Por ellas, sabemos que la visión de Dios es privilegio de las almas más depuradas y que muy pocas poseen, al dejar su envoltura terrestre, el grado de desmaterialización que para ello se necesita. Algunas comparaciones generales harán comprender fácilmente esto.

Aquel que está en el fondo de un valle, rodeado de una bruma espesa, no ve el sol; sin embargo, por medio de la luz difusa, conoce la presencia de él. Si escala la montaña, a medida que se eleva, la niebla se disipa, la

luz se vuelve cada vez más intensa, pero todavía no ve el sol. Cuando empieza a percibirlo, aún está velado, pues el mínimo vapor basta para debilitar su resplandor. Sólo después de haberse superpuesto completamente a la capa brumosa y encontrándose ya en una atmósfera *totalmente pura*, lo ve en todo su esplendor.

Sucede lo mismo con aquél cuya cabeza estuviera envuelta por varios velos; inicialmente, no ve nada en absoluto; a cada velo que se le quita, distingue una luz cada vez más clara; solamente cuando el último velo ha desaparecido, percibe las cosas nítidamente.

Sucede lo mismo también con un licor cargado de materias extrañas; está turbio inicialmente; a cada destilación, su transparencia aumenta, hasta que, al estar completamente depurado, adquiere una diafanidad perfecta y no presenta ningún obstáculo a la vista.

Así sucede con el alma. La envoltura periespiritual, aunque es

invisible e impalpable para nosotros, es para ella una verdadera materia, demasiado grosera todavía para ciertas percepciones. Esa envoltura se espiritualiza a medida que el alma se eleva en moralidad: las imperfecciones del alma son como velos que oscurecen su vista; cada imperfección de la que se desprende es un velo menos, pero, sólo después de estar depurada completamente, disfruta de la plenitud de sus facultades.

Dios, al ser la esencia divina por excelencia, sólo puede ser percibido en todo Su esplendor por los Espíritus que han llegado al más alto grado de desmaterialización. Si los Espíritus imperfectos no Lo ven, no es porque estén *más lejos de Él que los otros*; como ellos, como todos los seres de la naturaleza, están sumergidos en el fluido divino; también los ciegos lo están, como nosotros, en la luz y, sin embargo, no la ven. Las imperfecciones son velos que ocultan a Dios a la vista de los Espíritus inferiores; cuando se haya disipado la bruma, Lo verán

resplandecer: para eso, no necesitarán ni subir, ni ir a buscarLo en las profundidades de lo infinito; sino que, libre ya la vida espiritual de las manchas morales que Lo oscurecían, Lo verán en cualquier lugar donde se encuentren, aunque sea incluso en la Tierra, pues Él está en todas partes.

El Espíritu solamente se depura a la larga y las diferentes encarnaciones son los alambiques en cuyo fondo deja sucesivamente algunas impurezas. Al dejar su envoltura corporal, no se despoja instantáneamente de sus imperfecciones; es por eso que hay aquellos que, después de la muerte, no ven mejor a Dios que durante la vida; pero, a medida que se depuran, tienen de Él una intuición más clara; si no Lo ven, Lo comprenden mejor; la luz es menos difusa. Cuando, pues, los Espíritus dicen que Dios les prohíbe contestar tal pregunta, no es que Dios se les aparezca o les dirija la palabra para ordenarles o prohibirles esta o aquella cosa. No; pero Lo sienten, reciben los efluvios de Su

pensamiento, como nos sucede a nosotros con respecto a los Espíritus que nos envuelven en su fluido, aunque no los veamos.

Ningún ser humano puede, pues, ver a Dios con los ojos de la carne. Si esa gracia fuera concedida a algunos, sólo sería en el estado de éxtasis, cuando el alma está tan liberada de los lazos de la materia como sea posible durante la encarnación.

Tal privilegio sólo sería, además, de las almas escogidas, encarnadas por misión y no por expiación. Pero como los Espíritus del orden más elevado resplandecen con brillo deslumbrante, puede suceder que Espíritus menos elevados, encarnados o desencarnados, impresionados por el esplendor que rodea a aquellos, hayan creído ver en ellos al propio Dios. A veces, sucede que se toma a un ministro por un soberano.

¿Bajo qué apariencia Dios se presenta a aquellos que se han vuelto dignos de esa gracia? ¿Bajo una determinada forma? ¿En figura humana o como un foco de luz resplandeciente? Es lo que el lenguaje humano es impotente para describir, porque no existe, para nosotros, ningún punto de comparación que pueda dar una idea de eso; somos como los ciegos a quienes se buscaría en vano hacer comprender el resplandor del sol. Nuestro vocabulario está limitado a nuestras necesidades y al círculo de nuestras ideas; el de los salvajes no podría describir las maravillas de la civilización; el de los pueblos más civilizados es demasiado pobre para describir los esplendores de los cielos; nuestra inteligencia es demasiado limitada para comprenderlos y nuestra vista, demasiado débil, sería deslumbrada por ellos.



5 – Del proyecto de caja general de auxilios y otras instituciones para los espíritas

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
9.º año, n.º 7, julio de 1866*

En uno de los grupos espíritas de París, un médium ha recibido recientemente la comunicación siguiente del Espíritu de su abuela:

«Mi querido hijo, te voy a hablar un instante de los temas de caridad que te preocupaban esta mañana mientras ibas a tu trabajo.

»Los niños que son entregados a nodrizas mercenarias y las mujeres pobres que, sin que se tenga en cuenta el pudor, importante para ellas, son forzadas a servir, en los hospitales, de materia experimental a los médicos y a los estudiantes de Medicina son dos grandes plagas que todos los buenos corazones deben esforzarse en curar, y eso no es imposible. Que los Espíritas hagan como los católicos: que paguen un monto semanal, que acumulen

esos recursos, y llegarán a hacer fundaciones serias, grandes y verdaderamente eficaces. La caridad que alivia un mal presente es una caridad santa, que incentivo con todas mis fuerzas; pero la caridad que se perpetúa en fundaciones inmortales, como las miserias que está destinada a aliviar, es una caridad inteligente y que estaré feliz de ver puesta en práctica.

»Desearía que fuera elaborado un trabajo que tuviera como objetivo crear inicialmente un primer establecimiento en proporciones limitadas. Cuando se hubiera visto el buen resultado de esa primera creación, se pasaría a otra y se la agrandaría poco a poco como Dios quiere que se agrande, pues el progreso se realiza por medio de una marcha lenta, prudente, calculada.

Repito que lo que propongo no es difícil. No habría un único espírita verdadero que osara faltar al llamado para el alivio de sus semejantes, y los Espíritas son suficientemente numerosos para formar, por medio de la acumulación de ese monto semanal, un capital suficiente para un primer establecimiento destinado al uso de mujeres enfermas, que serían tratadas por mujeres y que dejarían, entonces, de ocultar sus sufrimientos para preservar sus pudores.

»Entrego esas reflexiones a las meditaciones de las personas benévolas que asisten a la sesión y estoy muy convencida de que producirán buenos frutos. Los grupos de fuera de la capital se reunirían rápidamente alrededor de una idea tan hermosa y, al mismo tiempo, tan útil y tan paternal. Además, sería un monumento al valor moral del Espiritismo, tan calumniado, y que lo será todavía por mucho tiempo con encarnizamiento.

»Lo he dicho: la caridad local es buena, beneficia a un individuo, pero

no eleva la mentalidad de las masas como una obra duradera. ¿No sería hermoso que se pudiera rechazar la calumnia diciendo a los calumniadores: “He aquí lo que hemos hecho. Se reconoce el árbol por el fruto; un mal árbol no da buenos frutos y un buen árbol no da malos”?

»Pensad también en los pobres niños que salen de los hospitales y que van a morir entre manos mercenarias, dos crímenes a la vez: el de entregar al niño indefenso y débil y el crimen de aquel que lo ha sacrificado sin piedad. Que todos los corazones eleven sus pensamientos hacia las tristes víctimas de la sociedad imprevisora y que traten de encontrar una buena solución para salvarlas de sus miserias. Dios quiere que se lo intente y da los medios para lograr eso: es necesario actuar. Se tiene éxito cuando se tiene fe, y la fe mueve montañas. Que el Sr. Kardec trate la cuestión en su periódico y veréis cómo ella será aclamada con arrebatamiento y entusiasmo.

»He dicho que sería necesario un

monumento material que testificara la fe de los Espíritas, como las pirámides de Egipto testifican la vanidad de los faraones; pero, en lugar de hacer locuras, haced obras que lleven el sello del propio Dios. Todo el mundo me debe comprender, no insisto.

»Me retiro, mi querido hijo; tu buena abuela, como lo ves, siempre ama a sus niñitos, como te amaba cuando eras muy pequeño. Quiero que los ames como yo y que pienses en encontrar una buena organización; lo puedes, si lo quieres, y, en caso de necesidad, te ayudaremos. Te bendigo.

»Marie G...»

La idea de una caja central y general de auxilios formada entre los Espíritas ya ha sido concebida y expresada por hombres animados de excelentes intenciones. Pero no basta con que una idea sea grande, bella y generosa; es necesario, ante todo, que sea practicable. Sin duda alguna, hemos dado suficientes pruebas de

nuestra consagración a la causa del Espiritismo para que las personas no crean que somos indiferentes respecto a él. Ahora bien, es precisamente como consecuencia de nuestra propia diligencia que buscamos alertar contra el entusiasmo que ciega. Antes de emprender algo, es menester calcular fríamente sus pros y sus contras, a fin de evitar los fracasos, siempre nefastos, que no dejarían de ser explotados por nuestros adversarios. El Espiritismo sólo debe caminar con seguridad y, cuando ponga el pie en alguna parte, debe estar seguro de encontrar allí un terreno sólido. La victoria no siempre es del más apresurado, sino, con mayor seguridad, de aquel que sabe esperar el momento propicio.

«no basta con que una idea sea grande, bella y generosa; es necesario, ante todo, que sea practicable»

Hay resultados que solamente pueden ser obra del tiempo y de la infiltración de la idea en la mentalidad de las masas. Sepamos esperar, pues, que el árbol esté formado, antes de pedirle una cosecha abundante.

Desde hace mucho tiempo, os hemos propuesto tratar a fondo este tema para colocarlo en su verdadero terreno y prevenir contra las ilusiones de proyectos más generosos que planificados y cuyo fracaso tendría consecuencias nefastas. La comunicación relatada anteriormente, y sobre la cual se ha tenido a bien solicitar nuestra opinión, nos proporciona la ocasión de manera completamente natural. Examinaremos, pues, ya sea el proyecto de centralización de auxilios, ya sea aquél de algunas otras instituciones y establecimientos especializados para el Espiritismo.

Ante todo, conviene darse cuenta del estado real de las cosas. Los Espíritas son muy numerosos, sin duda, y su número crece sin cesar. Bajo ese aspecto, hay un espectáculo singular:

el de una propagación inaudita en la historia de las doctrinas filosóficas, pues no hay una doctrina filosófica, sin exceptuar al Cristianismo, que haya reunido a tantos partidarios en tan pocos años. Eso es un hecho notorio, que confunde incluso a sus antagonistas. Y lo que no es menos característico es que esa propagación, en lugar de hacerse alrededor de un centro único, se efectúa simultáneamente sobre toda la superficie del globo y en millares de centros. Resulta que los adeptos, aunque son muy numerosos, todavía no forman, en ninguna parte, una aglomeración compacta.

Esa dispersión, que, a primera vista, parece una causa de debilidad, es, en cambio, un elemento de fuerza. Cien mil Espíritas diseminados sobre la superficie de un país hacen más por la propagación de la idea que si estuvieran concentrados en una única ciudad. Cada individualidad es un foco de acción, un germen que produce retoños; cada retoño, a su vez, produce más o produce menos, y sus ramas,

reuniéndose poco a poco, cubrirán el país mucho más prontamente que si la acción partiera solamente de un único punto. Es exactamente como si un puñado de semillas fuera lanzado al viento, en lugar de ser colocadas todas juntas en un mismo hoyo. Debido a esa multitud de pequeños centros, la Doctrina es, además, menos vulnerable que si hubiera uno solo, contra el cual sus enemigos podrían dirigir todas sus fuerzas. Un ejército originalmente compacto que ha sido dispersado por la fuerza u otra causa cualquiera es un ejército perdido; acá el caso es completamente diferente. La diseminación de los Espíritas no resulta de una dispersión: es el estado primigenio que tiende a la concentración para formar una vasta unidad. El primer ejército está en su fin; el segundo, en su nacimiento.

Por lo tanto, así contestamos a aquellos que se quejan de su aislamiento en una localidad: «Agradeced al Cielo, más bien, por haberos elegido como los pioneros de la obra en

vuestra región. Os corresponde a vosotros lanzar las primeras semillas. Tal vez no germinen inmediatamente; tal vez no cosecharéis los frutos, tal vez incluso tendréis que sufrir en vuestra labor, pero pensad que no se rotura un terreno sin trabajo, y estad seguros de que, tarde o temprano, lo que habréis sembrado fructificará. Cuanto más ingrata sea la tarea, más mérito tendréis, y lo único que habréis hecho habrá sido abrir camino a aquellos que vendrán después de vosotros».

Sin duda, si los Espíritas debieran permanecer siempre en estado de aislamiento, eso sería una causa permanente de debilidad. Pero la experiencia prueba hasta qué punto la Doctrina es vivaz, y se sabe que, por una rama talada, hay diez que renacen. Su generalización es, pues, una

**«Cuanto más ingrata
sea la tarea,
más mérito tendréis»**

cuestión de tiempo. Ahora bien, por más rápida que sea su marcha, todavía le falta el tiempo necesario y, mientras se trabaja en la obra, se debe saber esperar hasta que el fruto esté maduro antes de cosecharlo.

Esa diseminación momentánea de los Espíritas, esencialmente favorable a la propagación de la Doctrina, es un obstáculo para la ejecución de obras colectivas de cierta importancia, debido a la dificultad, si no incluso imposibilidad, de reunir sobre un mismo punto elementos suficientemente numerosos.

Es precisamente, se dirá, para evitar ese inconveniente, para estrechar los lazos de confraternidad entre los miembros aislados de la gran familia espírita, que se ha propuesto la creación de una caja central de auxilios. Está allí, seguramente, un pensamiento grande y generoso, que seduce a primera vista; ¿pero se ha reflexionado sobre las dificultades de la ejecución?

Una primera pregunta se presenta.

¿Hasta dónde se extendería la acción de esa caja? ¿Estaría limitada a Francia o comprendería otras regiones? Hay Espíritas en todo el globo; ¿no son nuestros hermanos aquellos de todos los países, de todas las castas, de todos los cultos? Si, pues, la caja recibiera donaciones de Espíritas extranjeros, lo que sucedería inevitablemente, ¿tendría el derecho de limitar su asistencia a una única nacionalidad? ¿Podría, de manera concienzuda y caritativa, preguntar a aquel que sufre si es ruso, polonés, alemán, español, italiano o francés? Para no faltar a su título, a su objetivo, a su deber, la caja debería extender su acción de Perú a China. Basta pensar en la complicación de engranajes de tal proyecto para ver cuán quimérico es.

Supongámosla circunscrita a Francia, no dejaría de ser una administración colosal, un verdadero ministerio. ¿Quién desearía asumir la responsabilidad de tal manejo de fondos? Para una gestión de esa naturaleza, la integridad y la abnegación no

bastarían; sería necesaria una elevada capacidad administrativa. Admitamos, sin embargo, que hayan sido vencidas las primeras dificultades, ¿cómo ejercer un control eficaz sobre la extensión y la realidad de las necesidades, sobre la sinceridad de la calidad de Espírita? Semejante institución vería, muy pronto, a adeptos, o a supuestos adeptos, surgiendo por millones, pero no serían estos los que alimentarían la caja. A partir del momento en el que la caja existiera, se la creería inagotable y se la vería, muy pronto, en la incapacidad de satisfacer a todas las exigencias de su mandato. Basada en una escala tan vasta, la consideramos como impracticable y, en lo que nos concierne personalmente, no le echaremos una mano.

¿No sería de temer, además, que se encontrara oposición en la propia constitución de esa caja? El Espiritismo apenas nace y no es tan bien visto todavía al punto de estar a cubierto de las suposiciones malévolas. ¿Las personas no podrían confundirse sobre

las intenciones del Espiritismo en una operación de ese tipo? ¿No podrían suponer que, bajo un manto, el Espiritismo oculta otro objetivo? ¿En suma, no podrían hacer comparaciones que sus adversarios pudieran alegar para incitar la desconfianza contra él? El Espiritismo, por su naturaleza, no es ni puede ser una afiliación, tampoco una congregación; por lo tanto, debe evitar, en su propio interés, todo lo que tenga la apariencia de eso.

¿Es necesario, pues, que, por temor, el Espiritismo permanezca estacionario? ¿No es al actuar, se dirá, que mostrará lo que es, que disipará las desconfianzas y desbaratará la calumnia? Sin ninguna duda, pero no se debe solicitar a un niño lo que exige las fuerzas de la edad viril. Lejos de servir al Espiritismo, mezclar su nombre con cosas quiméricas sería comprometerlo y ofrecérselo a los golpes o a la burla de sus adversarios. Sin ninguna duda, el Espiritismo debe actuar, pero en el límite de lo posible. Dejémosle, pues, el tiempo de adquirir

las fuerzas necesarias y, entonces, dará más de lo que uno cree. Todavía, él no está constituido completamente, ni siquiera teóricamente; ¿cómo querer que dé lo que solamente puede ser el resultado del complemento de la Doctrina?

Además, hay otras consideraciones que es importante tomar en cuenta.

El Espiritismo es una creencia filosófica, y basta simpatizar con los principios fundamentales de la Doctrina para ser Espírita. Hablamos de los Espíritas convencidos y no de aquellos que toman su máscara por motivos de interés u otros poco confesables. Estos no son numerosos: entre ellos, no hay ninguna convicción; se dicen Espíritas hoy, debido a la expectativa de encontrar ventaja en eso; serán adversarios mañana si no encuentran lo que buscan; o, más bien, se harán pasar por víctimas de su falsa abnegación y acusarán a los Espíritas de ingratitud por no respaldarlos. No serían los últimos en explotar

la caja general, para restablecerse de especulaciones malogradas o reparar desastres causados por su incuria o imprevisión, ni en arrojarle piedras si ésta no les satisface. No hay que sorprenderse; todas las opiniones cuentan con semejantes auxiliares y ven la representación de tales comedias.

También hay la considerable masa de Espíritas de intuición; los que lo son por la tendencia y la predisposición de sus ideas, sin estudio previo; los indecisos que vacilan todavía esperando los elementos de convicción que les son necesarios. Sin exageración, se puede estimar que representan un cuarto de la población. Es la gran cantera en la cual se recluta a los adeptos, pero no se puede contar con ellos todavía.

Entre los Espíritas reales, aquellos que constituyen el verdadero cuerpo de los adeptos, hay ciertas distinciones que hacer. En primera línea, se debe poner a los adeptos de corazón, animados de una fe sincera, que comprenden el objetivo y el alcance de la

Doctrina y aceptan todas sus consecuencias por sí solos; su abnegación es a toda prueba y sin segunda intención; los intereses de la causa, que son los de la humanidad, les son sagrados y jamás los sacrificarán en favor de una cuestión de amor propio o de interés personal. Para ellos, el lado moral no es una simple teoría: se esfuerzan en predicar por medio del ejemplo; no solamente tienen el valor de su opinión: se sienten orgullosos de ella y saben, en caso de necesidad, sacrificar a su propia persona.

Vienen, a continuación, aquellos que aceptan la idea, como filosofía, porque satisface su razón, pero cuya fibra moral no es tocada lo suficiente como para comprender las obligaciones que la Doctrina impone a aquellos que la asimilan. El hombre viejo siempre está allí, y la reforma de sí mismo les parece una tarea demasiado pesada. Pero, como no dejan de estar convencidos firmemente, se encuentra entre ellos a propagadores y a defensores diligentes.

Luego están las personas frívolas, para quienes el Espiritismo está totalmente en las manifestaciones. Para ellas, el Espiritismo es un hecho y nada más; el lado filosófico pasa desapercibido; el atractivo de la curiosidad es su principal móvil; se extasían ante un fenómeno, pero permanecen indiferentes ante una consecuencia moral.

Hay, en fin, un número todavía muy grande de Espíritas serios, en mayor o en menor grado, que no han podido colocarse por encima de los prejuicios y del qué dirán, a quienes les detiene el temor al ridículo; aquellos cuyas consideraciones personales o de familia, intereses frecuentemente respetables que manejar, les fuerzan, de alguna manera, a mantenerse al margen; todos aquellos, en suma, que, por una causa u otra, buena o mala, no se ponen en evidencia. A la mayoría de ellos no se le pediría más que declararse espírita, pero ellos no osarían o no podrían hacerlo. Eso vendrá más tarde, a medida que vean

**«El Espiritismo no tiene
el privilegio de
transformar súbitamente
a la humanidad»**

que los otros lo hacen y que no hay peligro. Serán los Espíritas del mañana, como otros son los de la víspera. Sin embargo, no se puede tener resentimiento hacia ellos, pues es necesaria una fuerza de carácter, que no está dada a todo el mundo, para afrontar la opinión ajena en ciertos casos. Por lo tanto, se debe tomar en cuenta la debilidad humana. El Espiritismo no tiene el privilegio de transformar súbitamente a la humanidad y, si uno puede sorprenderse de algo, es del número de reformas que ya ha efectuado en tan poco tiempo. Mientras que, en unos, en quienes se encuentra el terreno preparado, el Espiritismo entra, por así decirlo, entero, en otros solamente penetra gota a gota, según la resistencia que encuentra en el

carácter y en las costumbres.

Todos esos adeptos se cuentan en el total y, por más imperfectos que sean, son siempre útiles, aunque en un límite restricto. Si sólo sirvieran, hasta nueva orden, para disminuir los rangos de la oposición, ya sería algo. Es por eso que no se debe desdeñar ninguna adhesión sincera, aunque sea parcial.

Pero cuando se trata de una obra colectiva importante en la cual cada uno debe aportar su contingente de acción, como sería una caja general, por ejemplo, conviene tomar en cuenta esas consideraciones, pues la eficacia de la colaboración que se puede esperar va en razón de la categoría a la cual pertenecen los adeptos. Es evidente que no se puede hacer un gran fondo con aquellos que no toman en el corazón el lado moral de la Doctrina y mucho menos con aquellos que no osan mostrarse.

Quedan, pues, los adeptos de la primera categoría. De aquellos, en efecto, se puede esperar todo. Son los

soldados de la vanguardia y que, normalmente, no aguardan el llamado cuando se trata de dar prueba de abnegación y de dedicación. Pero, en una cooperación financiera, cada uno contribuye según sus recursos y el pobre solamente puede donar su óbolo. A los ojos de Dios, ese óbolo tiene un gran valor, pero, para las necesidades materiales, sólo tiene su valor intrínseco. Sin contar a todos aquellos cuyos medios de existencia son limitados, a aquellos que viven, día a día, de su trabajo, el número de los que podrían contribuir más ampliamente y de una manera eficaz es relativamente limitado.

Una observación a la vez interesante e instructiva es la de la proporción de los adeptos según las categorías. Esa proporción ha variado sensiblemente y se modifica a medida que progresa la Doctrina. En este momento, puede ser estimada, aproximadamente, de la siguiente manera: 1.^a categoría –Espíritas completos de corazón y de abnegación, 10% de los

adeptos; 2.^a categoría –Espíritas incompletos, que buscan más el lado científico que el lado moral, 25%; 3.^a categoría –Espíritas frívolos, que solamente se interesan en los hechos materiales, 5% (esa proporción era inversa hace diez años); 4.^a categoría –Espíritas no declarados o que se ocultan, 60%.

Con relación a la posición social, se pueden formar dos clases generales: de una parte, aquellos cuya fortuna es independiente; de otra, aquellos que viven de su trabajo. De cada 100 Espíritas de la primera categoría, hay un promedio de 5 ricos y 95 trabajadores;

«Es evidente que no se puede hacer un gran fondo con aquellos que no toman en el corazón el lado moral de la Doctrina y mucho menos con aquellos que no osan mostrarse»

**«los afligidos encuentran,
en el Espiritismo, un
inmenso consuelo»**

en la segunda, 70 ricos y 30 trabajadores; en la tercera, 80 ricos y 20 trabajadores; en la cuarta, 99 ricos y 1 trabajador.

Por lo tanto, sería hacerse ilusiones creer que, en semejantes condiciones, una caja general pudiera satisfacer a todas las necesidades, cuando la del más rico banquero no bastaría. Cada año, no se necesitarían algunos millares de francos, sino millones.

¿De dónde viene esa diferencia en la proporción de los ricos y de aquellos que no lo son? La razón de eso es muy simple: los afligidos encuentran, en el Espiritismo, un inmenso consuelo, que los ayuda a soportar la carga de las miserias de la vida; el Espiritismo les muestra la causa de esas miserias y la certidumbre de una compensación. Por lo tanto, no es

sorprendente que, al disfrutar más del beneficio, lo aprecian más y lo toman más en el corazón que los dichosos del mundo.

Uno se sorprende que, cuando se anuncian semejantes proyectos, no nos apresuremos a apoyarlos ni a patrocinarlos: es que, ante todo, nos mantenemos en ideas positivas y prácticas; el Espiritismo es, para nosotros, algo demasiado serio como para comprometerlo prematuramente en sendas en las que podría encontrar decepciones. No hay allí, de nuestra parte, ni descuido ni pusilanimidad, sino prudencia, y todas las veces que el Espiritismo esté preparado para ir adelante, no nos quedaremos atrás. No es que nos atribuyamos más perspicacia que a los otros; pero, como nuestra posición permite ver el conjunto, podemos juzgar mejor el punto fuerte y el punto débil, mejor tal vez que aquellos que se encuentren en un círculo más limitado. Por lo demás, damos nuestra opinión y no tenemos la intención de imponerla a nadie.

Lo que acaba de ser dicho sobre el tema de la creación de una caja general y central de auxilios se aplica, naturalmente, a los proyectos de fundación de establecimientos hospitalarios y otros. Ahora bien, aquí, la utopía es más evidente aún. Si es fácil lanzar un bosquejo sobre el papel, no lo es, de igual modo, cuando se llega a los recursos financieros para la ejecución. Construir un edificio *ad hoc* ya es algo enorme y, una vez que se lo hubiera hecho, sería necesario dotarle de un personal suficiente y *capaz*, luego garantizar su mantenimiento, pues tales establecimientos cuestan mucho y no reportan nada. No son solamente grandes capitales los que son necesarios, sino también grandes ingresos. Admitamos, sin embargo, que, a fuerza de perseverancia y de sacrificios, se llegue a crear, como se dice, una pequeña muestra, ¡cuán mínimas serían las necesidades a las cuales podría satisfacer, respecto a la masa y a la diseminación de los necesitados sobre un vasto territorio!

Sería una gota de agua en el río y, si hay tantas dificultades para una única muestra, incluso a pequeña escala, sería mucho peor si se tratara de multiplicarla. El dinero así empleado sólo beneficiaría, pues, en realidad, a algunos individuos, mientras que, juiciosamente repartido, ayudaría a vivir a un gran número de infelices.

Supongamos que fuera un modelo, un ejemplo; ¿pero por qué ingeniárselas para crear quimeras, cuando las cosas existen ya hechas, armadas, completamente organizadas, con medios más poderosos que los medios que jamás llegarán a poseer las personas? Esos establecimientos dejan que desear; hay abusos; no responden a todas las necesidades, eso es evidente, y, sin embargo, si se los compara a lo que eran hace menos de un siglo, se constata una inmensa diferencia y un progreso constante; cada día, se ve que se introduce alguna mejora. Por lo tanto, no se puede dudar de que, con el tiempo, nuevos progresos serán realizados inevitablemente. Las

«¿Pero de qué serviría un monumento a la caridad si la caridad no está en el corazón?»

ideas espíritas deben apresurar obligatoriamente la reforma de todos los abusos, porque, mejor que otras, hacen penetrar, en el ser humano, el sentimiento de sus deberes; en todas partes donde las ideas espíritas se introduzcan, los abusos caerán y el progreso se cumplirá. Hay que consagrarse, pues, a difundirlas: allí está la cosa posible y práctica, allí está la verdadera palanca, palanca irresistible cuando haya adquirido una fuerza suficiente por el desarrollo completo de los principios y por el número de adeptos serios. Juzgando el porvenir en base al presente, se puede afirmar que el Espiritismo habrá conducido la reforma de muchas cosas mucho tiempo antes de que los Espíritas hayan podido concluir el primer estable-

cimiento del tipo de esos de los que hablamos, si alguna vez lo emprendieran, aunque incluso debieran dar todos un monto de dinero cada semana. ¿Por qué, pues, utilizar sus fuerzas en esfuerzos superfluos, en lugar de concentrarlos sobre el punto accesible y que debe llevar al objetivo con seguridad? Mil adeptos ganados a la causa y difundidos en mil lugares diversos apresurarán más la marcha del progreso que un edificio.

El Espiritismo, dice el Espíritu que ha dictado la comunicación arriba, debe afirmarse y mostrar lo que es por medio de un monumento duradero erigido a la caridad. ¿Pero de qué serviría un monumento a la caridad si la caridad no está en el corazón? El Espiritismo erige un monumento más duradero que el de piedra: es la Doctrina y sus consecuencias para el bien de la humanidad. Es para ese monumento que cada uno debe trabajar, con todas sus fuerzas, pues durará más que las pirámides de Egipto.

El hecho de que ese Espíritu se

engaña, en nuestra opinión, sobre ese punto no le quita ninguna de sus cualidades; indudablemente, está animado de excelentes sentimientos. Pero un Espíritu puede ser muy bueno, sin ser un juez infalible de todas las cosas; todo buen soldado no es necesariamente un buen general.

Un proyecto de realización menos quimérico es el de la formación de sociedades de auxilios mutuos entre los Espíritas de una misma localidad. Pero, incluso aquí, no se puede escapar de algunas de las dificultades que hemos señalado: la falta de aglomeración y la cifra todavía limitada de aquellos con quienes se puede contar para una colaboración efectiva. Otra dificultad proviene de la falsa asimilación que se hace de los Espíritas y de ciertas categorías de individuos. Cada profesión presenta una delimitación nítidamente marcada; se puede establecer fácilmente una sociedad de auxilios mutuos entre personas de una misma profesión, entre las de un mismo culto, porque se diferencian

por algo característico y por una posición, de alguna manera, oficial y reconocida. No sucede lo mismo con los Espíritas, que no están registrados en ningún lugar como tales y cuya creencia no está constatada por ningún título; los hay en todos los rangos de la sociedad, en todas las profesiones, en todos los cultos, y en ningún lugar constituyen una categoría distinta. Al ser el Espiritismo una creencia fundada en una convicción íntima, *de la cual no se debe prestar cuentas a nadie*, solamente se conoce a aquellos que se ponen en evidencia o frecuentan los grupos, y no al número muy considerable de aquellos que, sin ocultarse, no hacen parte de ninguna reunión regular. A pesar de la certidumbre que se tiene de que los adeptos son numerosos, he aquí el motivo por el cual es difícil, frecuentemente, llegar a una cifra suficiente cuando se trata de una operación colectiva.

Respecto a las sociedades de auxilios mutuos, se presenta otra consideración. El Espiritismo no forma ni

debe formar una categoría distinta, ya que se dirige a todo el mundo. Debido a su propia esencia, debe extender su caridad sin distinción, sin inquirir la creencia, porque todas las personas son hermanas. Si el Espiritismo funda instituciones de caridad exclusivas para los adeptos, está forzado a decir a aquel que reclama asistencia: «¿Sois de los nuestros y qué prueba nos dais de eso? Si no es así, nada podemos hacer por vos». Merecería así el reproche de intolerancia que se dirige a otros. No, para hacer el bien, el Espírita no debe escrutar la conciencia y la opinión y, si está ante él un desdichado enemigo de su fe, debe ir en su ayuda hasta el límite de sus facultades. Es al actuar así que el Espiritismo mostrará lo que es y probará que vale más que aquello que se le opone.

Las sociedades de auxilios mutuos se multiplican en todas partes y en todas las categorías de trabajadores. Es una excelente institución, preludio del reino de la fraternidad y de la solidaridad, del que se siente nece-

sidad; beneficiarán a los Espíritas que les sean partícipes, así como a todo el mundo; ¿por qué, pues, los Espíritas las fundarían solamente para ellos y excluirían a los demás? Que ayuden a propagarlas, ya que son útiles; que, para volverlas mejores, hagan penetrar en ellas el elemento espírita y, al entrar en esas sociedades, los Espíritas beneficiarían más a sí mismos y a la Doctrina. En nombre de la caridad evangélica inscrita en su bandera, en nombre de los intereses del Espiritismo, les rogamos evitar todo lo que pueda establecer una barrera entre ellos y toda la sociedad. Cuando el progreso moral tiende a bajar las propias barreras que dividen a los pueblos, el Espiritismo no debe elevarlas; su esencia es penetrar en todas partes; su misión es mejorar todo lo que existe; faltaría a ella si se aislara.

¿La beneficencia debe permanecer, pues, individual y, en ese caso, su acción no es más limitada que si fuera colectiva? La beneficencia colectiva tiene ventajas indudables y muy lejos

de disuadir de ella, la incentivamos. Nada es más fácil que practicarla en los grupos, obteniendo, por medio de colectas regulares o de donaciones facultativas, los elementos de un fondo de auxilios. Pero, entonces, al actuar en un círculo limitado, el control de las verdaderas necesidades es fácil; el conocimiento que se puede tener de eso permite una repartición más juiciosa y más provechosa. Con una suma módica, bien distribuida y dada *con discernimiento*, se pueden prestar más servicios reales que con una gran suma donada sin conocimiento de causa y, por así decirlo, al azar. Por lo tanto, es necesario poder darse cuenta de ciertos detalles, si no se quieren desperdiciar inútilmente los recursos. Ahora bien, se comprende que tales cuidados serían imposibles si se operara sobre una escala vasta; acá, nada

de laberinto administrativo, nada de personal burocrático; algunas personas de buena voluntad, y he aquí todo.

Por lo tanto, solamente podemos incentivar con todas nuestras fuerzas la beneficencia colectiva en los grupos espíritas; conocemos que existen aquellos que, en París, fuera de la capital y en el extranjero, se basan, si no exclusivamente, por lo menos principalmente en ese objetivo y cuya organización no deja nada que desear; allí, miembros dedicados van a domicilio a inquirir los sufrimientos y a llevar lo que vale algunas veces más que los auxilios materiales: los consuelos y los alientos. ¡Honor a ellos, pues prestan grandes servicios al Espiritismo! Que cada grupo actúe así en su esfera de actividad y todos juntos realizarán más bien de lo que podría hacer una caja central cuatro veces más rica.



6 – Vistazo retrospectivo sobre el movimiento del Espiritismo

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
10.º año, n.º 1, enero de 1867*

No hay duda para nadie, no más para los adversarios que para los partidarios del Espiritismo, que esta cuestión agita más que nunca los ánimos. ¿Ese movimiento, como algunos buscan decir, es un fuego de paja? Pero ese fuego de paja ya dura quince años y, en lugar de apagarse, su intensidad sólo crece de año en año; ahora bien, no es esta la característica de las cosas efímeras y que solamente se dirigen a la curiosidad. La última demostración de oposición, bajo la cual se lo esperaba extinguir, no ha hecho sino reavivarlo, estimulando la atención de los indiferentes. La tenacidad de esta idea no puede sorprender a quienquiera que haya escrutado la profundidad y la multiplicidad de las raíces que la unen a los más graves

intereses de la humanidad. Aquellos que se sorprenden de eso sólo han visto la superficie; incluso la mayoría solamente conoce el nombre de esta idea, pero no comprende ni su objetivo ni su alcance.

Si algunos combaten al Espiritismo por ignorancia, otros lo hacen precisamente porque sienten toda su importancia, presienten su porvenir y ven en él un poderoso elemento regenerador. Es necesario persuadirse de que ciertos adversarios son completamente conversos. Si ellos estuvieran menos convencidos de las verdades que el Espiritismo contiene, no le harían tanta oposición. Sienten que la prueba del porvenir del Espiritismo está en el bien que hace; hacer resaltar ese bien, ante los ojos de esos

adversarios, lejos de calmarlos, aumenta la causa de su irritación. Tal fue el caso, en el siglo quince, de la numerosa clase de escritores copistas que hubieran hecho quemar, de buen grado, a Gutenberg y a todos los impresores; no habría sido demostrándoles los beneficios de la imprenta, que los iba a suplantarse, que se los apaciguara.

Cuando algo es verdad y el tiempo de su eclosión ha llegado, progresa a pesar de todo. El poder de la acción del Espiritismo está atestado por su expansión persistente, a pesar de los pocos esfuerzos que él hace para difundirse. Es un hecho indudable el de que *los adversarios del Espiritismo han gastado mil veces más fuerzas para derribarlo, sin conseguirlo, que las fuerzas que sus partidarios han desplegado para propagarlo*. El Espiritismo avanza, por así decirlo, completamente solo, semejante a un curso de agua que se infiltra a través de las tierras, se abre un paso a la derecha si se lo detiene a la izquierda y, poco a poco, mina las

piedras más duras y acaba por hacer desmoronar las montañas.

Un hecho notorio es que, *en su conjunto*, el desarrollo del Espiritismo no ha sufrido ninguna interrupción; ese desarrollo ha podido ser trabado, comprimido, ralentizado en algunas localidades por influencias contrarias; pero, como lo hemos dicho, la corriente, obstaculizada en un punto, aparece en otros cientos; en lugar de fluir plenamente hasta las orillas, se divide en una multitud de hilos de agua. Sin embargo, a primera vista, se diría que el desarrollo del Espiritismo es menos rápido de lo que había sido en los primeros años; ¿se debe inferir de eso que se lo abandona, que él encuentra menos simpatías? No, más bien simplemente que el trabajo que desempeña, en este momento, es diferente y, por su naturaleza, menos ostensible.

Desde el principio, como ya lo hemos dicho, el Espiritismo ha reunido alrededor de sí a todas las personas entre quienes esas ideas estaban, de

alguna manera, en estado intuitivo; le ha bastado presentarse para ser comprendido y aceptado por esas personas. Inmediatamente, ha cosechado abundantemente en todas partes donde ha encontrado el terreno preparado. Hecha esa primera cosecha, quedaban los terrenos sin cultivar, que han solicitado más trabajo. Ahora, es por medio de las opiniones refractarias que el Espiritismo debe mostrarse, y es este el período en el cual nos encontramos. Semejante a un minero que retira, sin esfuerzo, las primeras capas de la tierra labrada, ha llegado a la roca que le es necesario cortar y en el seno de la cual él sólo puede penetrar poco a poco. Pero no hay roca, por más dura que sea, que resista indefinidamente a una acción disolvente continua. Por lo tanto, el desarrollo del Espiritismo es menos rápido ostensiblemente, pero sí, en un tiempo dado, no reúne alrededor de sí, en un número muy grande, a adeptos decididamente declarados, no deja de quebrantar las convicciones contrarias,

que caen, no totalmente por un golpe, sino parte por parte, hasta que la brecha esté hecha. Es el trabajo al cual asistimos y que marca la fase actual del progreso de la Doctrina.

Esta fase está caracterizada por señales inequívocas. Examinando la situación, queda en evidencia que la idea gana terreno cada día, se aclimata; encuentra menos oposición; se ríe menos de ella, e incluso aquellos que todavía no la aceptan empiezan a concederle las prerrogativas de ciudadanía entre las opiniones. Ya no se hace burla de los Espíritas como en otro tiempo ni se los mira como si fueran animales raros que despiertan curiosidad; es lo que sobre todo aquellos que viajan son capaces de constatar. Por todas partes, los Espíritas encuentran más simpatía, o menos antipatía por la idea. No se puede negar que allí hay un progreso real.

Para comprender las facilidades y las dificultades que el Espiritismo encuentra en su camino, es necesario presentar la diversidad de las opiniones

a través de las cuales él se debe abrir paso. Como no se impone jamás por la fuerza ni por el constreñimiento, sino únicamente por la convicción, el Espiritismo ha encontrado una resistencia grande, en mayor o menor grado, según la naturaleza de las convicciones existentes, con las cuales podía asimilarse más o menos fácilmente; de ellas, unas lo han recibido con los brazos abiertos, mientras que otras lo rechazan con obstinación.

Dos grandes corrientes de ideas dividen entre sí a la sociedad actual: el espiritualismo y el materialismo; aunque este último forma una minoría indudable, no se puede disimular que ha adquirido una gran extensión desde hace algunos años. El uno y el otro se fraccionan en una multitud de matices, que pueden resumirse en las principales categorías siguientes:

1.º *Los fanáticos de todos los cultos.* – 0.

2.º *Los creyentes satisfechos,* que tienen convicciones absolutas, fuertemente decididas y sin restricción,

aunque sin fanatismo, sobre todos los puntos del culto que profesan y con los cuales están satisfechos. Esta categoría comprende también las sectas que, por haber hecho escisión y efectuado reformas, se creen en posesión de toda la verdad y son a veces más inflexibles que las religiones madres. – 0.

3.º *Los creyentes ambiciosos,* enemigos de las ideas emancipadoras, que podrían hacerles perder el ascendiente que ejercen sobre la ignorancia. – 0.

4.º *Los creyentes por la forma,* que, por interés, simulan una fe que no tienen y casi siempre se muestran más rígidos y más intolerantes que los religiosos sinceros. – 0.

5.º *Los materialistas por sistema,* que se apoyan sobre una teoría razonada, y muchos de los cuales se mantienen firmes contra la evidencia, por orgullo, para no admitir que se han podido engañar; son, en su mayoría, tan inflexibles y tan intolerantes en su incredulidad como los fanáticos

religiosos lo son en su creencia. – 0.

6.º *Los sensualistas*, que rechazan las doctrinas espiritualistas y espíritas por miedo de que vengan a perturbarlos en sus disfrutes materiales. Cierran los ojos para no ver. – 0.

7.º *Los despreocupados*, que viven al día, sin inquietarse por el futuro. La mayoría no sabría decir si son espiritualistas o materialistas; el presente es para ellos la única cosa seria. – 0.

8.º *Los panteístas*, que no admiten una divinidad personal, sino un principio espiritual universal, en el cual se mezclan las almas, como las gotas de agua en el océano, sin conservar su individualidad. Esta opinión es un primer paso hacia la espiritualidad y, por consiguiente, un progreso sobre el materialismo. Aunque menos refractarios a las ideas espíritas, aquellos que profesan el panteísmo son, en general, muy inflexibles, porque él es, entre ellos, un sistema preconcebido y razonado, y porque muchos sólo se dicen panteístas para no declararse materialistas. Es una concesión que

hacen a las ideas espiritualistas para mantener las apariencias. – 1.

9.º *Los deístas*, que admiten la personalidad de un Dios único, creador y soberano maestro de todas las cosas, eterno e infinito en todas sus perfecciones, pero rechazan todo culto exterior. – 3.

10.º *Los espiritualistas sin sistema*, que no pertenecen, por convicción, a ningún culto, sin rechazar ninguno, pero que no tienen ninguna idea firme sobre el futuro. – 5.

11.º *Los creyentes progresistas*, vinculados a un culto determinado, pero que admiten el progreso en la religión y la alianza entre las creencias y el progreso de las ciencias. – 5.

12.º *Los creyentes no satisfechos*, en quienes la fe es indecisa o nula sobre los puntos dogmáticos, que no satisfacen completamente su razón y que atormentan la duda. – 8.

13.º *Los incrédulos a falta de algo mejor*, cuya mayoría ha pasado de la fe a la incredulidad y a la negación de todo, a falta de haber encontrado,

en las creencias en las cuales han sido acunados, algo que su razón apruebe satisfactoriamente; pero entre quienes la incredulidad deja un vacío angustioso, que ellos estarían felices de ver colmado. – 9.

14.º *Los libres pensadores*, nueva denominación con la cual se designa a aquellos que no se sujetan a la opinión de nadie en materia de religión y de espiritualidad, que no se creen unidos al culto en el que el nacimiento les ha ubicado sin su consentimiento, tampoco obligados a la observación de prácticas religiosas cualesquiera. Esta calificación no especifica ninguna creencia determinada; puede aplicarse a todos los matices del espiritualismo razonado, así como a la incredulidad más absoluta. Toda creencia ecléctica pertenece al libre pensamiento; todo ser humano que no se guía por la fe ciega es, por eso mismo, libre pensador; por esa razón, los Espíritas son también libres pensadores.

Pero para aquellos a quienes se les puede llamar los radicales del

libre pensamiento, esta designación tiene una acepción más restricta y, por así decirlo, exclusiva; para ellos, ser libre pensador no es solamente creer en lo que se quiere, sino también no creer en nada; es liberarse de todo freno, incluso del temor a Dios y al porvenir; la espiritualidad es algo incómodo y ellos no quieren eso. Bajo ese símbolo de la emancipación intelectual, buscan disimular lo que la calidad de materialista y de ateo tiene de repulsivo para la opinión de las masas; y, cosa singular, es en nombre de ese símbolo, que parece ser el de la tolerancia hacia todas las opiniones, que arrojan piedras a quienquiera que no piense como ellos. Por lo tanto, hay una distinción esencial que hacer entre aquellos que se dicen *libres pensadores*, del mismo modo que se la hace entre aquellos que se dicen *filósofos*. Ellos se dividen naturalmente en:

Libres pensadores incrédulos, que entran en la 5.ª categoría. – 0.

Libres pensadores creyentes, que pertenecen a todos los matices del

«el Espiritismo camina con el porvenir»

espiritualismo razonado. – 9.

15.º *Los Espíritas por intuición*, aquellos en quienes las ideas espíritas son innatas y las aceptan como algo que no les es extraño. – 10.

Tales son las capas de terreno que el Espiritismo debe atravesar. Lanzando un vistazo sobre las diferentes categorías anteriores, no es difícil ver aquellas en las cuales el Espiritismo encuentra un acceso, más o menos, fácil y aquellas contra las cuales se choca como el pico contra el granito. El Espiritismo sólo triunfará sobre éstas por medio de los *nuevos elementos* que la renovación traerá a la humanidad: esto es obra de Aquel que dirige todo y que hace surgir los acontecimientos de los cuales debe salir el progreso.

Las cifras colocadas en la secuencia de cada categoría indican, aproximadamente, la proporción del

número de adeptos, calculado entre 10, que cada una ha proporcionado al Espiritismo.

Si se admite, como promedio, la igualdad numérica entre esas diferentes categorías, se ve que la parte refractaria, por su naturaleza, abarca casi la mitad de la población. Como ella posee la audacia y la fuerza material, no se limita a una resistencia pasiva: es esencialmente agresiva; de eso, resulta una lucha inevitable y necesaria. Pero esa situación sólo puede durar un tiempo, pues el pasado se va y el porvenir llega; ahora bien, el Espiritismo camina con el porvenir.

Por lo tanto, es en la otra mitad que el Espiritismo debe reclutar, y el campo a explotar es suficientemente vasto; es allí donde debe concentrar sus esfuerzos, y verá que se extenderá. Sin embargo, esa mitad está lejos todavía de serle totalmente favorable; el Espiritismo encuentra en ella resistencias obstinadas (pero no insuperables, como en la primera mitad), donde la mayoría se debe a prevenciones

que se borran a medida que el objetivo y las tendencias de la Doctrina son mejor comprendidos, y que desaparecerán con el tiempo. Si uno puede sorprenderse de algo, es que, a pesar de la multiplicidad de los obstáculos que encuentra, de las trampas que se le tienden, el Espiritismo ha podido llegar, en algunos años, al punto en el que está hoy en día.

Otro progreso no menos evidente es aquel de la actitud de la oposición. Aparte de los rasgos de humor brutal lanzados de un tiempo a otro por una pléyade de escritores, *casi siempre los mismos*, que sólo ven en todas partes materia para reír, que se reirían incluso de Dios, y cuyos argumentos se limitan a decir que la humanidad degenera hacia la demencia, que se muestran muy sorprendidos de que el Espiritismo haya caminado sin su permiso, muy rara vez se ve a la Doctrina siendo responsabilizada de males en una polémica seria y fundamentada. En lugar de eso, como ya lo hemos hecho observar en un artículo

anterior, las ideas espíritas invaden la prensa, la literatura, la filosofía; hay personas que se apropian de ellas sin confesarlas; es por eso que se ve que, a cada instante, surgen, en los periódicos, en los libros, en los sermones, en el teatro, pensamientos que se dirían extraídos de la propia fuente del Espiritismo. Sus autores protestarían, sin duda, contra la calificación de Espíritas, pero no dejan de sufrir la influencia de las ideas que circulan y que parecen exactas. Es que los principios en los cuales se basa la Doctrina son tan racionales que fermentan

**«a pesar de la
multiplicidad de los
obstáculos que encuentra,
de las trampas que se le
tienden, el Espiritismo ha
podido llegar, en algunos
años, al punto en el que
está hoy en día»**

en una multitud de cerebros y se muestran independientemente de la voluntad de esos autores; tocan a tantas cuestiones que es, por así decirlo, imposible entrar en la senda de la espiritualidad sin hacer, involuntariamente, Espiritismo. Es uno de los hechos más característicos que han marcado el año que acaba de transcurrir.

¿Se debe concluir que la lucha está terminada? No, seguramente, y debemos, en cambio, más que nunca, precavernos, pues tendremos que sufrir asaltos de otro tipo; pero, mientras tanto, los rangos se refuerzan y los pasos hechos adelante son ganancia. Abstengámonos de creer que ciertos adversarios se dan por vencidos y de tomar el silencio de ellos como una adhesión tácita, o incluso como neutralidad. Estemos bien persuadidos de que ciertas personas no aceptarán *jamás*, ni abiertamente ni tácitamente, el Espiritismo mientras vivan, como hay aquellos que no aceptarán jamás ciertos regímenes políticos; todos los

razonamientos para traerlos a nosotros son impotentes, porque no lo quieren a ninguna costa; la aversión de ellos hacia la Doctrina crece en razón del desarrollo que ella adquiere.

Los ataques a cielo abierto se han vuelto más escasos, porque se ha reconocido su inutilidad; pero no se pierde la esperanza de tener éxito por medio de maniobras tenebrosas. Lejos de dejar de estar vigilante en una engañosa tranquilidad, se debe, más que nunca, desconfiar de los traidores que se insinúan en todas las reuniones para espiar y, luego, *falsear* lo que ha sido dicho y hecho allí; que siembran, de forma oculta, los elementos de desunión; que, bajo la apariencia de un celo ficticio y algunas veces interesado, buscan impulsar al Espiritismo fuera de las vías de la prudencia, de la moderación y de la legalidad; que provocan en su nombre actos reprensibles a los ojos de la ley. No habiendo podido tener éxito en volverlo ridículo, porque, por su esencia, es algo serio, sus esfuerzos tienden a

comprometerlo para volverlo sospechoso ante la autoridad, y provocar contra él y sus adeptos medidas legales severas. Desconfiemos, pues, de los besos de Judas y de aquellos que deseen abrazarnos para sofocarnos.

Es necesario imaginarse que estamos en guerra y que los enemigos están a nuestra puerta, prestos para aprovechar la ocasión favorable, y que se preparan complicidades secretas en la fortificación que se sitia.

En esta situación, ¿qué hay que hacer? Algo muy simple: encerrarse estrictamente en el límite de los preceptos de la Doctrina; esforzarse para mostrar lo que ella es por medio de su propio ejemplo, y declinar toda solidaridad con lo que podría ser hecho en su nombre y sería capaz de desacreditarla, pues eso no podría ser el resultado de adeptos serios y convencidos. No basta con decirse Espírita; aquel que lo es de corazón lo prueba por sus actos. Como la Doctrina sólo predica el bien, el respeto a las leyes, la caridad, la tolerancia y la benevo-

lencia hacia todos; repudia toda violencia hecha contra la conciencia ajena, toda charlatanería, todo pensamiento interesado en lo que concierne a las relaciones con los Espíritus y todas las cosas contrarias a la moral evangélica, aquel que no se aparta de la línea trazada no puede incurrir ni en sanción fundada, ni en persecuciones legales; mucho más, quienquiera que tome a la Doctrina como regla de conducta sólo puede granjearse la estima y la consideración de las personas imparciales; ante el bien, la propia incredulidad burlona se inclina, y la calumnia no puede ensuciar lo que no tiene mancha. Es en esas condiciones que el Espiritismo atravesará las tormentas que se amontonarán sobre su camino y saldrá triunfante de

**«No basta con decirse
Espírita; aquel que lo es
de corazón lo prueba
por sus actos»**

**«quienquiera que tome
a la Doctrina como regla
de conducta sólo puede
granjearse la estima y
la consideración de las
personas imparciales»**

todas las luchas.

El Espiritismo tampoco puede ser responsable de las malas acciones de aquellos a quienes les encanta decirse espíritas, del mismo modo que la religión no lo es de los actos reprobables de aquellos que sólo tienen la apariencia de piedad. Por lo tanto, antes de hacer recaer la censura a tales actos sobre una doctrina cualquiera, sería necesario saber si ella contiene alguna máxima, alguna enseñanza que los pueda autorizar o incluso excusar. Si, en cambio, la doctrina los condena terminantemente, es evidente que la falta es completamente personal y no puede ser imputada a la

doctrina. Pero es una distinción que los adversarios del Espiritismo no se dan el trabajo de hacer; ellos se sienten demasiado felices, en cambio, al encontrar una ocasión para desprestigiarla, con o sin razón, sin vacilar, por escrúpulo, en atribuirle lo que no le pertenece, más bien envenenando las cosas más insignificantes antes que buscando causas atenuantes.

Desde hace algún tiempo, las reuniones espíritas han sufrido una cierta transformación. Las reuniones íntimas y familiares se han multiplicado considerablemente en París y en las principales ciudades, debido a la propia facilidad que han encontrado para formarse por medio del crecimiento del número de médiums y de adeptos. Al principio, los médiums eran escasos; un buen médium era casi un fenómeno; era natural, pues, que se formara una agrupación alrededor de él; pero a medida que esa facultad se ha ido desarrollando, los grandes centros se han fraccionado, como enjambres, en una multitud de

pequeños grupos particulares, que tienen más facilidad para reunirse, más intimidad y homogeneidad en su composición. Ese resultado, consecuencia de las propias circunstancias, estaba previsto. Desde el origen, hemos señalado los escollos que debían encontrar inevitablemente las sociedades numerosas, formadas necesariamente de elementos heterogéneos, abriendo la puerta a las ambiciones y, por eso mismo, expuestas a intrigas, a maquinaciones, a maniobras ocultas de la malevolencia, de la envidia y de los celos, que no pueden emanar de una fuente espírita pura. En las reuniones íntimas, sin carácter oficial, se tiene más autoridad, las personas se conocen mejor y reciben a quienes quieren; el recogimiento es más grande y se sabe que los resultados son más satisfactorios. Conocemos un buen número de reuniones de ese tipo, cuya organización no deja nada que desear. Por lo tanto, hay todo que ganar en esa transformación.

El año 1866 ha visto, además, la

realización de las previsiones de los Espíritus sobre varios puntos interesantes para la Doctrina, entre otros, sobre la extensión y las nuevas características que debía tomar la mediumnidad, así como la producción de fenómenos capaces de atraer la atención hacia el principio de la espiritualidad, aunque, en apariencia, esos fenómenos sean extraños al Espiritismo. La mediumnidad curativa se ha revelado abiertamente en las circunstancias más propicias para causar sensación; germina entre muchas otras personas. En ciertos grupos, se han visto manifestarse numerosos casos de sonambulismo espontáneo, de mediumnidad parlante, de segunda vista y de otras variedades de la facultad mediánimica, que han podido proporcionar temas útiles de estudio. Esas facultades, sin ser precisamente nuevas, están todavía en estado naciente entre muchos individuos; sólo se muestran en casos aislados y se experimentan, por así decirlo, en la intimidad; pero, con el tiempo, adquirirán más

intensidad y se popularizarán. Es, sobre todo, cuando esas facultades se revelan espontáneamente entre personas extrañas al Espiritismo que llaman la atención más fuertemente, porque no se puede suponer connivencia, ni admitir la influencia de ideas preconcebidas. Nos limitamos a indicar el hecho, que cada uno puede constatar, y cuyo desarrollo necesitaría

detalles demasiado extensos. Tendremos, además, la ocasión de volver al tema en artículos específicos.

En resumen, si nada muy estrepitoso ha caracterizado el desarrollo del Espiritismo en estos últimos tiempos, podemos decir que él prosigue en las condiciones normales trazadas por los Espíritus y que sólo tenemos que felicitarnos por la situación.



7 – **Atmósfera espiritual**

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
10.º año, n.º 5, mayo de 1867*

El Espiritismo nos enseña que los Espíritus constituyen la población invisible del globo, que están en el espacio y entre nosotros, viéndonos y codeándose con nosotros sin cesar, de tal modo que, cuando creemos que estamos solos, tenemos constantemente a testigos secretos de nuestras acciones y de nuestros pensamientos. Eso puede parecer molesto para ciertas personas, pero, puesto que es así, no se puede impedir que así sea. Le corresponde a cada uno hacer como el sabio que no tendría miedo de que su casa fuera de vidrio. Es, sin duda, a esa causa a la que se debe atribuir la revelación de tantas torpezas y de malas acciones que se creían ocultas en la sombra.

Sabemos, además, que, en una reunión, aparte de los asistentes corporales, hay siempre oyentes invisibles

y que, al ser la permeabilidad una de las propiedades del organismo de los Espíritus, éstos pueden encontrarse en número ilimitado en un espacio dado. Frecuentemente, nos ha sido dicho que, en ciertas sesiones, los Espíritus estaban en cantidades innumerables. En la explicación dada al Sr. Bertrand sobre las comunicaciones colectivas que él ha obtenido, le ha sido dicho que el número de los Espíritus presentes era tan grande que la atmósfera estaba, por así decirlo, *saturada* de los fluidos de ellos. Eso no es nuevo para los Espíritas, pero no se han deducido, tal vez, todas las consecuencias.

Se sabe que los fluidos que emanan de los Espíritus son saludables, en mayor o en menor grado, según el nivel de depuración de los Espíritus. Se conoce el poder curativo de esos

«del mismo modo que saneamos los lugares insalubres destruyendo la fuente de los miasmas pestilenciales, podemos sanear la atmósfera moral que nos rodea»

fluidos, en ciertos casos, y también sus efectos mórbidos de individuo a individuo. Ahora bien, puesto que el aire puede estar *saturado* de esos fluidos, ¿no es evidente que, según la naturaleza de los Espíritus que abundan en un lugar determinado, el aire ambiente se encuentre cargado de elementos saludables o malsanos, que deben ejercer una influencia sobre la salud física tanto como sobre la salud moral? Cuando se piensa en la energía de la acción que un Espíritu puede ejercer sobre una persona, ¿uno debe sorprenderse de aquella que debe resultar de una aglomeración de

centenares o de millares de Espíritus? Esa acción será buena o mala según el hecho de que los Espíritus viertan, en un medio dado, un fluido benéfico o maléfico, que actúa a modo de emanaciones fortificantes o de miasmas deletéreos que se propagan en el aire. Así pueden explicarse ciertos efectos colectivos producidos sobre las masas de individuos, el sentimiento de bienestar o de malestar que se experimenta en ciertos medios y que no tienen ninguna causa aparente conocida, el arrastre colectivo hacia el bien o el mal, los ímpetus generales, el entusiasmo o el desaliento, a veces la especie de vértigo que se apodera de toda una asamblea, de toda una ciudad, incluso de toda una población. Cada individuo, en razón del grado de su sensibilidad, sufre la influencia de esa atmósfera viciada o vivificante. Por medio de ese hecho, que parece fuera de duda y que confirman a la vez la teoría y la experiencia, encontramos, en las relaciones del mundo espiritual con el mundo corporal, un nuevo

principio de higiene que la ciencia, sin duda, hará que sea tomado en consideración.

¿Podemos sustraernos, pues, de esas influencias que emanan de una fuente inaccesible a los medios materiales? Sin ninguna duda; pues, del mismo modo que saneamos los lugares insalubres destruyendo la fuente de los miasmas pestilenciales, podemos sanear la atmósfera moral que nos rodea, sustraernos de las influencias perniciosas de los fluidos espirituales malsanos, y eso más fácilmente de lo que podemos escaparnos de las exhalaciones pantanosas, porque eso depende únicamente de nuestra voluntad, y allí no estará uno de los menores beneficios del Espiritismo cuando sea comprendido y, sobre todo, practicado universalmente.

Un principio perfectamente probado por todo Espírita es que las cualidades del fluido periespiritual van en razón directa a las cualidades del Espíritu encarnado o desencarnado; cuanto más sus sentimientos sean

elevados y liberados de las influencias de la materia, más su fluido será depurado. Según los pensamientos que dominan en un encarnado, él irradia fluidos impregnados de esos mismos pensamientos, que los vician o los sanean, fluidos realmente materiales, aunque son impalpables, invisibles para los ojos del cuerpo, pero perceptibles para los sentidos periespirituales, y visibles para los ojos del alma, ya que impresionan físicamente y adoptan apariencias muy diferentes para aquellos que son dotados de visión espiritual.

Únicamente por la presencia de los encarnados en una asamblea, los fluidos ambientes serán, pues,

«las cualidades del fluido periespiritual van en razón directa a las cualidades del Espíritu encarnado o desencarnado»

«los pensamientos atraen pensamientos de la misma naturaleza»

saludables o no según el hecho de que los pensamientos dominantes sean buenos o malos. Quienquiera que traiga consigo pensamientos de odio, de envidia, de celos, de orgullo, de egoísmo, de animosidad, de codicia, de falsedad, de hipocresía, de maledicencia, en suma, pensamientos extraídos de la fuente de las malas pasiones, propaga alrededor de sí efluvios fluidicos malsanos, que reaccionan sobre aquellos que lo rodean. En cambio, en una asamblea, a la cual cada uno trae solamente sentimientos de bondad, de caridad, de humildad, de dedicación desinteresada, de benevolencia y de amor al prójimo, el aire está impregnado de emanaciones saludables en medio de las cuales uno se siente vivir más a gusto.

Si se considera, ahora, que los

pensamientos atraen pensamientos de la misma naturaleza, que los fluidos atraen fluidos similares, se comprende que cada individuo lleva consigo a un cortejo de Espíritus afines, buenos o malos, y que, así, el aire está *saturado* de fluidos en relación con los pensamientos que predominen. Si los malos pensamientos están en minoría, no impedirán que las buenas influencias se produzcan, pero las paralizan. Si dominan, debilitan la irradiación fluidica de los buenos Espíritus, o incluso, a veces, impiden que los buenos fluidos penetren en ese medio, como la niebla debilita o detiene los rayos del sol.

¿Cuál es, pues, el medio de sustraerse de la influencia de los malos fluidos? Ese medio resulta de la propia causa que produce el mal. ¿Qué se hace cuando se ha reconocido que un alimento es contrario a la salud? Se lo rechaza y se lo reemplaza por un alimento más sano. Puesto que son los malos pensamientos los que engendran los malos fluidos y los atraen,

hay que esforzarse para sólo tener buenos pensamientos, rechazar todo lo que es malo, como se rechaza una alimentación que puede volvernos enfermos; en suma, trabajar para nuestro mejoramiento moral y, para servirnos de una comparación del Evangelio, «no solamente limpiar el vaso por fuera, sino también limpiarlo, sobre todo, por dentro».

Al mejorarse, la humanidad verá depurarse la atmósfera fluídica en medio de la cual vive, porque sólo le enviará buenos fluidos, y éstos opondrán una barrera a la invasión de los malos. Si un día la Tierra llega a ser poblada solamente por personas que practiquen entre sí las leyes divinas de amor y de caridad, nadie duda de que esas personas se encontrarán en condiciones de higiene física y moral completamente diferentes de aquellas que existen hoy en día.

Ese tiempo está lejos todavía, sin duda, pero, mientras tanto, esas condiciones pueden existir parcialmente, y les corresponde a las asambleas

espíritas dar el ejemplo. Aquellos que hayan poseído la luz serán tanto más reprobables cuanto más hayan tenido entre las manos los medios de iluminarse; incurrirán en la responsabilidad de los retrasos que su ejemplo y su mala voluntad hayan traído al mejoramiento general.

¿Esto es una utopía, una vana declamación? No; es una deducción lógica de los propios hechos que nos revela, cada día, el Espiritismo. En efecto, el Espiritismo nos prueba que el elemento espiritual, que se ha considerado, hasta hoy, como la antítesis del elemento material, tiene, con este último, una conexión íntima, de la cual resulta una multitud de

«Aquellos que hayan poseído la luz serán tanto más reprobables cuanto más hayan tenido entre las manos los medios de iluminarse»

fenómenos inobservados o incomprendidos. Cuando la ciencia haya asimilado los elementos proporcionados por el Espiritismo, extraerá de ellos nuevos e importantes recursos para el propio mejoramiento material de la humanidad. Cada día, vemos que se extiende, así, el círculo de las aplicaciones de la Doctrina, que está lejos de estar circunscrita, como algunos creen todavía, al pueril fenó-

meno de las mesas giratorias u otros efectos de pura curiosidad. El Espiritismo sólo ha tomado realmente impulso desde cuando ha entrado en la vía filosófica; es menos divertido para ciertas personas, que sólo buscaban en él una distracción, pero es mejor apreciado por las personas serias, y lo será mucho más, a medida que sea mejor comprendido en sus consecuencias.



8 – Los médicos-médiums

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
10.º año, n.º 10, octubre de 1867

La señora condesa de Clérambert, de quien hemos hablado en el artículo anterior, manifestaba una de las variedades de la facultad de curar, que se presenta bajo una infinidad de aspectos y de matices apropiados a las aptitudes específicas de cada individuo. Ella era, en nuestra opinión, el modelo de lo que podrían ser muchos médicos; de lo que muchos serán, sin duda, cuando entren en el camino de la espiritualidad, que les abre el Espiritismo, pues muchos verán desarrollarse en sí mismos las facultades intuitivas, que les serán un precioso auxilio en la práctica.

Lo hemos dicho, y lo repetimos, que sería un error creer que la mediumnidad curativa viene a destornar a la Medicina y a los médicos. Ella viene a abrirles un nuevo camino; a mostrarles, en la naturaleza, recursos

y fuerzas que ignoraban y de los cuales la ciencia y sus pacientes podrán beneficiarse; a probarles, en suma, que no saben todo, puesto que hay personas que, al margen de la ciencia oficial, obtienen lo que ellos mismos no obtienen. No tenemos ninguna duda de que habrá, un día, *médicos-médiums*, como hay *médiums-médicos*, que, a la ciencia adquirida, añadirán el don de facultades medianímicas específicas.

Únicamente, como esas facultades sólo tienen valor efectivo por la asistencia de los Espíritus, que pueden paralizar sus efectos retirando su ayuda, que desbaratan, según su voluntad, los cálculos del orgullo y de la codicia, es evidente que los Espíritus no prestarán su asistencia a aquellas personas que renieguen de ellos y deseen servirse de los Espíritus

**«Los Espíritus secundarán,
pues, a aquellos que,
sin reticencia ni segunda
intención, pongan sus
aptitudes al servicio de
la causa que se esfuerzan
en hacer prevalecer»**

secretamente en beneficio de su propia reputación y de su fortuna. Como los Espíritus trabajan para la humanidad y no vienen a servir a los intereses egoístas individuales; como actúan, en todo lo que hacen, para la propagación de doctrinas nuevas, les son necesarios soldados valientes y dedicados, y no tienen qué hacer con poltrones que le tienen miedo a la sombra de la verdad. Los Espíritus secundarán, pues, a aquellos que, sin reticencia ni *segunda intención*, pongan sus aptitudes al servicio de la causa que se esfuerzan en hacer prevalecer.

¿El desinterés material, que es uno de los atributos esenciales de la mediumnidad curativa, será también una de las condiciones de la medicina medianímica? ¿Cómo conciliar, entonces, las exigencias de la profesión con una abnegación absoluta?

Eso pide algunas explicaciones, pues la posición no es la misma.

La facultad del médium sanador no le ha costado nada; no le ha exigido estudio, ni trabajo, ni gastos. Él la ha recibido gratuitamente, para el bien ajeno, y debe valerse de ella gratuitamente. Como ante todo es necesario vivir, si él no tiene, por sí mismo, recursos que le vuelvan independiente, debe buscar los medios para eso en su trabajo habitual, como lo hubiera hecho antes de conocer la mediumnidad. Solamente le da al ejercicio de su facultad el tiempo que puede consagrarle materialmente. Tomar ese tiempo de su reposo, emplear para volverse útil a sus semejantes el tiempo que habría consagrado a distracciones mundanas es una verdadera

abnegación, y el médium sanador sólo tiene más mérito por eso. Los Espíritus no piden más y no exigen ningún sacrificio que no sea razonable. No se podría considerar como abnegación y dedicación el abandono de su profesión para entregarse a un trabajo menos duro y más lucrativo. En la protección que conceden, los Espíritus, a quienes las personas no se pueden imponer, saben distinguir perfectamente las abnegaciones reales de las ficticias.

Sería completamente diferente la posición de los médicos-médiums. La Medicina es una de las carreras sociales que uno elige para hacer de ella una profesión, y la ciencia médica sólo se adquiere de manera onerosa, por una labor asidua, frecuentemente dura. El saber del médico es, pues, un conocimiento personal; este no es el caso de la mediumnidad. Si, al saber humano, los Espíritus añaden su ayuda por medio del don de una aptitud medianímica, eso es para el médico un medio más de instruirse, de actuar

de manera más segura y eficaz, por lo que debe estar reconocido, pero él no deja de ser médico. Es su profesión, que no abandona para hacerse médium. Por lo tanto, no hay nada reprehensible en que él siga viviendo de ello, y eso con tanta más razón ya que la asistencia de los Espíritus es frecuentemente inconsciente, intuitiva, y puesto que su intervención se mezcla, a veces, con el empleo de medios comunes de cura.

Del hecho de que un médico se volviera médium y fuera asistido por los Espíritus en el tratamiento de sus pacientes, no resultaría, pues, que él debiera renunciar a toda remuneración, lo que le obligaría a buscar fuera de la Medicina los medios de existencia, por el hecho de haber renunciado

«los Espíritus [...] saben distinguir perfectamente las abnegaciones reales de las ficticias»

«las simulaciones y los subterfugios no pueden engañar a los Espíritus»

a su profesión. Pero si él está animado del sentimiento de las obligaciones que le impone la gracia que le es concedida, sabrá conciliar sus intereses con los deberes de la humanidad.

No sucede lo mismo con el desinterés moral, que puede y debe ser, en todos los casos, absoluto. Aquel que, en lugar de ver en la facultad medianímica un medio más de ser útil a sus semejantes, no buscara en ella sino una satisfacción de amor propio; aquel que hiciera un mérito personal de los éxitos que obtiene por ese medio, disimulando la causa verdadera, faltaría a su primer deber. Aquel que, sin renegar de los Espíritus, sólo viera en su ayuda, directa o indirecta, un medio de suplir la insuficiencia de su clientela productiva, aunque se revisita, ante los ojos de las personas, de

alguna apariencia filantrópica, realizaría, por eso mismo, un acto de explotación. En uno y en otro caso, tristes decepciones serían la consecuencia inevitable, porque las simulaciones y los subterfugios no pueden engañar a los Espíritus, que leen, en el fondo, el pensamiento.

Hemos dicho que la mediumnidad curativa no matará ni a la Medicina ni a los médicos, pero no puede dejar de modificar profundamente la ciencia médica. Sin duda, siempre habrá médiums sanadores, porque siempre los ha habido y porque esa facultad está en la naturaleza. Pero serán menos numerosos y menos buscados a medida que el número de los *médicos-médiums* aumente, y cuando la ciencia y la mediumnidad se presten un mutuo apoyo. Se tendrá más confianza en los médicos cuando sean médiums y más confianza en los médiums cuando sean médicos.

No se pueden poner en duda las virtudes curativas de ciertas plantas y de otras sustancias que la Providencia

ha puesto bajo la mano del hombre, colocando el remedio al lado del mal; el estudio de esas propiedades es de competencia de la Medicina. Ahora bien, como los médiums sanadores sólo actúan por influencia fluídica, sin el empleo de medicamentos, si un día debieran suplantar la Medicina, resultaría que, al dotar las plantas de propiedades curativas, Dios habría hecho algo inútil, lo que no es admisible. Por lo tanto, es necesario considerar la mediumnidad curativa como un modo específico, y no como un modo absoluto de cura; el fluido, como un nuevo agente terapéutico aplicable en ciertos casos, viene a añadirle un nuevo recurso a la Medicina. Por consiguiente, la mediumnidad curativa y la Medicina deben caminar juntas, de ahora en adelante, destinadas a ayudarse mutuamente, a suplirse y a complementarse la una a la otra. He aquí el motivo por el cual se puede ser médico sin ser médium sanador, y médium sanador sin ser médico.

¿Entonces, por qué esa facultad

se desarrolla hoy en día, casi exclusivamente, más bien entre los ignorantes que entre los hombres de ciencia? Por la razón muy simple de que, hasta hoy, los hombres de ciencia la rechazan; cuando la acepten, la verán desarrollarse entre ellos como entre los demás. ¿Aquel hombre de ciencia que la poseyera, hoy en día, la proclamaría? No; la ocultaría con el cuidado más grande. Puesto que ella sería inútil entre sus manos, ¿para qué darle esa facultad? Sería lo mismo que dar un violín a un hombre que no sabe o no quiere tocarlo.

Para esa situación, hay otro motivo capital. Dar a los ignorantes el don

**«la mediumnidad
curativa y la Medicina
deben caminar juntas [...],
destinadas a ayudarse
mutuamente, a suplirse
y a complementarse
la una a la otra»**

de curar males que no pueden curar los sabios es probar a éstos que no saben todo y que hay leyes naturales aparte de las que reconoce la ciencia. Mientras más grande sea la distancia entre la ignorancia y el saber, más evidente es el hecho. Cuando se produce en aquel que no sabe nada, es una prueba segura de que el saber humano no tiene ninguna parte en eso.

Pero como la ciencia sólo puede ser un atributo de la materia, el conocimiento del mal y de los reme-

dios por intuición, así como la facultad de videncia, sólo pueden ser atributos del Espíritu; prueban, en el ser humano, la existencia del ser espiritual, dotado de percepciones independientes de los órganos corporales y, frecuentemente, de conocimientos adquiridos anteriormente, en una existencia precedente. Esos fenómenos tienen, pues, como consecuencia, a la vez, ser útiles a la humanidad y probar la existencia del principio espiritual.



9 – Ensayo teórico sobre las sanaciones instantáneas

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
11.º año, n.º 3, marzo de 1868*

De todos los fenómenos espíritas, uno de los más extraordinarios es, indiscutiblemente, el de las sanaciones instantáneas. Se entienden las sanaciones producidas por la acción constante de un buen fluido; pero se pregunta cómo ese fluido puede efectuar una transformación súbita en el organismo y, sobre todo, por qué el individuo que posee esa facultad no tiene acogida en todos aquellos que son alcanzados por la misma enfermedad, admitiendo que haya especialidades. La afinidad de los fluidos es una razón, de seguro, pero que no satisface completamente, porque no tiene nada de indudable ni de científico. Sin embargo, las sanaciones instantáneas son un hecho que no se podría poner en duda. Si solamente tuvieran como apoyo los ejemplos de los tiempos remotos, se podría, con alguna

aparición de fundamento, considerarlas como legendarias o, por lo menos, como amplificadas por la credulidad; pero cuando los mismos fenómenos se reproducen ante nuestros ojos, en el siglo más escéptico con respecto a las cosas sobrenaturales, la negación ya no es posible, y uno es forzado a ver, en eso, no un efecto milagroso, sino un fenómeno que debe tener su causa en leyes de la naturaleza todavía desconocidas.

La explicación siguiente, deducida de indicaciones proporcionadas por un médium en estado de somnambulismo espontáneo, se basa en consideraciones fisiológicas que nos parecen lanzar una nueva luz sobre la cuestión. Esta explicación ha sido dada con ocasión de una pregunta, hecha por una persona aquejada de muy graves discapacidades, de si un

**«la sanación depende,
en principio, de que
las cualidades del fluido
sean apropiadas para
contrarrestar la naturaleza
y la causa del mal»**

tratamiento fluídico le podría ser saludable.

Por más racional que nos parezca esta explicación, no la consideramos como absoluta, sino como hipótesis y tema de estudio, hasta que ella haya recibido la doble sanción de la lógica y de la opinión general de los Espíritus, único control válido de las doctrinas espíritas y que puede garantizar su perpetuidad.

En la medicación terapéutica, son necesarios remedios apropiados para contrarrestar el mal. El mismo remedio no puede tener dos virtudes contrarias: ser, a la vez, estimulante y calmante, caliente y refrescante;

no puede ser apropiado en todos los casos. Es por eso que no hay remedio universal.

Sucede lo mismo con el fluido curativo, verdadero agente terapéutico, cuyas cualidades varían según el carácter físico y moral de los individuos que lo transmiten. Hay fluidos que estimulan y otros que calman, fluidos fuertes y otros suaves, y muchos otros matices. Según sus cualidades, el mismo fluido, como el mismo remedio, podrá ser saludable en ciertos casos, ineficaz y hasta perjudicial en otros; de donde se deduce que la sanación depende, en principio, de que las cualidades del fluido sean apropiadas para contrarrestar la naturaleza y la causa del mal. He aquí lo que muchas personas no comprenden y el motivo por el cual ellas se sorprenden de que un sanador no cure todos los males. En cuanto a las circunstancias que influyen sobre las cualidades intrínsecas de los fluidos, ya han sido suficientemente desarrolladas en el capítulo XIV de la *Génesis*, por lo que

es superfluo recordarlas acá.

A esa causa completamente física de las no-sanaciones, se le debe añadir una totalmente moral, que el Espiritismo nos da a conocer: es que la mayoría de las enfermedades, como todas las miserias humanas, son expiaciones del presente o del pasado, o pruebas para el porvenir; son deudas contraídas, cuyas consecuencias se deben sufrir hasta que se las haya pagado. Por lo tanto, uno no puede ser curado si debe sufrir su prueba hasta el final. Ese principio es un motivo de resignación para el enfermo, pero no debe ser una excusa para el médico que buscara, en la necesidad de la prueba, un medio cómodo de poner su ignorancia a cubierto.

Las enfermedades, consideradas únicamente desde el punto de vista fisiológico, tienen dos causas, que no se han distinguido hasta el presente y que no se podían apreciar antes de los nuevos conocimientos traídos por el Espiritismo. Es de la diferencia de esas dos causas que resulta la posibi-

lidad de sanaciones instantáneas en casos específicos y no en todos.

Ciertas enfermedades tienen su causa original en la propia alteración de los tejidos orgánicos; es la única causa que la ciencia ha admitido hasta hoy. Como la ciencia, para remediarla, sólo conoce las sustancias medicamentosas tangibles, no comprende la acción de un fluido impalpable que tiene como propulsor la voluntad. Sin embargo, los sanadores magnéticos están allí para probar que eso no es una ilusión.

En la sanación de las enfermedades de esa naturaleza por el influjo fluídico, hay el reemplazo de las moléculas orgánicas mórbidas por moléculas sanas. Es la historia de una casa vieja en la que se reemplazan las piedras carcomidas por piedras buenas.

**«uno no puede ser curado
si debe sufrir su prueba
hasta el final»**

Sigue siendo la misma casa, pero restaurada y consolidada. La torre Saint-Jacques y Notre-Dame de París acaban de sufrir un tratamiento de ese tipo.

La sustancia fluídica produce un efecto análogo a aquél de la sustancia medicamentosa, con la diferencia de que su penetración, por ser más grande, debido a la tenuidad de sus principios constituyentes, actúa más directamente sobre las moléculas primigenias del organismo, lo que no pueden hacer las moléculas, más groseras, de las sustancias materiales. En segundo lugar, su eficacia es más general, sin ser universal, porque sus cualidades son *modificables por el pensamiento*, mientras que las cualidades de la materia son fijas e invariables, y solamente pueden aplicarse a casos determinados.

Tal es, de manera general, el principio en el cual se basan los tratamientos magnéticos. Agreguemos, sumariamente y como indicación, dado que no podemos profundizar el asunto acá, que la acción de los remedios

homeopáticos en dosis infinitesimales se basa en el mismo principio; la sustancia medicamentosa, llevada al estado atómico por la división, adquiere, hasta cierto punto, las propiedades de los fluidos, exceptuando, sin embargo, el principio anímico que existe en los fluidos animalizados y que les da cualidades específicas.

En resumen, se trata de reparar un desorden orgánico por medio de la introducción, en el organismo, de materiales sanos que sustituyen materiales deteriorados. Esos materiales sanos pueden ser proporcionados por los medicamentos comunes en estado natural; por esos mismos medicamentos en estado de división homeopática; en fin, por el fluido magnético, que no es otra cosa sino la materia espiritualizada. Son tres modos de reparación, mejor dicho, de introducción y de asimilación de elementos reparadores; todos los tres están igualmente en la naturaleza y tienen su utilidad según los casos específicos, lo que explica el motivo por el cual uno tiene éxito

donde otro fracasa, pues actuaríamos con parcialidad si negáramos los servicios prestados por la medicina común. Según nosotros, son tres las ramas del arte de curar, destinadas a suplirse y a complementarse de acuerdo a las circunstancias, pero ninguna tiene buenas razones para creerse la panacea universal del género humano.

Cada uno de esos medios podrá ser eficaz, por lo tanto, si es empleado de manera conveniente y es adecuado para la especificidad del mal; pero, sea lo que sea, se comprende que la sustitución molecular, necesaria para el restablecimiento del equilibrio, solamente puede efectuarse gradualmente, y no como por encanto y arte de magia; la sanación, si es posible, sólo puede ser el resultado de una acción constante y perseverante, larga en mayor o en menor grado, según la gravedad de los casos.

Sin embargo, las sanaciones instantáneas son un hecho y, como no pueden ser más milagrosas que las demás, es necesario que sean realizadas

en circunstancias específicas; lo que prueba esto es que ellas no ocurren indistintamente para todas las enfermedades, ni sobre todos los individuos. Por lo tanto, es un fenómeno natural, cuya ley se debe buscar; ahora bien, he aquí la explicación que ha sido dada; para comprenderla, era necesario tener el punto de comparación que hemos acabado de establecer.

Ciertas afecciones, incluso muy graves y crónicas, no tienen como causa primigenia la alteración de las moléculas orgánicas, sino la presencia de un mal fluido que las disgrega, por así decirlo, y perturba el organismo.

Sucede lo mismo con un reloj,

«Ciertas afecciones [...] no tienen como causa primigenia la alteración de las moléculas orgánicas, sino la presencia de un mal fluido»

«la medicina común es impotente en todas las enfermedades causadas por fluidos viciados, y ellas son numerosas»

cuyas piezas se encuentran todas en buen estado, pero cuyo movimiento es detenido o desajustado por el polvo; ninguna pieza necesita ser reemplazada; sin embargo, el reloj no funciona; para restablecer la regularidad del movimiento, basta purificar el reloj del obstáculo que impedía su funcionamiento.

Tal es el caso de un gran número de enfermedades cuyo origen se debe a los fluidos perniciosos por los cuales el organismo es penetrado. Para obtener la sanación, no son las moléculas deterioradas las que se deben reemplazar, sino un cuerpo extraño el que se debe expulsar; desaparecida la causa del mal, el equilibrio se restablece

y las funciones retoman su curso.

Se concibe que, en semejante caso, los medicamentos terapéuticos, destinados, por su naturaleza, a actuar sobre la materia, no tengan eficacia sobre un agente fluídico; por eso, la medicina común es impotente en todas las enfermedades causadas por fluidos viciados, y ellas son numerosas. A la materia se le puede oponer la materia, pero a un mal fluido se le debe oponer un fluido mejor y más potente. La *medicina terapéutica* fracasa, naturalmente, contra los agentes fluídicos; por la misma razón, la *medicina fluídica* fracasa donde se debería oponer la materia a la materia; la *medicina homeopática* nos parece ser la intermediaria, el elemento de unión entre esos dos extremos, y tiene éxito particularmente en las afecciones que se podrían llamar mixtas.

Sea cual sea la pretensión de supremacía de cada uno de esos sistemas, lo que hay de positivo es que cada uno, por su parte, obtiene indudables éxitos, pero, hasta el presente,

ninguno ha justificado la pretensión de estar en posesión exclusiva de la verdad; de donde se debe concluir que todos tienen su utilidad y que lo esencial es aplicar esos sistemas cuando convengan.

No tenemos que ocuparnos, acá, de los casos en los que el tratamiento fluídico es aplicable, sino de la causa por la cual ese tratamiento, a veces, puede ser instantáneo, mientras que, en otros casos, exige una acción constante.

Esa diferencia se debe a la propia naturaleza y a la causa primigenia del mal. Dos afecciones que presentan, en apariencia, síntomas idénticos pueden tener causas diferentes; una puede estar determinada por la alteración de las moléculas orgánicas y, en ese caso, como me ha sido dicho, se deben reparar, reemplazar las moléculas deterioradas por moléculas sanas, operación que sólo se puede hacer gradualmente; en el otro caso, puede estar determinada por la infiltración, en los órganos sanos, de

un mal fluido que perturba las funciones. En ese caso, no se trata de reparar, sino de expulsar. Esos dos casos exigen, del fluido sanador, cualidades diferentes; en el primero, es necesario un fluido más suave que violento, sobre todo rico en principios reparadores; en el segundo, un fluido enérgico, más adecuado para la expulsión que para la reparación; según la cualidad de ese fluido, la expulsión puede ser rápida y ocurrir como por efecto de una descarga eléctrica. El enfermo, súbitamente liberado de la causa extraña que le hacía sufrir, se siente aliviado inmediatamente, como sucede en la extirpación de un diente podrido. El órgano, al ya no ser obliterado, vuelve a su estado normal y retoma sus funciones.

Así pueden explicarse las sanaciones instantáneas, que solamente son, en realidad, una variedad de la acción magnética. Se basan, como se ve, en un principio esencialmente fisiológico, y nada tienen de más milagroso que los demás fenómenos espíritas.

«[las sanaciones instantáneas] nada tienen de más milagroso que los demás fenómenos espíritas»

Se comprende, por lo tanto, el motivo por el cual esos tipos de sanaciones no son aplicables a todas las enfermedades. Su obtención se debe a la vez a la causa primigenia del mal, que no es la misma entre todos los individuos, y a las cualidades específicas del fluido que uno opone al mal. Resulta que una persona que produce efectos rápidos no es siempre adecuada para un tratamiento magnético regular y que excelentes magnetizadores son inadecuados para sanaciones instantáneas.

Esta teoría puede resumirse así: «Cuando el mal exige la reparación de órganos alterados, la sanación es lenta, necesariamente, y exige una acción constante y un fluido de una

cualidad específica; cuando se trata de la expulsión de un mal fluido, puede ser rápida e incluso instantánea».

Para simplificar la cuestión, solamente hemos considerado los dos puntos extremos; pero, entre los dos, hay matices infinitos; es decir, una multitud de casos en los cuales las dos causas existen simultáneamente en diferentes grados y con mayor o menor preponderancia de cada una; en los cuales, por consiguiente, es necesario a la vez expulsar y reparar. Según la causa que predomine, la sanación es lenta en mayor o en menor grado; si la causa es el mal fluido, después de la expulsión, es necesaria la reparación; si es el desorden orgánico, después de la reparación, es necesaria la expulsión. La sanación sólo se completa después de la destrucción de las dos causas. Ese es el caso más común; he aquí el motivo por el cual los tratamientos terapéuticos frecuentemente tienen necesidad de ser complementados por un tratamiento fluídico y recíprocamente; es también el

motivo por el cual las sanaciones instantáneas, que ocurren en los casos en los que la predominancia fluídica es, por así decirlo, exclusiva, no podrán jamás transformarse en un medio curativo universal; ellas no están destinadas, por consiguiente, a suplantar ni a la medicina, ni a la homeopatía, ni al magnetismo común.

La sanación instantánea radical y definitiva puede ser considerada como un caso excepcional, puesto que es poco común: 1.º que la expulsión del mal fluido sea completa en una sola vez; 2.º que la causa fluídica no esté acompañada de alguna alteración orgánica, lo que obliga, en uno y en otro caso, a retomar la magnetización varias veces.

En fin, como los malos fluidos sólo pueden venir de los malos Espíritus, la introducción de esos fluidos en el organismo está relacionada, frecuentemente, con la obsesión. Resulta que, para obtener la sanación, se debe tratar a la vez al enfermo y al Espíritu obsesor.

Esas consideraciones muestran cuántas cosas se deben tener en cuenta en el tratamiento de las enfermedades y cuánto queda todavía por aprender al respecto. Además, ellas vienen a confirmar un hecho capital que se destaca en la obra sobre la *Génesis*, que es la alianza del Espiritismo y de la ciencia. El Espiritismo camina en el mismo terreno que la ciencia hasta los límites de la materia tangible; pero mientras la ciencia se detiene en ese punto, el Espiritismo sigue su ruta y prosigue sus investigaciones en los fenómenos de la naturaleza, con la ayuda de elementos que extrae en el mundo

«como los malos fluidos sólo pueden venir de los malos Espíritus, la introducción de esos fluidos en el organismo está relacionada, frecuentemente, con la obsesión»

extra-material; está únicamente allí la solución de las dificultades contra las cuales se choca la ciencia.

Nota. La persona cuya pregunta ha motivado esta explicación está en el caso de las enfermedades de causa compleja. Su organismo está profundamente alterado, al mismo tiempo que está saturado de los fluidos más perniciosos, que la vuelven incurable si sólo se aplica la terapéutica común.

Una magnetización violenta y demasiado enérgica no produciría sino una estimulación momentánea, seguida luego de una postración más grande, activando el trabajo de la descomposición. Le sería necesaria una magnetización suave, constante por mucho tiempo, un fluido reparador penetrante, y no un fluido que agita pero que no repara nada. Ella se encuentra, por consiguiente, inaccesible a la sanación instantánea.



10 – Sesión anual conmemorativa del día de los difuntos

(Sociedad de París, 1.º de noviembre de 1868)

DISCURSO DE APERTURA POR EL SR. ALLAN KARDEC³

¿El Espiritismo es una religión?

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
11.º año, n.º 12, diciembre de 1868

«Donde están dos o tres personas congregadas en mi nombre,
allí estoy yo en medio de ellas» (San Mateo, 18:20)

Caros hermanos y hermanas espí-
ritas:

Estamos reunidos, en este día con-
sagrado, por la costumbre, a la con-
memoración del día de los difuntos,
para ofrecer a aquellos de nuestros
hermanos que dejaron la Tierra un
testimonio particular de benevolencia;
para dar continuidad a las rela-
ciones de afecto y de fraternidad que
existían entre ellos y nosotros cuando
estaban vivos y para atraer sobre ellos

las bondades del Todopoderoso. ¿Pero
por qué reunirnos? ¿No podemos ha-
cer, cada uno en privado, lo que nos
proponemos hacer juntos? ¿Qué uti-
lidad puede haber, pues, en reunirse,
así, en un día específico?

Jesús nos lo indica por las palabras
que hemos expuesto anteriormente.
Esa utilidad está en el resultado pro-
ducido por la comunión de pensa-
mientos que se establece entre perso-
nas reunidas con un mismo objetivo.

³ La primera parte de este discurso fue tomada de una publicación anterior sobre la *Comunión de pensamientos*, que era necesario recordar, debido a su relación con la idea principal.

[N. de la T.: ver el capítulo 16 del libro *Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos 1862-1865: Colección de Textos de Allan Kardec.*]

«El pensamiento es el atributo característico del ser espiritual»

¿Pero se comprende bien todo el alcance de esta expresión: *Comunión de pensamientos*? Seguramente, hasta hoy, pocas personas se habían hecho una idea completa de ella. El Espiritismo, que nos explica tantas cosas por las leyes que nos revela, viene, además, a explicarnos la causa, los efectos y el poder de ese estado de ánimo.

Comunión de pensamiento quiere decir pensamiento común, unidad de intención, de voluntad, de deseo, de aspiración. Nadie puede dejar de admitir que el pensamiento es una fuerza; ¿pero es una fuerza puramente moral y abstracta? No; de otro modo no se explicarían ciertos efectos del pensamiento y mucho menos de la comunión de pensamiento. Para comprenderlo, es necesario conocer las propiedades y la acción de los

elementos que constituyen nuestra esencia espiritual y es el Espiritismo el que nos la enseña.

El pensamiento es el atributo característico del ser espiritual; es él que diferencia al espíritu de la materia; sin el pensamiento, el espíritu no sería espíritu. La voluntad no es un atributo especial del espíritu; es el pensamiento que ha llegado a un cierto grado de energía; es el pensamiento que se ha vuelto potencia motriz. Es por la voluntad que el Espíritu imprime, a los miembros y al cuerpo, movimientos en un sentido determinado. Pero si el pensamiento tiene el poder de actuar sobre los órganos materiales, ¡cuán más grande ese poder debe ser sobre los elementos fluídicos que nos rodean! El pensamiento actúa sobre los fluidos del ambiente como el sonido actúa sobre el aire; esos fluidos nos traen el pensamiento como el aire nos trae el sonido. Por lo tanto, se puede decir, verdaderamente, que hay, en esos fluidos, ondas y rayos de pensamientos que se cruzan sin

confundirse, como hay, en el aire, ondas y rayos sonoros.

Una asamblea es un foco de donde se irradian pensamientos diversos; es como una orquesta, un coro de pensamientos en los cuales cada uno produce su nota. Resulta de eso una multitud de corrientes y de efluvios fluídicos, que son percibidos por medio del sentido espiritual como, en un coro de música, los sonidos son percibidos por el sentido del oído.

Pero, del mismo modo que hay rayos sonoros armónicos o discordantes, hay también pensamientos armónicos o discordantes. Si el conjunto es armónico, la sensación es agradable; si es discordante, la sensación es desagradable. Ahora bien, para eso, no hay necesidad de que el pensamiento sea formulado en palabras; la irradiación fluídica no deja de existir, sea el pensamiento expresado o no; si todos los pensamientos son benévolos, todos los asistentes experimentan un verdadero bienestar, se sienten a gusto; pero si se mezclan algunos pensa-

mientos malos, producen el efecto de una corriente de aire helado en un medio tibio.

Tal es la causa del sentimiento de satisfacción que se experimenta en una reunión afín; reina una atmósfera moral salubre, en la que se respira a gusto; se sale reconfortado de allí, porque se está impregnado de efluvios fluídicos saludables. De ese modo se explican, también, la ansiedad, el malestar indefinible que se sienten en un medio no afín, en el que los pensamientos malévolos provocan, por así decirlo, corrientes fluídicas malsanas.

La comunión de pensamientos produce, pues, una especie de efecto físico que reacciona sobre lo moral; es lo que únicamente el Espiritismo podría hacer comprender. Las personas

«si todos los pensamientos son benévolos, todos los asistentes experimentan un verdadero bienestar»

«Al ser la voluntad una fuerza activa, esa fuerza es multiplicada por el número de voluntades idénticas»

lo sienten instintivamente, ya que buscan las reuniones en las cuales saben que encuentran esa comunión. En esas reuniones homogéneas y afines, extraen nuevas fuerzas morales; se podría decir que recuperan allí las pérdidas fluídicas que tienen cada día por la irradiación del pensamiento, del mismo modo que recuperan, por medio de los alimentos, las pérdidas del cuerpo material.

A esos efectos de la comunión de pensamientos, se junta otro que es su consecuencia natural y que es importante no perder de vista: es el poder que adquiere el pensamiento o la voluntad, por medio del conjunto de los pensamientos o voluntades reunidos. Al ser la voluntad una fuerza activa,

esa fuerza es multiplicada por el número de voluntades idénticas, como la fuerza muscular es multiplicada por el número de brazos.

Establecido ese punto, se concibe que, en las relaciones que se establecen entre las personas y los Espíritus, hay, en una reunión donde reina una perfecta comunión de pensamientos, un poder atractivo o repulsivo, que no siempre posee un individuo aislado. Si, hasta el presente, las reuniones demasiado numerosas son menos favorables, es por la dificultad de obtener una homogeneidad perfecta de pensamientos, que proviene de la imperfección de la naturaleza humana en la Tierra. Cuanto más numerosas son las reuniones, más se mezclan en ellas elementos heterogéneos, que paralizan la acción de los buenos elementos y que son como granos de arena en un engranaje. No es así en los mundos más avanzados, y esa situación cambiará en la Tierra, a medida que las personas se vuelvan mejores en ella.

Para los Espíritas, la comunión de

pensamientos tiene un resultado más específico aún. Hemos visto el efecto de esa comunión de persona a persona; el Espiritismo nos prueba que ese efecto no deja de ser grande de las personas a los Espíritus y recíprocamente. De hecho, si el pensamiento colectivo adquiere fuerza por el número, un conjunto de pensamientos idénticos, que tienen como objetivo el bien, tendrá más poder para neutralizar la acción de los malos Espíritus; por eso, vemos que la táctica de esos últimos es incitar a la división y al aislamiento. Sola, una persona puede sucumbir, mientras que, si su voluntad está corroborada por otras voluntades, podrá resistir, según el axioma *«La unión hace la fuerza»*, axioma verdadero tanto en lo moral como en lo físico.

Por otro lado, si la acción de los Espíritus malévolos puede ser paralizada por un pensamiento común, es evidente que la de los buenos Espíritus será secundada; la influencia saludable de ellos no encontrará obstá-

culos. Al no ser sus efluvios detenidos por corrientes contrarias, se propagarán sobre todos los asistentes, precisamente porque todos los habrán atraído por el pensamiento, no cada uno para su provecho personal, sino para el provecho de todos, según la ley de caridad. Esos efluvios bajarán sobre ellos como lenguas de fuego, para servirnos de una admirable imagen del Evangelio.

De ese modo, por la comunión de pensamientos, las personas se asisten entre sí y, al mismo tiempo, asisten a los Espíritus y son asistidas. Las relaciones del mundo visible y del mundo invisible ya no son individuales, sino colectivas, y, por eso mismo, más

«un conjunto de pensamientos idénticos, que tienen como objetivo el bien, tendrá más poder para neutralizar la acción de los malos Espíritus»

«Gracias al Espiritismo, comprendemos, pues, el poder y los efectos del pensamiento colectivo»

poderosas tanto para el beneficio de las masas como para el de los individuos; en suma, la comunión de pensamientos establece la solidaridad, que es la base de la fraternidad. Cada uno trabaja no solamente para sí, sino para todos y, al trabajar para todos, cada uno saca provecho para sí; es lo que no comprende el egoísmo.

Gracias al Espiritismo, comprendemos, pues, el poder y los efectos del pensamiento colectivo; aclaramos mejor el sentimiento de bienestar que se experimenta en un medio homogéneo y afín; pero sabemos, igualmente, que sucede lo mismo con los Espíritus, pues estos también reciben los efluvios de todos los pensamientos benévolos que se elevan hacia ellos como un vapor de perfume. Aquellos

que son felices experimentan una felicidad más grande por ese concierto armónico; aquellos que sufren sienten un alivio más grande.

Todas las reuniones religiosas, no importa a qué culto pertenezcan, están basadas en la comunión de pensamientos; es allí, en efecto, donde ella debe y puede ejercer todo su poder, porque el objetivo debe ser la liberación del pensamiento de las opresiones de la materia. Desafortunadamente, la mayoría de esas reuniones se ha apartado de ese principio, a medida que ha hecho de la religión una cuestión de forma. Resulta de eso que cada uno, al hacer que su deber consista en el cumplimiento de la forma, se cree liberado hacia Dios y hacia las personas cuando ha practicado una fórmula. Resulta de eso, además, que *cada uno va a los lugares de reuniones religiosas con un pensamiento personal, para lo que le concierne, y, lo más frecuentemente, sin ningún sentimiento de confraternidad con relación a los otros asistentes; está aislado en medio de la multitud*

y piensa en el Cielo solamente para sí mismo.

Seguramente no era así como lo entendía Jesús cuando dijo: «Cuando estéis varios reunidos en mi nombre, estaré en medio de vosotros». Reunidos en mi nombre, es decir, con un pensamiento común; pero no es posible estar reunidos en nombre de Jesús sin asimilar Sus principios, Su Doctrina; ahora bien, ¿cuál es el principio fundamental de la Doctrina de Jesús? La caridad en pensamientos, en palabras y en acciones. Los egoístas y los orgullosos mienten cuando se dicen reunidos en nombre de Jesús, pues Jesús reniega de ellos como Sus discípulos.

Golpeadas por esos abusos y esas desviaciones, hay personas que niegan la utilidad de las asambleas religiosas y, por consiguiente, de los edificios consagrados a esas asambleas. En su radicalismo, piensan que valdría más construir hospicios que templos, puesto que el templo de Dios está en todos los lugares, que Él puede ser

adorado en todos los lugares y que cada uno puede orar en su casa y a cualquier hora, mientras que los pobres, los enfermos y los inválidos tienen necesidad de lugares de refugio.

Pero del hecho de que se cometen abusos y de que hay personas que se han apartado del buen camino, ¿se deduce que el buen camino no existe y que todo de lo que se hace mal uso es malo? No, seguramente. Hablar así es ignorar la fuente y los beneficios de la comunión de pensamientos, que debe ser la esencia de las asambleas religiosas; es ignorar las causas que provocan esa comunión. Se concibe que los materialistas profesen semejantes ideas; pues, en todas las cosas, no toman en cuenta la vida espiritual;

«¿cuál es el principio fundamental de la Doctrina de Jesús? La caridad en pensamientos, en palabras y en acciones»

**«El aislamiento religioso
conduce al egoísmo,
del mismo modo que el
aislamiento social»**

pero de parte de los espiritualistas, peor aún, de Espíritas, eso sería un disparate. *El aislamiento religioso conduce al egoísmo, del mismo modo que el aislamiento social.* Es posible que algunas personas sean suficientemente fuertes por sí mismas, tan grandemente dotadas en el corazón, para que su fe y su caridad no tengan necesidad de ser reanimadas por un foco común; pero no sucede lo mismo con las masas, para quienes es necesario un estímulo, sin el cual podrían dejarse ganar por la indiferencia. ¿Quién es, además, la persona que pueda decirse suficientemente esclarecida para no tener nada que aprender con relación a sus intereses futuros? ¿Suficientemente perfecta para desechar consejos en la vida presente? ¿Siempre

capaz de instruirse por sí misma? No; son necesarias, para la mayoría, enseñanzas directas tanto en materia de religión y de moral como en materia de ciencia. Indiscutiblemente, esa enseñanza puede ser dada en todos los lugares, tanto bajo la bóveda celeste como bajo la de un templo; ¿pero por qué las personas no tendrían lugares específicos para los asuntos del Cielo, como los tienen para los asuntos de la Tierra? ¿Por qué no tendrían asambleas religiosas, como tienen asambleas políticas, científicas e industriales? He aquí una Bolsa de Valores donde siempre se gana sin hacer que nadie pierda. Esta no es una razón para que no haya fundaciones en beneficio de los desafortunados; pero decimos más: *cuando las personas comprendan mejor sus intereses desde el punto de vista del Cielo, habrá menos gente en los hospicios.*

Si las asambleas religiosas –hablamos en general, sin hacer alusión a ningún culto– se han apartado demasiado frecuentemente del objetivo

primigenio principal, que es la comunión fraternal del pensamiento; si la enseñanza que es dada allí no ha seguido siempre el movimiento progresivo de la humanidad, es que las personas no realizan todo el progreso de una sola vez; lo que no hacen en un período lo hacen en otro; a medida que se esclarecen, ven lagunas que existen en sus instituciones y las llenan; comprenden que lo que era bueno en una época, para el grado de civilización, se vuelve insuficiente en un estado más avanzado, y restablecen el equilibrio. El Espiritismo, lo sabemos, es la gran palanca del progreso en todas las cosas; marca una era de renovación. Sepamos esperar, pues, y no solicitemos a una época más de lo que puede dar. Como las plantas, es necesario que las ideas maduren para que se cosechen los frutos. Además, sepamos hacer las concesiones necesarias a las épocas de transición, pues nada, en la naturaleza, se opera de una manera brusca e instantánea.

Hemos dicho que el verdadero

objetivo de las asambleas religiosas debe ser la *comunión de pensamientos*; es que, en efecto, la palabra *religión* quiere decir *lazo*; una religión, en su acepción amplia y verdadera, es un lazo que *liga* a las personas en una comunión de sentimientos, de principios y de creencias; subsiguientemente, ese nombre ha sido dado a esos mismos principios codificados y formulados como dogmas o artículos de fe. Es en ese sentido que se dice: *la religión política*; sin embargo, en esa misma acepción, la palabra *religión* no es sinónima de *opinión*; implica una idea particular: la de *fe concienzuda*; es por eso que se dice también: *la fe política*. Ahora bien, las personas pueden afiliarse, por interés, a un partido, sin tener la fe de ese partido, y la prueba está en aquellos que lo dejan, sin escrúpulo, cuando encuentran su interés en otra parte, mientras que aquel que lo elige por convicción es inquebrantable; persiste a costa de grandes sacrificios, y es la abnegación de los intereses personales lo que es la

«en el sentido filosófico, el Espiritismo es una religión»

verdadera prueba de la fe sincera. Sin embargo, si la renuncia a una opinión, motivada por interés, es un acto de cobardía despreciable, es respetable, en cambio, cuando es el fruto del reconocimiento del error en el cual se estaba; es, entonces, un acto de abnegación y de razón. Hay más valor y grandeza en reconocer abiertamente que uno se ha engañado que persistir en lo que se sabe que es falso, por amor propio y para no dar un desmentido a sí mismo, lo que revela más testarudez que firmeza, más orgullo que juicio y más debilidad que fuerza. Más aún: es hipocresía, porque se quiere aparentar lo que no se es; es, además, una mala acción, porque es incentivar al error por medio de su propio ejemplo.

El lazo establecido por una religión, sea cual sea su objeto, es, pues,

un lazo esencialmente moral, que liga los corazones, que identifica los pensamientos, las aspiraciones, y no es solamente el hecho de compromisos materiales que se rompen a voluntad, o del cumplimiento de fórmulas que hablan más a los ojos que al espíritu. El efecto de ese lazo moral es establecer, entre aquellos que une, como consecuencia de la comunidad de visión y de sentimientos, *la fraternidad y la solidaridad*, la indulgencia y la benevolencia mutuas. Es en ese sentido que se dice también: la religión de la amistad, la religión de la familia.

De ser así, se dirá, ¿el Espiritismo es, pues, una religión? ¡Pues bien, sí! Sin duda, señores; en el sentido filosófico, el Espiritismo es una religión y nos gloriamos de eso, porque es la Doctrina que fundamenta los lazos de la fraternidad y de la comunión de pensamientos, no en una simple convención, sino en las bases más sólidas: las propias leyes de la naturaleza.

¿Por qué, pues, hemos declarado que el Espiritismo no es una religión?

Por la razón de que hay una única palabra para expresar dos ideas diferentes y de que, en la opinión general, la palabra religión es inseparable de culto; de que esa palabra revela exclusivamente una idea de forma, que el Espiritismo no tiene. Si el Espiritismo se dijera religión, el público sólo vería en él una nueva edición, una variante, si se quiere, de los principios absolutos en materia de fe; una casta sacerdotal con su cortejo de jerarquías, de ceremonias y de privilegios; no lo separaría de las ideas de misticismo y de los abusos contra los cuales la opinión pública frecuentemente se ha sublevado.

Al no tener ninguna de las características de una religión, en la acepción común de la palabra, el Espiritismo no podía ni debía adornarse de un título sobre cuyo valor las personas se confundirían inevitablemente; he aquí el motivo por el cual se dice simplemente: doctrina filosófica y moral.

Las reuniones espíritas pueden ser realizadas, pues, religiosamente,

es decir, con el recogimiento y el respeto que comporta la naturaleza grave de los asuntos de los cuales se ocupan; incluso se pueden decir allí, si llega el caso, oraciones, que, en lugar de ser dichas en privado, son dichas en común, sin que las reuniones espíritas sean, por eso, lo que se entiende por *asambleas religiosas*. Que no se crea que eso es jugar con las palabras; el matiz es perfectamente claro y la aparente confusión sólo proviene de la falta de una palabra para cada idea.

¿Cuál es, por lo tanto, el lazo que

«Al no tener ninguna de las características de una religión, en la acepción común de la palabra, el Espiritismo no podía ni debía adornarse de un título sobre cuyo valor las personas se confundirían inevitablemente»

«La caridad es el alma del Espiritismo»

debe existir entre los Espíritas? No están unidos entre ellos por ningún contrato material, por ninguna práctica obligatoria; ¿cuál es el sentimiento en el cual se deben mezclar todos los pensamientos? Es un sentimiento completamente moral, completamente espiritual, completamente humanitario: el de la caridad hacia todos; dicho de otro modo, el amor al prójimo, que comprende a los vivos y a los muertos, puesto que sabemos que los muertos siempre hacen parte de la humanidad.

La caridad es el alma del Espiritismo: resume todos los deberes del ser humano hacia sí mismo y hacia sus semejantes; es por eso que se puede decir que no hay verdadero Espírita sin la caridad.

Pero la caridad es, además, una de esas palabras con sentido múltiple,

cuyo alcance completo es necesario comprender bien; y si los Espíritus no cesan de predicarla y de definirla es que, probablemente, reconocen que eso es todavía necesario.

El campo de la caridad es muy vasto; comprende dos grandes divisiones que, a falta de términos específicos, se pueden designar por medio de las palabras: *Caridad bienhechora* y *caridad benevolente*. Se comprende fácilmente la primera, que es naturalmente proporcional a los recursos materiales de los cuales se dispone; pero la segunda está al alcance de todo el mundo, tanto del más pobre como del más rico. Si la beneficencia es limitada forzosamente, nada diferente a la voluntad podría establecer límites a la benevolencia.

¿Qué es necesario, pues, para practicar la caridad benevolente? Amar a su prójimo como a sí mismo: ahora bien, si se ama al prójimo tanto como a sí mismo, se lo amará mucho; se actuará hacia él como se desearía que los otros actuaran hacia nosotros;

no se deseará ni se hará mal a nadie, porque no desearíamos que se nos lo hiciera.

Amar a su prójimo es, pues, abjurar de todo sentimiento de odio, de animosidad, de rencor, de envidia, de celos, de venganza, en suma, de todo deseo y de todo pensamiento de causar perjuicio; es perdonar a sus enemigos y devolver el bien por el mal; es ser indulgente hacia las imperfecciones de sus semejantes y no buscar la paja en el ojo de su vecino, mientras que no se ve la viga que se tiene en su propio ojo; es cubrir con un velo o excusar las faltas ajenas, en lugar de complacerse en ponerlas en evidencia con ánimo de denigración; es, además, no enaltecerse a sí mismo a costa de los otros; no buscar humillar a nadie bajo el peso de su superioridad; no desdeñar a nadie por orgullo. He aquí la verdadera caridad benevolente, la caridad práctica, sin la cual la caridad es una palabra vana; es la caridad tanto del verdadero Espírita como del verdadero cristiano; sin esta caridad,

aquel que dice «*Fuera de la caridad no hay salvación*» pronuncia su propia condenación, tanto en este mundo como en el otro.

¡Cuántas cosas habría que decir sobre este asunto! ¡Cuántas bellas instrucciones nos dan, sin cesar, los Espíritus! Sin el recelo de ser demasiado largo y de abusar de vuestra paciencia, señores, sería fácil demostrar que, poniéndose desde el punto de vista del interés personal, egoísta, si se quiere, (pues no todas las personas están preparadas todavía para una abnegación completa, para hacer el bien únicamente por el amor al bien) sería, digo, fácil demostrar que las personas tienen todo para ganar al actuar así y todo para perder al actuar de otra manera, incluso en sus relaciones sociales; además, el bien atrae

**«el bien atrae el bien y
la protección de los
buenos Espíritus»**

«cada uno, en virtud de su libre albedrío, puede elegir la suerte que desea tentar, pero sólo podrá responsabilizar a sí mismo de las consecuencias de su elección»

el bien y la protección de los buenos Espíritus; el mal atrae el mal y abre la puerta a la malevolencia de los malos. Tarde o temprano, el orgulloso es castigado por medio de la humillación, el ambicioso por medio de las decepciones, el egoísta por medio de la ruina de sus esperanzas, el hipócrita por medio de la vergüenza de ser desmascarado; aquel que abandona a los buenos Espíritus es abandonado por ellos y, de caída en caída, se ve, finalmente, en el fondo del abismo, mientras que los buenos Espíritus animan y sostienen a aquel que, en sus pruebas más grandes, no cesa de fiarse de

la Providencia y no se desvía jamás del buen camino; a aquel, en fin, cuyos sentimientos secretos no disimulan ninguna segunda intención de vanidad o de interés personal. Por lo tanto, de un lado, ganancia asegurada; del otro, pérdida cierta; cada uno, en virtud de su libre albedrío, puede elegir la suerte que desea tentar, pero sólo podrá responsabilizar a sí mismo de las consecuencias de su elección.

Crear en un Dios todopoderoso, soberanamente justo y bueno; creer en el alma y en su inmortalidad; en la preexistencia del alma como única justificación del presente; en la pluralidad de las existencias como medio de expiación, de reparación y de progreso intelectual y moral; en la perfectibilidad de los seres más imperfectos; en la felicidad creciente con la perfección; en la equitativa retribución del bien y del mal, según el principio «a cada uno, según sus obras»; en la igualdad de la justicia para todos, sin excepciones, favores ni privilegios para ninguna criatura; en la duración

de la expiación mientras dure la imperfección; en el libre albedrío del ser humano, que le deja siempre la elección entre el bien y el mal; creer en la continuidad de las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible; en la solidaridad que enlaza a todos los seres pasados, presentes y futuros, encarnados y desencarnados; considerar la vida terrestre como transitoria y una de las fases de la vida del Espíritu, que es eterna; aceptar con valor las pruebas con miras al porvenir, más envidiable que el presente; practicar la caridad en pensamientos, en palabras y en acciones en la más amplia acepción de la palabra; esforzarse cada día para ser mejor que en la víspera, extirpando toda imperfección de su alma; someter todas sus creencias al control del libre examen y de la razón, y no aceptar nada por medio de la fe ciega; respetar todas las creencias sinceras, por más irracionales que nos parezcan, y no violentar la conciencia de nadie; ver, en fin, en los descubrimientos de la ciencia, la

revelación de las leyes de la naturaleza, que son las leyes de Dios: he aquí el *Credo, la religión del Espiritismo*, religión que puede conciliarse con todos los cultos, es decir, con todas las maneras de adorar a Dios. Es el lazo que debe unir a todos los Espíritas en una santa comunión de pensamientos, hasta que reúna a todas las personas bajo la bandera de la fraternidad universal.

Con la fraternidad, hija de la caridad, las personas vivirán en paz y se evitarán los males innumerables que nacen de la discordia, hija, a su vez, del orgullo, del egoísmo, de la ambición, de los celos y de todas las imperfecciones de la humanidad.

El Espiritismo da a las personas todo lo que les es necesario para la

«El Espiritismo da a las personas todo lo que les es necesario para la felicidad en la Tierra»

felicidad en la Tierra, porque les enseña a contentarse con lo que tienen; que los Espíritas sean, pues, los primeros en sacar provecho de los beneficios que el Espiritismo aporta y que inauguren entre ellos el reino de la armonía, que resplandecerá en las generaciones futuras.

Los Espíritus que nos rodean acá son innumerables, atraídos por el objetivo que nos hemos propuesto al reunirnos, a fin de dar a nuestros pensamientos la fuerza que nace de la unión. Demos a aquellos a quienes

estimamos un buen recuerdo y una prueba de nuestro afecto, incentivos y consuelos a aquellos que los necesitan. Hagamos de modo que cada uno recoja su parte de los sentimientos de caridad benevolente de los cuales estaremos animados y que esta reunión produzca los frutos que todos están en su derecho de esperar.

ALLAN KARDEC.

A handwritten signature in cursive script, reading "Allan Kardec", with a long horizontal flourish underneath.

11 – Constitución transitoria del Espiritismo

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
11.º año, n.º 12, diciembre de 1868*

I

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Como todas las cosas, el Espiritismo tuvo su período de creación. Hasta que todas las cuestiones, principales y secundarias, que están relacionadas con él hubieran sido solucionadas, solamente pudo dar resultados incompletos. Se podía entrever su objetivo, presentir sus consecuencias, pero sólo de una manera vaga. De la incertidumbre sobre los puntos todavía no precisos debían nacer forzosamente divergencias sobre la manera de considerarlos. La unificación solamente podía ser obra del tiempo. Ella se ha hecho gradualmente, a medida que los principios se han dilucidado.

Sólo cuando la Doctrina haya abarcado todas las partes que comporta es que formará un todo armonioso, y es solamente entonces que se podrá juzgar lo que es verdaderamente el Espiritismo⁴.

Mientras el Espiritismo sólo era una opinión filosófica, no podía tener, entre los adeptos, sino la simpatía natural producida por la comunión de ideas, pero ningún vínculo serio podía existir a falta de un programa nítidamente definido. Tal es, evidentemente, la principal causa de la poca cohesión y estabilidad de los grupos y sociedades que se formaron. Por eso, disuadimos a los Espíritas, constantemente y con todas nuestras fuerzas, de que fundaran prematuramente

⁴ N. de la T.: ver, también, sobre el tema los textos «Proyecto – 1868» y «Constitución del Espiritismo – Exposición de Motivos», publicados en *Obras Póstumas*.

«Por no saber esperar el momento oportuno, los demasiado apresurados y los impacientes han comprometido, en todos los tiempos, las mejores causas»

instituciones específicas apoyadas en la Doctrina, antes de que ésta estuviera asentada sobre bases sólidas. Eso hubiera sido exponerse a fracasos inevitables, cuyo efecto habría sido desastroso, debido a la impresión que habrían producido en el público y al desaliento que resultaría de eso entre los adeptos. Esos fracasos habrían retrasado tal vez en un siglo el progreso definitivo de la Doctrina, a cuya incapacidad se habría imputado un revés que, en realidad, solamente habría

sido el resultado de la imprevisión. Por no saber esperar el momento oportuno, los demasiado apresurados y los impacientes han comprometido, en todos los tiempos, las mejores causas⁵.

Se les debe pedir a las cosas sólo lo que pueden dar, a medida que estén en condiciones de producir. No se puede exigir de un niño lo que se puede esperar de un adulto, ni de un árbol joven, recientemente plantado, lo que producirá cuando esté en toda su fuerza. El Espiritismo, en vías de elaboración, solamente podía dar resultados individuales; los resultados colectivos y generales serán los frutos del Espiritismo completo, que se desarrollará sucesivamente.

Aunque el Espiritismo no haya dicho todavía su última palabra sobre todos los puntos, se acerca a su complemento y no está lejos el momento en el que será necesario darle una

⁵ Hemos tratado específicamente la cuestión de las instituciones espíritas en un artículo de la *Revista*, de julio de 1866, página 193, y al cual hacemos referencia para más detalles.

[N. de la T.: ese artículo mencionado está traducido en el capítulo 5 de este libro.]

base fuerte y duradera, susceptible, sin embargo, de recibir todos los desarrollos que comportarán las circunstancias ulteriores, y que dé toda la seguridad a aquellos que se pregunten quién tomará las riendas después de nosotros.

La Doctrina es imperecedera, sin duda, porque se fundamenta en las leyes de la naturaleza y, mejor que cualquier otra, responde a las legítimas aspiraciones del ser humano. Sin embargo, su difusión y su instalación definitiva pueden ser adelantadas o retrasadas por las circunstancias, algunas de las cuales están subordinadas a la marcha general de las cosas, mientras que otras son inherentes a la propia Doctrina, a su constitución y a su organización; es de éstas de las cuales tenemos que ocuparnos especialmente por el momento.

Aunque la cuestión de fondo sea preponderante en todo y acabe por prevalecer siempre, la cuestión de la forma tiene acá una importancia capital; incluso podría prevalecer

momentáneamente y suscitar trabas y retrasos, según la manera en la cual se la resuelva.

Por lo tanto, habríamos hecho algo incompleto y dejado grandes obstáculos para el futuro si no hubiéramos previsto las dificultades que podrían surgir. Es para precaverse de ellas que, con la ayuda de los buenos Espíritus que nos asisten en nuestros trabajos, hemos elaborado un plan de organización, para el cual nos hemos valido de la experiencia del pasado, a fin de evitar los escollos contra los cuales se han chocado la mayoría de las doctrinas que han aparecido en el

**«La Doctrina es
imperecedera, sin duda,
porque se fundamenta en
las leyes de la naturaleza
y, mejor que cualquier
otra, responde a las
legítimas aspiraciones
del ser humano»**

mundo. Como este plan puede prestarse a todo el desarrollo que reserva el porvenir, le hemos dado a esta constitución la calificación de *transitoria*.

El plan que expondré a continuación está concebido desde hace mucho tiempo, porque siempre nos hemos preocupado del futuro del Espiritismo. Hemos dejado que se lo entrevea en diversas circunstancias, vagamente, es verdad, pero de manera suficiente para mostrar que no es hoy una concepción nueva y que, mientras trabajábamos en la parte teórica de la obra, no nos descuidamos de su lado práctico.

Antes de tratar el fondo de la cuestión, nos parece útil recordar algunos pasajes del informe que presentamos a la Sociedad de París, el 5 de mayo de 1865, a propósito de la Caja del Espiritismo, y que fue publicado en la *Revista* de junio de 1865, página 161. Las consideraciones

que contiene están relacionadas directamente con nuestro asunto, del cual son las preliminares indispensables.

II

Extracto del informe sobre la Caja del Espiritismo realizado para la Sociedad de París, el 5 de mayo de 1865

Se ha hablado mucho de los réditos que yo sacaba de mis obras. Nadie, seguramente, cree, en serio, en mis millones, a pesar de la afirmación de aquellos que decían saber, de fuente fidedigna, que yo tenía una vida principesca, coches de cuatro caballos y que, en mi casa, sólo se caminaba sobre alfombras de Aubusson (*Revista* de junio de 1862, página 179)⁶. Diga lo que diga, además, el autor de una publicación que conocéis y que quiere probar, por cálculos hiperbólicos, que el presupuesto de mis ingresos excede el del más poderoso soberano de Europa, porque, solamente en Francia,

⁶ N. de la T.: ver el capítulo 6 del libro *Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos 1862-1865: Colección de Textos de Allan Kardec*.

veinte millones de Espíritas serían mis tributarios (*Revista* de junio de 1863, página 175), hay un hecho más auténtico que sus cálculos: jamás he pedido nada a nadie, jamás nadie ha dado nada para mí personalmente; en suma, *no vivo a expensas de nadie*, puesto que, de las sumas que me han sido confiadas voluntariamente en el interés del Espiritismo, ninguna parte ha sido desviada en mi provecho⁷.

Mis inmensas riquezas provendrían, pues, de mis obras espíritas. Aunque esas obras han tenido un éxito inesperado, basta con ser un poco iniciado en los negocios de librería para saber que no es con libros filosóficos que se amontonan millones en cinco o seis años, cuando sólo se tiene

sobre la venta un derecho de autor de algunos céntimos por ejemplar. Pero sea grande o no ese producto, como es el fruto de mi trabajo, nadie tiene el derecho de inmiscuirse en el empleo que hago de él. Aunque se elevara a millones, puesto que la compra de los libros, así como la suscripción a la *Revista*, es facultativa y no es impuesta *en ninguna circunstancia*, ni siquiera para asistir a las sesiones de la Sociedad, eso no concierne a nadie. Hablando comercialmente, estoy en la posición de todo hombre que recoge el fruto de su trabajo; tiento la suerte como todo escritor, que puede ser exitoso, del mismo modo que puede fracasar⁸.

Aunque, bajo ese aspecto, no

⁷ Esas sumas se elevaban, en esa época, al total de 14 100 francos, cuyo empleo, en beneficio exclusivo de la Doctrina, está demostrado por las cuentas.

⁸ A aquellos que han preguntado por qué vendíamos nuestros libros, en lugar de donarlos, hemos contestado que los donaríamos si hubiéramos encontrado a un impresor que nos los imprimiera por nada, a un vendedor que nos proveyera de papel gratuitamente, a librereros que no exigieran ninguna rebaja para encargarse de difundirlos, una administración de correos que los transportara por filantropía, etc. Mientras tanto, como no tenemos millones para atender a esos gastos, estamos obligados a ponerles un precio a nuestros libros.

tengo ninguna cuenta que rendir a nadie, creo útil, para la propia causa a la cual me he consagrado, dar algunas explicaciones.

Diría, en primer lugar, que, como mis obras no son mi propiedad exclusiva, estoy obligado a comprarlas de mi editor y a pagarlas como un librero, excepto la *Revista*; que la ganancia se encuentra disminuida singularmente por los ejemplares no vendidos y las distribuciones gratuitas, hechas en el interés de la Doctrina, a personas que, sin eso, estarían obligadas a privarse de ellas. Un cálculo muy fácil prueba que el precio de diez volúmenes perdidos o donados, que no dejo de pagar, basta para absorber la ganancia de cien volúmenes. Digo esto como información y paréntesis. Sumado todo, hecho el balance, queda, sin embargo, algo. Suponed la cifra que deseáis; ¿qué hago de ella? Es eso de lo que ciertas personas se preocupan más.

Quienquiera que haya visto nuestro hogar antiguamente y lo ve hoy

en día puede testificar que nada ha cambiado en nuestra manera de vivir desde que me ocupo del Espiritismo; es tan sencilla ahora como lo era antaño. Por lo tanto, es cierto que mis ganancias, por más enormes que sean, no sirven para darnos los disfrutes del lujo. ¿Será, pues, que yo tengo la manía de atesorar para tener el placer de contemplar mi dinero? No creo que mi carácter y mis costumbres alguna vez hayan podido hacer suponer aquello. ¿Con qué finalidad, entonces, ocurre eso? Puesto que no saco provecho alguno, mientras más fabulosa es la suma, más embarazosa es la respuesta. Un día, se sabrá la cifra exacta, así como el empleo detallado, y los forjadores de historias perderán sus gastos de imaginación; hoy, me limito a algunos datos generales para poner un freno a suposiciones ridículas. Con ese propósito, debo entrar en algunos detalles íntimos, por los cuales les pido perdón, pero que son necesarios.

En todos los tiempos, hemos

tenido de qué vivir, muy modestamente, es verdad, pero lo que hubiera sido poco para ciertas personas nos bastaba, gracias a nuestros gustos y a nuestras costumbres de orden y de economía. A nuestro pequeño ingreso venían a añadirse, como suplementos, el producto de las obras que publiqué antes del Espiritismo y el de un modesto empleo que tuve que dejar cuando los trabajos de la Doctrina absorbieron todo mi tiempo.

Al sacarme de la oscuridad, el Espiritismo ha venido a lanzarme en una nueva senda; en poco tiempo, me he encontrado arrastrado en un movimiento que estaba lejos de prever. Cuando concebí la idea de *El libro de los Espíritus*, mi intención no era colocarme en evidencia, sino más bien permanecer desconocido; pero, rápidamente desbordado en mi intención, eso no me ha sido posible; tuve que renunciar a mis gustos de retiro, so pena de abdicar de la obra emprendida y que crecía cada día; me fue necesario seguir su impulso y tomar

sus riendas. Si mi nombre tiene ahora alguna popularidad, no soy ciertamente yo quien la ha buscado, pues es notorio que no se la debo ni a la propaganda, ni a la camaradería de la prensa, tampoco jamás he sacado provecho de mi posición y de mis relaciones para lanzarme al mundo, aunque eso me hubiera sido muy fácil. Pero, a medida que la obra crecía, un horizonte más vasto se desarrollaba ante mí y se ampliaba; entonces, comprendí la inmensidad de mi tarea y la importancia del trabajo que me quedaba por hacer a fin de completarla; las dificultades y los obstáculos, lejos de asustarme, redoblaron mi energía; vi el objetivo y decidí alcanzarlo con la asistencia de los buenos Espíritus. Sentía que no tenía tiempo

«Si mi nombre tiene ahora alguna popularidad, no soy ciertamente yo quien la ha buscado»

«esa fue la obra de mi vida; le di todo mi tiempo y sacrifiqué por ella mi reposo, mi salud»

que perder y no lo perdí ni en visitas inútiles, ni en ceremonias ociosas; esa fue la obra de mi vida; le di todo mi tiempo y sacrifiqué por ella mi reposo, mi salud, porque el futuro estaba escrito ante mí en caracteres irrecusables.

Sin apartarnos de nuestro estilo de vida, esta posición excepcional no ha dejado de crearnos necesidades a las cuales solamente mis recursos no me permitían atender. Sería difícil imaginarse la multiplicidad de los gastos que esta posición acarrea, los que yo habría evitado sin ella.

¡Pues bien, señores! Lo que me ha proporcionado ese suplemento de recursos es el producto de mis obras. Lo digo con felicidad: es con mi propio trabajo, con el fruto de mis viglias

que he atendido, por lo menos en mayor parte, a las necesidades materiales de la instalación de la Doctrina. He aportado, así, una gran cuota a la Caja del Espiritismo; aquellos que ayudan a la propagación de las obras no podrán decir, pues, que trabajan para enriquecerme, puesto que el producto de todo libro comprado, de toda suscripción a la *Revista*, beneficia a la Doctrina y no a un individuo.

Eso no era sólo para atender a las necesidades en el presente; también era necesario pensar en el futuro y preparar una fundación que, después de mí, pueda ayudar a aquel que me reemplace en la gran tarea que tendrá que desempeñar; esa fundación, sobre la cual no digo nada ahora, está relacionada con la propiedad que poseo y es por eso que uso una parte de mis réditos para mejorarla. Como estoy lejos de los millones que me han atribuido, dudo fuertemente que, a pesar de mis economías, mis recursos personales me permitan, alguna vez, dar a esa fundación el complemento

que desearía ver en ella durante mi vida; pero ya que la realización está en los designios de mis guías espirituales, si no lo hago yo mismo, es probable que un día u otro, eso se hará. Mientras tanto, elaboro sus planes.

Lejos de mí, señores, el pensamiento de sentir la mínima vanidad por lo que acabo de exponeros; fue necesaria la perseverancia de ciertas diatribas para incitarme a romper el silencio, aunque con pesar, sobre algunos de los hechos que me conciernen. Más tarde, todos aquellos cuya malevolencia se complace en tergiversar serán sacados a la luz por medio de documentos auténticos, pero el tiempo de esas explicaciones no ha llegado todavía; la única cosa que me importaba, por el momento, era que fuerais instruidos sobre el destino de los fondos que la Providencia hace pasar por mis manos, cualquiera que sea su origen. Me considero solamente como depositario, incluso de aquellos que gano, con más fuerte razón de aquellos que me son confiados.

Alguien me preguntaba un día, sin curiosidad, por supuesto, y por puro interés en el tema, lo que yo haría con un millón, si lo tuviera. Le he contestado que, hoy en día, su empleo sería completamente diferente de lo que hubiera sido al principio. Antiguamente, hubiera hecho propaganda por medio de una amplia publicidad; ahora reconozco que eso habría sido inútil, ya que nuestros adversarios se han encargado de ello a sus expensas. Al no haber puesto, entonces, grandes recursos a mi disposición para ese objetivo, los Espíritus han deseado probar que el Espiritismo debía su éxito a su propia fuerza.

Hoy en día, cuando el horizonte se amplía y el futuro sobre todo se ha desarrollado, se hacen sentir necesidades de un orden completamente diferente. Un capital, como el que suponéis, recibiría un empleo más útil. Sin entrar en detalles que serían prematuros, diré simplemente que una parte serviría para convertir mi propiedad en un asilo espírita específico

para ancianos, cuyos moradores recogerían los beneficios de nuestra Doctrina moral; otra parte para constituir una renta *inalienable* destinada: 1.º al mantenimiento del establecimiento; 2.º a garantizarles una existencia independiente a aquel que me suceda y a aquellos que lo ayuden en su misión; 3.º a atender a las necesidades ordinarias del Espiritismo sin tentar la suerte de ganancias eventuales, como estoy obligado a hacer, ya que la mayor parte de los recursos del Espiritismo depende de mi trabajo, que tendrá un término.

He aquí lo que yo haría; pero si esa satisfacción no me ha sido dada, sé que, de una manera o de otra, los Espíritus que dirigen el movimiento atenderán a todas las necesidades a su debido tiempo; es por eso que no me inquieto en absoluto y me ocupo de lo que es, para mí, la cosa esencial: la conclusión de los trabajos que me quedan por terminar. Hecho eso, pararé cuando Le agrade a Dios llamarme.

III

De los cismas

Una cuestión que se presenta al pensamiento, en primer lugar, es la de los cismas que podrán nacer en el seno de la Doctrina. ¿El Espiritismo estará preservado de eso?

Seguramente no, porque tendrá que luchar, al principio sobre todo, contra las ideas personales, siempre absolutas, tenaces, lentas en sumarse a las ideas ajenas, y contra la ambición de aquellos que desean vincular, a pesar de todo, sus nombres a una innovación cualquiera; que crean novedades únicamente para poder decir que no piensan y no hacen como los demás, o porque su amor propio sufre al sólo ocupar un rango secundario; o, en fin, que ven con despecho a otro que hace lo que no han hecho y que, además, tiene éxito. Pero, como les hemos dicho cien veces: «¿Quién os pone barreras en el camino? ¿Quién os impide trabajar de vuestra parte? ¿Quién os prohíbe publicar vuestras obras? La

publicidad os está abierta, así como a todo el mundo; dad algo mejor que lo que está dado, nadie se opone a eso; sed más apreciados por el público y él os dará la preferencia».

Aunque el Espiritismo no puede escapar a las debilidades humanas, que siempre se deben tener en cuenta, puede paralizar las consecuencias de ellas, y eso es lo esencial.

Se debe observar que los numerosos sistemas divergentes, nacidos en el origen del Espiritismo, sobre la manera de explicar los hechos, han desaparecido a medida que la Doctrina se ha completado por medio de la observación y de una teoría racional; hoy en día, esos primeros sistemas, con dificultad, encuentran todavía a algunos escasos partidarios. Eso es un hecho notorio, del cual se puede concluir que las últimas divergencias se borrarán con la completa dilucidación de todas las partes de la Doctrina; pero habrá siempre los disidentes que tienen opiniones preconcebidas, interesados, por una causa o por otra,

en hacer un grupo aparte: es contra la pretensión de ellos que hay que precaverse.

Para garantizar la unidad en el futuro, una condición es indispensable: todas las partes del conjunto de la Doctrina deben estar determinadas con precisión y claridad, sin dejar nada vago; para lograr esto, hemos hecho de manera que nuestros escritos no puedan dar lugar a ninguna interpretación contradictoria, y trataremos de que sea siempre así. Cuando se haya dicho, resueltamente y sin ambigüedad, que dos más dos es igual a cuatro, nadie podrá afirmar que se ha querido decir que dos más dos es igual a cinco. Por lo tanto, podrán formarse, *al lado* de la Doctrina, sectas que no adopten los principios, o todos los principios, pero no dentro de la Doctrina, por interpretación del texto, como, en cambio, se han formado tantas sectas sobre el significado de las propias palabras del Evangelio. Está allí un primer punto de una importancia capital.

**«no enredemos la
Doctrina con principios
que serían considerados
como quimeras y la
harían ser rechazada
por hombres positivos»**

El segundo punto es no salir del círculo de las ideas prácticas. Si es verdad que la utopía de la víspera es frecuentemente la verdad del mañana, dejemos al mañana el cuidado de realizar la utopía de la víspera, pero no enredemos la Doctrina con principios que serían considerados como quimeras y la harían ser rechazada por hombres positivos.

El tercer punto, en fin, es inherente al carácter esencialmente progresivo de la Doctrina. Del hecho de que ella no se ilusiona con sueños irrealizables para el presente, no se deduce que se inmovilice en el presente. Exclusivamente apoyada sobre las leyes

de la naturaleza, ella no puede variar esas leyes, pero si una nueva ley se descubre, debe sumarse a esa nueva ley; no debe cerrar la puerta a ningún progreso, so pena de suicidarse; asimilando todas las ideas reconocidas como exactas, de cualquier orden que sean, físicas o metafísicas, jamás será superada, y está allí una de las principales garantías de su perpetuidad.

Si, pues, una secta se forma a su lado, basada o no en los principios del Espiritismo, sucederá una de dos cosas: o esa secta está en lo verdadero o no está; si no está, caerá por su propio peso bajo el ascendiente de la razón y del sentido común, como ya tantas otras han caído desde hace siglos; si sus ideas son exactas, aunque sea solamente sobre un punto, la Doctrina, que busca el bien y la verdad en todas partes donde se encuentren, las asimila, de manera que, en lugar de ser absorbida, es ella la que absorbe.

Si algunos de sus miembros vienen a separarse de la Doctrina, es que creen poder hacer mejor las cosas; si

lo hacen realmente mejor, la Doctrina los imitará; si hacen mayor bien, la Doctrina se esforzará para hacer tanto o más, si eso es posible; si hacen mal, les dejará hacer, segura de que, tarde o temprano, el bien prevalece sobre el mal y lo verdadero, sobre lo falso. He aquí la única lucha que entablará.

Añadamos que la tolerancia, consecuencia de la caridad, que es la base de la moral espírita, crea en la Doctrina un deber: el de respetar todas las creencias. Deseando ser aceptada libremente, por convicción y no por obligación, proclamando la libertad de conciencia como un derecho natural imprescriptible, ella dice: *«Si tengo razón, los otros acabarán por pensar como yo; si no la tengo, acabaré por pensar como los otros»*. En virtud de esos principios, sin arrojar piedras a nadie, no dará ningún pretexto para represalias y les dejará a los disidentes toda la responsabilidad de sus palabras y de sus actos.

El programa de la Doctrina sólo será invariable, por lo tanto, en rela-

ción a los principios que pasaron a la condición de verdades constatadas; en cuanto a los demás, no los admitirá, como lo ha hecho siempre, sino en calidad de hipótesis, hasta su confirmación. Si le es demostrado que está equivocada sobre un punto, se modificará en ese punto.

La verdad absoluta es eterna y, por eso mismo, invariable; ¿pero quién puede vanagloriarse de poseerla completamente? En el estado de imperfección de nuestros conocimientos, lo que nos parece falso hoy puede ser reconocido como verdadero mañana, como consecuencia del descubrimiento de nuevas leyes; es así en el orden moral y en el orden físico. Es contra esa eventualidad que la Doctrina jamás debe hallarse desprevenida. El principio progresivo, que inscribe en su código, será, como lo hemos dicho, la salvaguardia de su perpetuidad y su unidad será mantenida precisamente porque no se apoya en el principio de la inmovilidad. La inmovilidad, en lugar de ser una

fuerza, se vuelve una causa de debilidad y de ruina para quien no sigue el movimiento general; rompe la unidad, porque aquellos que desean ir adelante se separan de aquellos que se obstinan en permanecer atrás. Pero, mientras se sigue el movimiento progresivo, se lo debe hacer con cautela y evitar lanzarse imprudentemente en los ensueños de las utopías y de los sistemas. Es necesario hacerlo a tiempo, ni demasiado temprano ni demasiado tarde, y con conocimiento de causa.

Se comprende que una Doctrina asentada sobre tales bases debe ser realmente fuerte; desafía toda competencia y neutraliza las pretensiones de sus competidores. Es hacia ese punto que nuestros esfuerzos tienden a conducir la Doctrina Espírita.

La experiencia, además, ya ha justificado esa previsión. Al haber caminado en esa senda desde su origen, la Doctrina ha avanzado constantemente, pero sin precipitación, mirando siempre si el terreno donde pone el

pie es sólido y midiendo sus pasos en base al estado de la opinión general. Ha hecho como el navegante que sólo avanza con la sonda en las manos y consultando los vientos.

IV

El dirigente del Espiritismo

¿Pero quién estará encargado de mantener al Espiritismo en esa senda? ¿Quién tendrá incluso la fuerza para eso? ¿Quién tendrá tiempo y perseverancia para consagrarse al trabajo incesante que exige semejante tarea? Si el Espiritismo es dejado a sí mismo, sin guía, ¿no es de temer que se desvíe de su ruta? ¿Que la malevolencia, a la cual estará expuesto por mucho tiempo todavía, se esfuerce en tergiversar su esencia? Está allí, en efecto, una cuestión vital y cuya solución es de un interés mayor para el porvenir de la Doctrina.

La necesidad de una dirección central superior, guardiana vigilante de la unidad progresiva y de los intereses generales de la Doctrina, es tan

evidente que ya hay una preocupación puesto que todavía no se ve a un conductor despuntando en el horizonte. Se comprende que, sin una autoridad moral, capaz de centralizar los trabajos, los estudios y las observaciones, de dar impulso, de estimular el celo, de defender al débil, de sostener los corajes vacilantes, de ayudar con consejos de la experiencia, de fijar la opinión sobre los puntos inciertos, el Espiritismo corría el riesgo de caminar a la deriva. No solamente esa dirección es necesaria, sino también es menester que esté en condiciones suficientes de fuerza y de estabilidad para afrontar las tormentas.

Aquellos que no desean ninguna autoridad no comprenden los verdaderos intereses de la Doctrina; si algunos piensan poder prescindir de toda dirección, la mayoría, aquellos que no creen en su infalibilidad y no tienen una confianza absoluta en sus propias luces, experimentan la necesidad de un punto de apoyo, de un guía, aunque fuera solamente para

ayudarlos a caminar con más seguridad y confianza. (Ver la *Revista* de abril de 1866, p. 111: *El Espiritismo independiente*.)

Demostrada la necesidad de una dirección, ¿de dónde provendrán los poderes que el dirigente regentará? ¿Será aclamado por la universalidad de los adeptos diseminados en el mundo entero? Es algo impracticable. Si se impone por su autoridad personal, será aceptado por unos, rechazado por otros, y veinte pretendientes pueden surgir y levantarán bandera contra bandera; eso sería a la vez el despotismo y la anarquía. Tal acto sería típico de un ambicioso, y nadie sería menos adecuado que un ambicioso, por eso mismo orgulloso, para dirigir una Doctrina basada en la abnegación, en la dedicación, en el desinterés y en la humildad; al apartarse del principio fundamental de la Doctrina, sólo podría falsear su espíritu. Es lo que habría tenido lugar inevitablemente, si no hubieran sido tomadas medidas eficaces, por anticipado,

«nadie sería menos adecuado que un ambicioso, por eso mismo orgulloso, para dirigir una Doctrina basada en la abnegación, en la dedicación, en el desinterés y en la humildad»

para precaverse contra ese inconveniente.

Admitamos, sin embargo, que un hombre reúna todas las cualidades requeridas para el cumplimiento de su mandato y que llegue a la dirección superior por un medio cualquiera: los hombres se suceden y no se asemejan; después de uno bueno puede venir uno malo; con el individuo puede cambiar el espíritu de la dirección; aunque no posea malos designios, puede tener una visión exacta en mayor o en menor grado; si desea

hacer prevalecer sus ideas personales, puede hacer descarriar la Doctrina, suscitar divisiones, y las mismas dificultades se renovarán en cada cambio. No se debe perder de vista que el Espiritismo no está todavía en la plenitud de su fuerza; desde el punto de vista de la organización, es un niño que apenas empieza a caminar; importa, pues, sobre todo al inicio, prevenirle contra las dificultades de la ruta.

Pero, se dirá, ¿uno de los mesías anunciados, que deben tomar parte en la regeneración, no estará en el comando del Espiritismo? Es probable; pero como no tendrán en la frente una marca para hacerse reconocer, se afirmarán solamente *por sus actos*, y serán, por la mayoría, reconocidos como tales sólo después de su muerte, según lo que habrán hecho durante su vida; además, no habrá mesías para siempre; se deben prever todas las eventualidades. Se sabe que la misión de ellos será múltiple; que los habrá en todos los niveles y en las diversas

ramas de la economía social, en las que cada uno ejercerá su influencia en beneficio de las ideas nuevas, según la especialidad de su posición; todos trabajarán, pues, para el establecimiento de la Doctrina, sea en una parte, sea en otra, unos como Jefes de Estado, otros como legisladores, otros como magistrados, sabios, literatos, oradores, industriales, etc.; cada uno demostrará su valía en su parte, desde el proletario hasta el soberano, *sin que nada, a excepción de sus obras, le diferencie del común de los hombres*. Si uno de ellos debe tomar parte en la dirección administrativa del Espiritismo, es probable que será puesto de manera providencial en posición de llegar allí por los medios legales que serán adoptados; circunstancias, aparentemente fortuitas, lo conducirán a eso, sin designio premeditado de su parte, sin siquiera que él tenga conciencia de su misión. (*Revista Espírita: Los mesías del Espiritismo*, febrero y marzo de 1868, páginas 45 y 65.)

En semejante caso, el peor de

todos los dirigentes sería aquel que se hiciera pasar por el elegido de Dios. Como no es racional admitir que Dios confíe tales misiones a ambiciosos o a orgullosos, las virtudes características de un verdadero mesías deben ser, ante todo, la simplicidad, la humildad, la modestia, en suma, el desinterés material y moral más completo; ahora bien, tan sólo la pretensión de ser un mesías sería la negación de esas cualidades esenciales; probaría, en aquel que hiciera alarde de un título semejante, o una presunción

**«las virtudes
características de un
verdadero mesías
deben ser, ante todo,
la simplicidad, la
humildad, la modestia,
en suma, el desinterés
material y moral
más completo»**

ridícula, si es de buena fe, o una insigne impostura. No faltarán intrigantes, que se dirán Espíritas, que desearán elevarse por orgullo, ambición o codicia; otros que sostendrán presuntas revelaciones por medio de la cuales buscarán ponerse en evidencia y fascinar a las imaginaciones demasiado crédulas. Se debe prever también que, bajo falsas apariencias, algunos individuos podrían intentar apoderarse del timón con la segunda intención de hacer zozobrar el navío haciéndole desviar de su ruta. Él no zozobrará, pero podría experimentar retrasos nefastos, que se deben evitar. Están allí, indiscutiblemente, los escollos más grandes contra los cuales el Espiritismo debe protegerse; mientras más tome consistencia, más sus adversarios le prepararán emboscadas.

Por lo tanto, es deber de todos los Espíritas sinceros desbaratar las maniobras de la intriga, que pueden urdirse tanto en los más pequeños centros como en los más grandes. En primer lugar, deberán repudiar, de la

manera más absoluta, a quienquiera que, por sí mismo, se haga pasar por mesías, sea como dirigente del Espiritismo, sea como simple apóstol de la Doctrina. Se reconoce el árbol por su fruto; esperad, pues, que el árbol haya dado frutos antes de juzgar si es bueno y mirad, además, si los frutos no tienen gusanos (El evangelio según el Espiritismo, cap. XXI, n.º 9, *Características del verdadero profeta.*)

Alguien con quien conversábamos sobre ese asunto proponía el siguiente medio: hacer que los candidatos sean designados por los propios Espíritus en cada grupo o sociedad espírita. Aparte de que ese medio no evitaría todos los inconvenientes, habría particularidades en ese modo de proceder que la experiencia ya ha demostrado y que sería superfluo recordar acá. No se debe perder de vista que la misión de los Espíritus es instruirnos, mejorarnos, pero no sustituir la iniciativa de nuestro libre albedrío; nos sugieren pensamientos, nos ayudan con sus consejos, sobre todo

en lo tocante a las cuestiones morales, pero dejan a nuestro juicio el cuidado de la ejecución de las cosas materiales, del cual no tienen como misión preservarnos. En su mundo, tienen atribuciones que no son las de la Tierra; pedirles lo que está fuera de esas atribuciones es exponerse a los engaños de los Espíritus frívolos. Que los hombres se contenten con ser asistidos y protegidos por buenos Espíritus, pero que no descarguen sobre ellos la responsabilidad que incumbe al papel de encarnado.

Ese medio, además, suscitaría más obstáculos de lo que se piensa, por la dificultad de hacer que participen todos los grupos en esa elección; sería una complicación en los engranajes, y los engranajes son tanto menos susceptibles de desorganizarse mientras más simplificados sean.

El problema es, pues, constituir una dirección central, en condiciones de fuerza y de estabilidad que la pongan a cubierto de fluctuaciones, que respondan a todas las necesidades de

la causa y opongán una barrera absoluta a las maquinaciones de la intriga y de la ambición. Tal es el objetivo del plan del cual vamos a dar un rápido bosquejo.

V

Comisión Central

Durante el período de elaboración, la dirección del Espiritismo ha tenido que ser individual; era necesario que todos los elementos constitutivos de la Doctrina, salidos en estado embrionario de una multitud de focos, desembocaran en un centro común, para ser allí controlados y coetados, y que un único pensamiento presidiera su coordinación para establecer la unidad en el conjunto y la armonía en todas las partes. Si hubiera sido diferente, la Doctrina se habría asemejado a esos edificios híbridos levantados por varios arquitectos, o, más bien, a un mecanismo cuyos engranajes no encajan entre sí con precisión.

Lo hemos dicho, porque es una

**«En lugar de un
dirigente único,
la dirección le
corresponderá a una
Comisión Central
o *Consejo Superior*
permanente»**

verdad indudable, claramente demostrada hoy en día: la Doctrina ya no podía salir completamente de un único centro, del mismo modo que toda la ciencia astronómica no podía salir de un único observatorio; y todo centro que hubiera intentado constituir la en base a sus únicas observaciones habría hecho algo incompleto y se habría encontrado, sobre una infinidad de puntos, en contradicción con los otros. Si mil centros hubieran deseado hacer su propia doctrina, no habría dos doctrinas semejantes en todos los puntos. Si esas doctrinas hubieran estado de acuerdo en el fondo,

habrían discrepado inevitablemente en la forma; ahora bien, como hay muchas personas que ven la forma antes que el fondo, habría habido tantas sectas cuantas formas diferentes. La unidad no podía salir sino del conjunto y de la comparación de todos los resultados parciales; es por eso que la concentración de los trabajos era necesaria. (*Génesis*, cap. I, *Características de la revelación espírita*, nº. 51 y siguientes.)

Pero lo que era una ventaja para una época se volvería, más tarde, en un inconveniente. Hoy en día, cuando el trabajo de elaboración está concluido, en lo que concierne a las cuestiones fundamentales; cuando los principios generales de la Ciencia están establecidos, la dirección, que tuvo que ser individual al inicio, debe volverse colectiva; en primer lugar, porque llega un momento en el que su peso excede las fuerzas de una persona y, en segundo lugar, porque hay más garantía para el mantenimiento de la unidad en una reunión de individuos

(en la que cada uno solamente participa en la deliberación), que nada pueden sin el concurso de unos y de otros, antes que en una única persona, que puede abusar de su autoridad y desear hacer predominar sus ideas personales.

En lugar de un dirigente único, la dirección le corresponderá a una *Comisión Central* o *Consejo Superior* permanente –poco importa el nombre–, cuya organización y atribuciones le serán definidas de manera que no deje nada para la arbitrariedad. Esa Comisión estará compuesta de doce miembros titulares como máximo, que deberán, para el efecto, reunir ciertas condiciones deseadas, y de un número igual de consejeros. Según las necesidades, podrá ser secundada por miembros auxiliares activos. Se completará a sí misma, según reglas igualmente determinadas, de modo que evitará todo tipo de favoritismo, a medida que se den las vacantes por extinciones de obligaciones u otras causas. Una disposición específica

fijará el modo de nombramiento de los doce primeros.

Cada miembro la presidirá, cuando le corresponda, durante un año y quien desempeñe esa función será designado por sorteo.

La autoridad del Presidente es puramente administrativa; él dirige las deliberaciones de la Comisión, vigila la ejecución de los trabajos y la expedición de los asuntos; pero, fuera de las atribuciones que le son conferidas por los estatutos constitutivos, no puede tomar ninguna decisión sin el concurso de la Comisión. Por consiguiente, nada de abusos posibles, nada de fomentos a la ambición, nada de pretextos para intrigas ni para celos, nada de supremacía arrogante.

La Comisión, o Consejo Superior, será, pues, la cabeza, el verdadero dirigente del Espiritismo, dirigente colectivo que nada puede sin el consentimiento de la mayoría y, en ciertos casos, sin el de un Congreso o Asamblea General. Suficientemente numeroso para instruirse por medio de la

**«Hay, igualmente,
en un ser colectivo, una
garantía de estabilidad
que no existe cuando
todo depende de una
persona específica»**

discusión, no lo será para que haya confusión.

Los Congresos estarán conformados por delegados de las sociedades particulares, regularmente constituidas y que cuenten con el apoyo de la Comisión por su adhesión y la conformidad de sus principios.

Para los adeptos en general, la aprobación o la desaprobación, el consentimiento o el rechazo, en suma, las decisiones de un cuerpo constituido, como representan una opinión colectiva, tendrán forzosamente una autoridad que jamás tendrían si emanaran de un único individuo, que sólo representa una opinión personal.

Frecuentemente uno rechaza la opinión de una única persona, se cree humillado al someterse a ella, mientras que cede, sin dificultad, a la de varios.

Está bien entendido que se trata de una autoridad moral, en lo que concierne a la interpretación y a la aplicación de los principios de la Doctrina, y no de un poder disciplinario cualquiera. Esa autoridad será, en materia de Espiritismo, lo que es la autoridad de una academia en materia de ciencia.

Para el público extraño, un cuerpo constituido tiene más ascendiente y preponderancia; contra los adversarios, sobre todo, presenta una fuerza de resistencia y posee medios de acción que no podría tener un individuo; lucha con infinitamente más ventaja. Se ataca a una individualidad; se la quebranta; no sucede lo mismo con un ser colectivo.

Hay, igualmente, en un ser colectivo, una garantía de estabilidad que no existe cuando todo depende de

una persona específica; si el individuo es impedido por una causa cualquiera, todo se puede trabar. Un ser colectivo, en cambio, se perpetúa incesantemente; si pierde a uno o a varios de sus miembros, nada periclita.

La dificultad, se dirá, será reunir, de manera permanente, a doce personas que siempre estén de acuerdo.

Lo esencial es que estén de acuerdo sobre los principios fundamentales; ahora bien, eso será una condición absoluta para su admisión, como la de todos los participantes en la dirección. Sobre las cuestiones pendientes secundarias, poco importa la divergencia de ellas, ya que es la opinión de la mayoría la que prevalece. A aquel cuya manera de ver sea exacta, no le faltarán buenas razones para justificarla. Si uno de ellos, contrariado por no poder hacer que sus ideas fueran admitidas, se retirara, las cosas no dejarían de seguir su curso y no habría lugar para lamentarlo, puesto que él daría prueba de una susceptibilidad orgullosa, poco espírita, y que podría

transformarse en una causa de turbación.

La causa más común de división entre cointerésados es el conflicto de intereses y la posibilidad de que uno suplante al otro en su provecho. Esa causa no tiene ninguna razón de ser, puesto que el perjuicio de uno no puede beneficiar a los otros, que son solidarios y sólo pueden perder en lugar de ganar con la desunión. Esta es una cuestión de detalle, prevista en la organización.

Admitamos que, entre ellos, se encuentre a un traidor, conquistado por los enemigos de la causa, ¿qué podrá él, ya que sólo tiene voz en las decisiones? Supongamos, aunque eso es prácticamente imposible, que toda la Comisión entre en una mala senda: las Asambleas estarán allí para poner orden.

El control de los actos de la administración se hará en las Asambleas, que podrán decretar la sanción o una acusación contra la Comisión Central, por infracción a su mandato,

**«Cuando la Comisión
esté organizada,
participaremos en
ella en calidad de
simple miembro,
teniendo nuestra parte
de colaboración, sin
reivindicar, para nosotros,
ni supremacía, ni título,
ni privilegio cualquiera»**

desviación de principios reconocidos, o medidas perjudiciales para la Doctrina. Es por eso que la Comisión someterá a las Asambleas las circunstancias en las que considere que su responsabilidad podría verse comprometida de una manera grave.

Si, por un lado, las Asambleas son un freno para la Comisión, por otro, ésta extrae una nueva fuerza de la aprobación que le den ellas. Es así que ese dirigente colectivo depende,

en definitiva, de la opinión general, y no puede, sin riesgo para sí mismo, apartarse del buen camino.

Cuando la Comisión esté organizada, participaremos en ella en calidad de simple miembro, teniendo nuestra parte de colaboración, sin reivindicar, para nosotros, ni supremacía, ni título, ni privilegio cualquiera.

A las atribuciones generales de la Comisión serán anexadas, como dependencias locales:

1.º Una *biblioteca*, donde se encontrarán reunidas todas las obras que interesan al Espiritismo y que podrán ser consultadas en el local o prestadas para su lectura;

2.º Un *museo*, donde estarán reunidas las primeras obras de arte espírita, los trabajos mediúmnicos más notables, los retratos de los adeptos que tengan mucho mérito en la causa por su abnegación, los retratos de las personas a quienes el Espiritismo honra, aunque son extrañas a la Doctrina, como: bienhechores de la humanidad, grandes genios misioneros

del progreso, etc⁹.

3.º Un *dispensario* destinado a consultas médicas *gratuitas* y al tratamiento de ciertas afecciones, bajo la dirección de un médico titulado;

4.º Una caja de auxilios y de previsión, ajustada a condiciones prácticas;

5.º Un asilo de ancianos;

6.º Una sociedad de adeptos, con sesiones regulares.

VI

Obras fundamentales de la Doctrina

Muchas personas lamentan que las obras fundamentales de la Doctrina tengan un precio demasiado elevado para un gran número de lectores y piensan, con razón, que, si se hubieran hecho ediciones populares a precios bajos, esas obras habrían sido

mucho más difundidas, y la Doctrina habría ganado con eso.

Somos completamente de la misma opinión; pero las condiciones en las cuales las obras son editadas no permiten que eso sea diferente en la situación actual. Esperamos llegar un día a ese resultado, con la ayuda de una nueva combinación relacionada con el plan general de la organización; pero esta operación sólo puede ser realizada si se la emprende en una vasta escala; tan sólo de nuestra parte, exigiría, ya sean capitales que no tenemos, ya sean cuidados materiales que nuestros trabajos, que reclaman todas nuestras meditaciones, no nos permiten dar. Por eso, la parte comercial propiamente dicha ha sido desatendida o, mejor dicho, sacrificada, para el establecimiento de la parte doctrinaria. Lo que importaba, ante

⁹El futuro museo ya posee ocho cuadros de gran dimensión, que sólo aguardan un emplazamiento conveniente, verdaderas obras maestras de arte, especialmente hechas para el Espiritismo, por un artista de renombre, que las ha donado generosamente para la Doctrina. Es la inauguración del arte espírita por un hombre que une la fe sincera al talento de los grandes maestros. Haremos un informe detallado en el debido tiempo.

«Es en la *Revista* donde todos los principios nuevos son elaborados y puestos a estudio»

todo, era que las obras fueran hechas y las bases de la Doctrina, establecidas.

Cuando la Doctrina esté organizada por medio de la constitución de la Comisión Central, nuestras obras se volverán de propiedad del Espiritismo, en la persona de esa misma Comisión, que tendrá la gerencia de ellas y dedicará los cuidados necesarios para la publicación por los medios más adecuados para popularizarlas. Igualmente, deberá ocuparse de su traducción a las principales lenguas extranjeras.

Hasta el presente, la *Revista* ha sido, y sólo podía ser, una obra personal, puesto que hace parte de nuestras obras doctrinarias, mientras sirve

a los anales del Espiritismo. Es en la *Revista* donde todos los principios nuevos son elaborados y puestos a estudio. Era necesario, pues, que ella conservara su carácter individual para la fundación de la unidad.

Nos han solicitado muchas veces hacerla aparecer en intervalos más cercanos; aunque fuera enorgullecido para nosotros ese deseo, no hemos podido consentir en eso; en primer lugar, porque el tiempo material no nos permitía ese aumento de trabajo y, en segundo lugar, porque ella no debía perder su característica esencial, que no es la de un periódico propiamente dicho.

Hoy en día, cuando nuestra obra personal se acerca a su término, las necesidades ya no son las mismas; la *Revista* se volverá, como nuestras obras hechas y por hacer, de propiedad colectiva de la Comisión, que asumirá su dirección, para mayor utilidad al Espiritismo, sin que, por eso, renunciemos a darle nuestra colaboración.

Para completar la obra doctrina-

ria, nos queda publicar varios libros, que no son la parte menos difícil, ni la menos pesada. Aunque poseemos todos los elementos para eso y el plan está trazado hasta el último capítulo, podríamos dedicarles cuidados más asiduos y acelerarlos si, por la institución de la Comisión Central, estuviéramos liberados de detalles que absorben una gran parte de nuestro tiempo.

VIII

Atribuciones de la Comisión

Las principales atribuciones de la Comisión Central serán:

1.º El cuidado de los intereses de la Doctrina y de su propagación; el mantenimiento de su unidad por medio de la conservación de la integridad de los principios reconocidos; el desarrollo de sus consecuencias;

2.º El estudio de los principios nuevos, susceptibles de formar parte del cuerpo de la Doctrina;

3.º La concentración de todos los

documentos e informaciones que puedan interesar al Espiritismo;

4.º La correspondencia;

5.º El mantenimiento, la consolidación y la extensión de los vínculos de fraternidad entre los adeptos y las sociedades particulares de los diferentes países;

6.º La dirección de la *Revista*, que será el periódico oficial del Espiritismo, a la cual se podrá añadir otra publicación periódica;

7.º El examen y la apreciación de las obras, artículos de periódicos y todos los escritos que interesan a la Doctrina. La refutación de los ataques, si los hay;

8.º La publicación de las obras fundamentales de la Doctrina, en las condiciones más propicias para su difusión. La elaboración y la publicación de aquellas cuyo plan daremos y que no tendríamos tiempo de hacer en vida. Estímulos a las publicaciones que puedan ser útiles a la causa;

9.º La fundación y la conservación

de la biblioteca, de los archivos y del museo;

10.º La administración de la caja de auxilios, del dispensario y del asilo de ancianos;

11.º La administración de los negocios materiales;

12.º La dirección de las sesiones de la Sociedad;

13.º La enseñanza oral;

14.º Las visitas e instrucciones a las reuniones y sociedades particulares que se pongan bajo su auspicio.

15.º La convocatoria a los Congresos y Asambleas Generales.

Esas atribuciones se repartirán entre los diferentes miembros de la Comisión, según la especialidad de cada uno, quienes, en caso de necesidad, serán asistidos por un número suficiente de miembros auxiliares o de simples empleados.

Como consecuencia, entre los miembros de la Comisión, habrá:

Un secretario general para la correspondencia y para las actas de las sesiones de la Comisión;

Un redactor en jefe para la *Revista* y las demás publicaciones;

Un bibliotecario archivista, encargado, además, del examen y de las reseñas sobre obras y artículos de periódicos;

Un director de la caja de auxilios, encargado, además, de la dirección del dispensario, de las visitas a los enfermos y a los necesitados, y de todo lo que está relacionado con la beneficencia. Será secundado por una comisión de beneficencia, tomada del seno de la sociedad y conformada por personas caritativas de buena voluntad;

Un administrador contable, encargado de los negocios y de los intereses materiales;

Un director especial para los asuntos concernientes a las publicaciones;

Oradores para la enseñanza oral, encargados, además, de visitar las Sociedades de fuera de la capital y de dar instrucciones. Podrán ser tomados entre los miembros auxiliares y los adeptos

de buena voluntad, que recibirán, para ese efecto, un mandato específico.

Cualquiera que sea la extensión ulterior de los negocios y del personal administrativo, la Comisión siempre estará limitada al mismo número de miembros titulares.

Hasta el presente, hemos tenido que darnos abasto, casi solos, a este programa; por eso, algunas de sus partes han sido desatendidas o han podido ser solamente esbozadas, y las que son más específicamente de nuestra competencia han tenido que sufrir inevitables retrasos, debido a la necesidad de ocuparnos de tantas cosas, pues el tiempo y las fuerzas tienen límites y tan sólo una de ellas absorbería el tiempo de una persona.

VIII

Recursos financieros

Es incómodo, sin duda, estar obligado a entrar en consideraciones materiales para alcanzar un objetivo

completamente espiritual; pero es necesario observar que la propia espiritualidad de la obra está relacionada con el tema de la humanidad terrestre y de su bienestar; que no se trata solamente de la difusión de algunas ideas filosóficas, sino de fundar algo positivo y duradero para la extensión y la consolidación de la Doctrina, para la cual será menester hacer producir los frutos que ella es susceptible de dar. Suponer que estamos todavía en la época en la que algunos apóstoles podían ponerse en camino con su cayado, sin preocupación alguna por su albergue y por su pan diario, sería una ilusión que sería destruida pronto por una amarga decepción. Para hacer algo serio, es necesario someterse a las necesidades que imponen las costumbres de la época en la que se vive; esas necesidades son completamente diferentes de las de los tiempos de la vida patriarcal; el propio interés del Espiritismo exige, pues, que se calculen sus medios de acción para que no se sea detenido en el camino.

Calculemos, pues, puesto que estamos en un siglo en el que es necesario contar.

Las atribuciones de la Comisión Central serán suficientemente numerosas, como se ve, como para necesitar una verdadera administración. Como cada miembro tendrá funciones activas y asiduas, si se tomara sólo a personas de buena voluntad, los trabajos podrían sufrir con eso, pues nadie tendría el derecho de hacer reproches a los negligentes. Para la regularidad de los trabajos y la expedición de los negocios, es necesario tener a personas con cuya asiduidad se pueda contar y cuyas funciones no sean simples actos de complacencia. Mientras más independencia tuvieran debido a sus recursos personales, menos se someterían a ocupaciones asiduas; si no la tienen, no pueden dar su tiempo. Por lo tanto, es necesario que sean

remunerados, así como el personal administrativo¹⁰; la Doctrina ganará, con eso, fuerza, estabilidad, puntualidad, al mismo tiempo que eso será un medio de prestar servicios a personas que estén necesitadas.

Un punto esencial, en la economía de toda administración previsora, es que su existencia no dependa de productos eventuales, que pueden faltar, sino de recursos fijos, regulares, de manera que su curso, suceda lo que suceda, no pueda ser obstaculizado. Es necesario, pues, que las personas que sean llamadas a dar su colaboración no puedan concebir ninguna inquietud sobre su futuro. Ahora bien, la experiencia demuestra que se deben considerar como esencialmente aleatorios los recursos que sólo dependen del producto de cuotas, siempre facultativas, sean cuales sean los compromisos contratados, y

¹⁰ N. de la T.: es necesario observar, en el tema de la remuneración, que Allan Kardec ofrece a los espíritas su ejemplo personal de jamás haber sido remunerado para realizar tareas doctrinarias, como se resalta posteriormente en este texto.

de una cobranza frecuentemente difícil. Basar gastos permanentes y regulares en recursos eventuales sería una falta de previsión que se podría, un día, lamentar. Las consecuencias son menos graves, sin duda, cuando se trata de fundaciones temporales, que duran lo que pueden; pero acá es una cuestión de futuro. El destino de una administración como ésta no puede estar subordinado a las posibilidades de un negocio comercial; la administración debe ser, desde su inicio, si no tan próspera, por lo menos tan estable como lo será dentro de un siglo. Mientras más sólida sea su base, menos expuesta estará a los golpes de la intriga.

En semejante caso, la prudencia más común exige que se capitalicen, de una manera inalienable, los recursos a medida que lleguen, a fin de constituir una renta perpetua, a cubierto de todas las eventualidades. La administración, al saldar sus gastos por medio de su renta, no puede tener comprometida su existencia, en

ningún caso, ya que tendrá siempre los medios para funcionar. Puede, al inicio, estar organizada sobre una escala más pequeña; los miembros de la Comisión pueden estar limitados provisionalmente a cinco o seis, el personal y los gastos administrativos reducidos a su más simple expresión, con el propósito de proporcionar el desarrollo para el incremento de los recursos y de las necesidades de la causa, pero todavía es menester tener lo necesario.

Personalmente, y aunque seamos parte activa de la Comisión, no seremos ninguna carga para el presupuesto, ni para honorarios, ni para

«aunque seamos parte activa de la Comisión, no seremos ninguna carga para el presupuesto, ni para honorarios, ni para viáticos, ni por una causa cualquiera»

viáticos, ni por una causa cualquiera; si jamás hemos pedido nada a nadie para nosotros, lo haríamos aún menos en esa circunstancia; nuestro tiempo, nuestra vida, todas nuestras fuerzas físicas e intelectuales pertenecen a la Doctrina. Declaramos, pues, terminantemente, que ninguna parte de los recursos de los cuales dispondrá la Comisión será desviada en nuestro beneficio.

Le aportaremos, en cambio, nuestra cuota:

1.º por la cesión de los réditos de nuestras obras hechas y por hacer;

2.º por el aporte de valores mobiliarios e inmobiliarios.

Hacemos votos, pues, para la realización de nuestro plan, en el interés de la Doctrina, y no para que nosotros nos propiciemos, con eso, una posición, que no necesitamos. Es para preparar las sendas de esa instalación que hemos consagrado, hasta hoy, el producto de nuestros trabajos, como lo hemos dicho anteriormente. Si nuestros medios personales no nos

permiten hacer más, tendremos, por lo menos, la satisfacción de haber puesto la primera piedra.

Supongamos, pues, que, por un medio cualquiera, la Comisión Central haya sido puesta en funcionamiento, en un tiempo dado, lo que supone una renta fija, que se limita, al principio, de 25 000 a 30 000 francos, los recursos de toda naturaleza de los cuales dispondrá, en capitales y réditos eventuales, constituirán la *Caja General del Espiritismo*, que será objeto de una contabilidad rigurosa. Al estar saldados los gastos obligatorios, el excedente de la renta incrementará el fondo común; la Comisión atenderá a los diversos gastos útiles al desarrollo de la Doctrina, proporcionalmente a los recursos de ese fondo, sin que jamás pueda sacar provecho personal, ni hacer de eso una fuente de especulación para ninguno de sus miembros. El empleo de los fondos y la contabilidad serán sometidos, además, a la verificación de comisarios especiales delegados, para ese efecto, por los

Congresos o Asambleas Generales.

Uno de los primeros cuidados de la Comisión será ocuparse de las publicaciones, tan pronto tenga la posibilidad para eso, sin esperar que pueda hacerlo con la ayuda de la renta; los fondos asignados para ese uso no serán, en realidad, sino un anticipo, puesto que entrarán de nuevo por la venta de las obras, cuyo producto regresará al fondo común. Es un asunto administrativo.

Para dar a esa institución una existencia legal, a cubierto de toda disputa, para darle, además, el derecho de adquirir, de recibir y de poseer, será constituida, *si se juzga eso necesario*, por acto auténtico, bajo la forma de sociedad comercial anónima, por noventa y nueve años, prorrogable indefinidamente, con todas las estipulaciones necesarias para que jamás pueda apartarse de su objetivo, y para que los fondos no puedan ser desviados de su destino.

Sin entrar acá en detalles que serían superfluos y prematuros, debemos decir, sin embargo, algunas palabras sobre dos instituciones accesorias de la Comisión, a fin de que no haya confusión respecto al sentido que les atribuimos; queremos hablar de la caja de auxilios y del asilo de ancianos.

El establecimiento de una caja general de auxilios es algo impracticable y que presentaría serios inconvenientes, como lo hemos demostrado en un artículo específico. (*Revista* de julio de 1866, página 193.)¹¹ La Comisión no puede comprometerse, pues, a ir por una senda que sería forzada, muy pronto, a dejar, ni a emprender nada de lo que no esté segura de poder realizar. Debe ser positiva y no ilusionarse con quimeras; es el medio de caminar por mucho tiempo y con seguridad; para eso, debe permanecer, en todo, en los límites de lo posible.

Esa caja de auxilios sólo puede y

¹¹ N. de la T.: ver el capítulo 5 de este libro.

debe ser una institución local, de acción circunscrita, cuya prudente organización podrá servir de modelo a las del mismo tipo que podrían crear las sociedades particulares. Es multiplicando esas cajas que las Sociedades podrán prestar servicios eficaces, y no centralizando los medios de acción.

Será mantenida: 1.º por la porción asignada de la renta de la Caja General del Espiritismo para tal efecto; 2.º por las donaciones específicas que le serán hechas. Capitalizará las sumas recibidas de manera que sea constituida una renta; es de esa renta que dará auxilios temporales o rentas vitalicias, y cumplirá las obligaciones de su mandato, que serán estipuladas en su reglamento constitutivo.

El proyecto de un asilo de ancianos, en la acepción completa de la palabra, no puede ser realizado al inicio, debido a los capitales que exigiría una fundación semejante y, además, porque es necesario dejar a la administración el tiempo para establecerse y caminar con regularidad, antes de

pensar en complicar sus atribuciones con acciones en las cuales podría fracasar. Abarcar demasiadas cosas antes de estar seguro de los medios de ejecución sería una imprudencia. Se lo comprenderá fácilmente si se reflexiona en todos los detalles que comportan los establecimientos de ese tipo. Sin duda, es bueno tener buenas intenciones, pero, ante todo, es necesario poder realizarlas.

IX

Conclusión

Tales son las bases principales de la organización que nos proponemos dar al Espiritismo, si las circunstancias nos lo permiten; hemos tenido que desarrollar detenidamente los motivos, a fin de hacer conocer su espíritu. Los detalles serán objeto de una reglamentación minuciosa en la cual todos los casos estarán previstos de manera que aparten todas las dificultades de ejecución.

Consecuentes con los principios

que el Espiritismo profesa de tolerancia y de respeto hacia todas las opiniones, no pretendemos imponer esta organización a nadie, ni obligar a quienquiera que sea a someterse a ella. Nuestro objetivo es establecer un primer vínculo entre los Espíritas, que lo desean desde hace mucho tiempo y se quejan de su aislamiento. Ahora bien, ese vínculo, sin el cual el Espiritismo permanecería en estado de opinión individual, sin cohesión, sólo puede existir con la condición de que se esté ligado a un centro por medio de una comunión de visión y de principios. Ese centro no es una *individualidad*, sino un foco de actividad colectiva, que actúa en el interés general y en el cual la autoridad personal se borra.

Si no hubiera existido, ¿cuál sería el punto de reunión de los Espíritas diseminados en diferentes países? Al no poder comunicar sus ideas, sus impresiones, sus observaciones a todos los otros centros particulares, diseminados ellos mismos, y frecuentemente sin consistencia, habrían quedado

aislados, y la difusión de la Doctrina habría sufrido con eso. Era necesario, pues, un punto en el cual todo desembocara y del cual todo pudiera irradiarse. El desarrollo de las ideas espíritas, lejos de hacer que ese centro se vuelva inútil, hará sentir aún más la necesidad de él, porque la necesidad de acercarse y de formar un haz será tanto más grande cuanto más considerable sea el número de adeptos.

¿Pero cuál sería la extensión del círculo de actividad de ese punto central? ¿Está destinado a regir al mundo y a convertirse en árbitro universal de la verdad? Si ese punto central tuviera esa pretensión, habría comprendido mal el espíritu del Espiritismo, que, justamente por proclamar los principios del libre examen y de la libertad de conciencia, repudia el pensamiento de erigirse como autocracia; desde el inicio, entraría en una senda fatal.

El Espiritismo tiene principios que, debido al hecho de que se basan en las leyes de la naturaleza, y no en abstracciones metafísicas, tienden a

**«los diversos centros,
que estén en el verdadero
espíritu del Espiritismo,
deberán tenderse una
mano fraternal y unirse
para combatir a sus
enemigos comunes:
la incredulidad y
el fanatismo»**

convertirse, y serán sin duda un día, en los principios de la universalidad de las personas; todos los aceptarán, porque serán verdades palpables y demostradas, como aceptaron la teoría del movimiento de la Tierra; pero pretender que el Espiritismo esté organizado de la misma manera en todas partes; que los Espíritas del mundo entero estén sujetos a un régimen uniforme, a una misma manera de proceder; que deban esperar la luz de un punto fijo hacia el cual deberán fijar sus miradas sería una utopía tan

absurda como pretender que todos los pueblos de la Tierra formen, un día, una única nación, gobernada por un único dirigente, regida por el mismo código de leyes y sujeta a las mismas costumbres. Si hay leyes generales que pueden ser comunes a todos los pueblos, esas leyes siempre serán, en los detalles de la aplicación y de la forma, apropiadas a las costumbres, a los caracteres, a las condiciones de vida de cada uno.

Así será del Espiritismo organizado. Los Espíritas del mundo entero tendrán principios comunes que los vincularán a la gran familia por el lazo sagrado de la fraternidad, pero cuya aplicación podrá variar según las regiones, sin que, por eso, la unidad fundamental se rompa, sin que se formen sectas disidentes que se arrojen piedras y anatemas, lo que sería antiespírita antes que nada. Por lo tanto, podrán formarse, se formarán inevitablemente, centros generales en diferentes países, sin otro lazo sino la comunión de creencia y la

solidaridad moral, sin subordinación de uno a otro, sin que el de Francia, por ejemplo, tenga pretensiones de imponerse a los Espíritas americanos y viceversa.

La comparación con los observatorios, que hemos citado anteriormente, es perfectamente justa. Hay observatorios sobre diferentes puntos del globo; todos, sea cual sea la nación a la cual pertenezcan, están fundados sobre los principios generales y reconocidos de la Astronomía, lo que no les vuelve, por eso, dependientes los unos de los otros; cada uno reglamenta sus trabajos como lo entiende; ellos se comunican entre sí sus observaciones, y cada uno emplea útilmente para la ciencia los descubrimientos

de sus cofrades. Será lo mismo con los centros generales del Espiritismo; serán los observatorios del mundo invisible, que se servirán recíprocamente de lo que tengan de bueno y de aplicable a las costumbres de las regiones donde estén establecidos: su objetivo es el bien de la humanidad, y no la satisfacción de ambiciones personales. El Espiritismo es una cuestión de fondo; apegarse a la forma sería una puerilidad indigna de la grandeza del tema; he aquí el motivo por el cual los diversos centros, que estén en el verdadero espíritu del Espiritismo, deberán tenderse una mano fraternal y unirse para combatir a sus enemigos comunes: la incredulidad y el fanatismo.



12 – El poder del ridículo

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
12.º año, n.º 2, febrero de 1869*

Al leer un periódico, hemos encontrado esta frase proverbial: «*En Francia, el ridículo mata siempre*». Eso nos ha sugerido las siguientes reflexiones.

¿Por qué en Francia antes que en otra parte? Es que acá, más que en otra parte, la mentalidad a la vez fina, cáustica y jovial capta a primera vista el lado gracioso o ridículo de las cosas. Esa mentalidad busca ese lado por instinto, lo siente, lo adivina, lo huele, por así decirlo; lo descubre donde otros no lo percibirían y lo resalta con habilidad. Pero la mentalidad francesa quiere, ante todo, el buen gusto, la urbanidad hasta en la burla; se ríe, de buen grado, de una broma fina, delicada, inteligente sobre todo, mientras que las caricaturas que no despiertan interés, la crítica pesada, grosera, a quemarropa, semejante a la pata de

un oso o al puñetazo de un patán, le causan repugnancia, porque la mentalidad francesa siente una repulsión instintiva por la vulgaridad.

Tal vez se dirá que ciertos éxitos modernos parecen desmentir esas cualidades. Habría mucho que decir sobre las *causas* de esa desviación, que es real, pero solamente parcial, y no puede prevalecer sobre la esencia del carácter nacional, como lo demostraremos algún día. Diremos solamente, de paso, que esos éxitos que sorprenden a las personas de buen gusto se deben, en gran parte, a la curiosidad muy vivaz, también presente en el carácter francés. Pero oíd a la multitud a la salida de ciertas exhibiciones; el juicio que domina, incluso en la boca del pueblo, se resume en estas palabras: «¡Es repugnante!» Y, sin embargo, las personas han ido allí únicamente

para poder decir que han visto una excentricidad; no regresarán, pero mientras la multitud de curiosos desfila, el éxito se hace, y es todo lo que se pide. Sucede lo mismo con ciertos éxitos supuestamente literarios.

La aptitud de la mentalidad francesa en tomar el lado cómico de las cosas hace del ridículo un verdadero poder, más grande en Francia que en otros países; ¿pero es exacto decir que el ridículo mata siempre?

Se debe distinguir lo que se puede llamar ridículo *intrínseco*, es decir, inherente a la propia cosa, y ridículo *extrínseco*, que viene desde afuera y es vertido sobre una cosa. Sin duda, este último puede ser lanzado sobre todo, pero sólo hiere aquello que es vulnerable; cuando dirige un ataque a cosas que no le dan ninguna cabida, resbala en ellas sin traerles ningún perjuicio. La caricatura más grotesca de una estatua irreprochable no le quita nada de su mérito y no le causa deterioro ante la opinión pública, porque cada uno está en condiciones

de apreciarla.

El ridículo sólo tiene poder mientras golpee con más precisión, mientras haga resaltar, con ingenio y fineza, defectos reales: es, entonces, cuando mata; pero cuando golpea en falso, no mata nada en absoluto, o más bien se mata a sí mismo. Para que el adagio arriba sea completamente verdadero, se debería decir: «En Francia, el ridículo mata siempre *lo que es ridículo*». Lo que es realmente verdadero, bueno y bello jamás es ridículo. Si alguien se burla, de manera despreciativa, de una personalidad notoriamente respetable, el cura Viannet, por ejemplo, eso inspirará rechazo, incluso a los incrédulos. Tanto eso es verdad que lo que es respetable en sí mismo es siempre respetado por la opinión pública.

**«Lo que es realmente
verdadero, bueno y bello
jamás es ridículo»**

**«el ridículo sólo ha
golpeado y atacado
lo que era ridículo en
la manera en la cual
ciertas personas, poco
esclarecidas, conciben
al Espiritismo»**

Como todo el mundo no tiene ni el mismo gusto ni la misma manera de ver, lo que es verdadero, bueno y bello para unos puede no serlo para otros. ¿Quién, pues, será el juez? Será el ser colectivo que se denomina «todo el mundo», y contra cuyas decisiones las opiniones aisladas protestan en vano. Algunas individualidades pueden estar desorientadas momentáneamente por la crítica ignorante, malévola o inconsciente, pero no las masas, cuyos juicios acaban por triunfar siempre. Si la mayoría de los comensales en un banquete encuentra un manjar de su gusto, por más que digáis que es

malo, no impediréis que se lo coma, o por lo menos que se lo pruebe.

Eso nos explica el motivo por el cual el ridículo vertido a profusión sobre el Espiritismo no lo ha matado. Si él no ha sucumbido, no es por falta de haber sido escudriñado en todos los sentidos, tergiversado, desnaturalizado, grotescamente disfrazado por sus antagonistas; y, sin embargo, después de diez años de una agresión encarnizada, él está más fuerte que nunca; es que el Espiritismo es como la estatua de la cual hemos hablado hace poco.

En definitiva, ¿sobre qué, particularmente, se ejerce el sarcasmo con relación al Espiritismo? Sobre aquello que realmente lo expone a la crítica: los abusos, las excentricidades, las exhibiciones, las explotaciones, la charlatanería bajo todos sus aspectos, las prácticas absurdas, que solamente son una parodia, que el Espiritismo serio jamás ha defendido, pero que, en cambio, siempre ha repudiado. Por lo tanto, el ridículo sólo ha golpeado y atacado lo que era ridículo en la

manera en la cual ciertas personas, poco esclarecidas, conciben al Espiritismo. Si el ridículo todavía no ha matado completamente esos abusos, les ha dirigido un golpe mortal, y era justo.

El Espiritismo verdadero sólo ha podido ganar, entonces, al ser desembarazado de la plaga de sus parásitos, y son sus enemigos los que se han encargado de eso. En cuanto a la Doctrina propiamente dicha, se debe observar que casi siempre ha quedado fuera de debate; y, sin embargo, es la parte principal, el alma de la causa. Sus adversarios han comprendido bien que el ridículo no podía rozarla; han sentido que la fina lámina de la burla ingeniosa sólo resbalaría sobre esa coraza, es por eso que la han atacado con la maza de la injuria grosera y el puñetazo de un patán, pero también con poco éxito.

Desde el principio, el Espiritismo les ha parecido a ciertos individuos que ya no tenían medios de ganar dinero una mina fecunda para explotar

debido a su novedad; algunos, menos tocados por la pureza de la moral del Espiritismo que por las posibilidades que entreveían en él, se han puesto bajo la égida de su nombre con la expectativa de hacer dinero; son aquellos que se pueden llamar *espíritas de circunstancia*.

¿Qué habría sucedido con esa Doctrina si no se hubiera utilizado de toda su influencia para desbaratar y desacreditar las maniobras de la explotación? Se habría visto a charlatanes pululando por todas partes, haciendo una mezcla sacrílega de lo que hay de más sagrado – el respeto hacia los muertos– y, con la supuesta apariencia de brujos, adivinos, cartománticos, vaticinadores de buenaventura, supliendo, por medio del fraude, a los Espíritus cuando éstos no vinieran. En poco tiempo, se habrían visto las manifestaciones producidas sobre las tablas, juntamente con números de escamoteo; gabinetes de consultas espíritas anunciados públicamente y revendidos como oficinas de

colocación, según la importancia de la clientela, como si la facultad mediática se pudiera transmitir como si fuera un negocio.

Por su silencio, que habría sido una aprobación tácita, la Doctrina se habría vuelto solidaria; diremos más: se habría vuelto cómplice de esos abusos. Entonces, la crítica habría estado en condiciones de triunfar fácilmente, porque hubiera podido, con razón, imputarle a la Doctrina el mal que hubiera sucedido, ya que, por su tolerancia, habría asumido la responsabilidad del ridículo y, por consiguiente, de la justa reprobación vertida sobre los abusos; tal vez, la Doctrina hubiera estado retrasada en más de un siglo antes de recuperarse de ese revés. Sería necesario no comprender el carácter del Espiritismo y, mucho menos, sus verdaderos intereses para creer que tales auxiliares pudieran ser útiles para su propagación o apropiados para que el Espiritismo fuera considerado como algo santo y respetable.

Al estigmatizar la explotación

como lo hemos hecho, tenemos la seguridad de haber preservado a la Doctrina de un verdadero peligro, peligro más grande que la mala voluntad de sus antagonistas declarados, porque lo menos grave que habría habido sería su descrédito; ella les habría ofrecido, efectivamente, un lado vulnerable, pero, al contrario, ellos han sido detenidos ante la pureza de los principios de la Doctrina. No ignoramos que hemos suscitado contra nosotros la animosidad de los explotadores y que sus partidarios se han vuelto hostiles contra nosotros; ¡pero qué nos importa! Nuestro deber es ocuparnos de la causa de la Doctrina y no del interés de esas personas; y ese deber lo cumpliremos con perseverancia y firmeza hasta el final.

No era algo pequeño luchar contra la invasión de la charlatanería en un siglo como éste, sobre todo de una charlatanería secundada, frecuentemente suscitada, por los más implacables enemigos del Espiritismo; pues, luego de haber fracasado con los

argumentos, ellos comprendían bien que lo que más fatal le podía ser al Espiritismo era el ridículo; para eso, el medio más seguro era hacer que fuera explotado por la charlatanería, a fin de desacreditarlo ante la opinión pública.

Todos los espíritas sinceros han comprendido el peligro que hemos señalado y nos han secundado en nuestros esfuerzos, reaccionando, por su parte, contra las tendencias que amenazaban desarrollarse. No son algunos hechos de manifestaciones, suponiéndolos reales, presentados en espectáculo, como atractivo para la minoría, que le dan al Espiritismo verdaderos prosélitos, porque, en tales condiciones, esos hechos autorizan la sospecha. Los propios incrédulos son los primeros en decir que, si los Espíritus se comunican verdaderamente, no puede ser para servir de comparas o de cómplices por un monto por cada sesión; he aquí el motivo por el cual los incrédulos se ríen de eso; consideran ridículo que, en esas escenas,

se mezclen nombres respetables, y ellos tienen cien veces razón. Por cada persona que sea conducida al Espiritismo por esta senda, suponiendo siempre un hecho real, habrá cien que se desviarán, sin querer oír hablar más de Espiritismo. La impresión es completamente diferente en los lugares donde nada equívoco puede hacer sospechar de la sinceridad, de la buena fe y del desinterés, donde la honorabilidad notoria de las personas impone respeto. Si no se sale de allí convencido, no se lleva, por lo menos, la idea de una juglaría.

Por lo tanto, el Espiritismo nada tiene que ganar, y sólo podría perder, al apoyarse en la explotación, más bien serían los explotadores los que se beneficiarían de la reputación del

«el Espiritismo nada tiene que ganar, y sólo podría perder, al apoyarse en la explotación»

Espiritismo. Su porvenir no está en la creencia de un individuo en este o en aquel hecho de manifestación; está totalmente en el ascendiente que adquirirá por su moralidad; es por allí que ha triunfado y es por allí que triunfará aún sobre las maniobras de sus adversarios. Su fuerza está en su carácter moral, y es eso lo que no se le podrá quitar.

El Espiritismo entra en una fase solemne; a pesar de ello, tendrá todavía grandes luchas que soportar;

por lo tanto, es necesario que sea fuerte por sí mismo, es necesario que sea respetable. Les corresponde a sus adeptos abnegados hacer que el Espiritismo sea respetado, en primer lugar predicando ellos mismos por medio de palabras y por el ejemplo y, luego, repudiando, en nombre de la Doctrina, todo lo que podría perjudicar la consideración por la cual debe estar rodeada. Es así que el Espiritismo podrá afrontar las intrigas, la broma y el ridículo.



13 – Biografía del Sr. Allan Kardec

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos

12.º año, n.º 5, mayo de 1869

Bajo el golpe del dolor profundo causado por la prematura partida del venerable fundador de la Doctrina Espírita, iniciamos una tarea simple y fácil para sus manos sabias y experimentadas, pero cuyo peso y gravedad nos agobiarían si no contáramos con la ayuda eficaz de los buenos Espíritus y con la indulgencia de nuestros lectores.

¿Quién, entre nosotros, podría, sin ser tachado de presuntuoso, vanagloriarse de poseer el espíritu metódico y de organización del cual se iluminan todos los trabajos del maestro? Únicamente su poderosa inteligencia podía concentrar tantos materiales diversos y desmenuzarlos, transformarlos, para luego difundirlos, como un benéfico rocío sobre las almas deseosas de conocer y de amar.

Incisivo, conciso, profundo, él

sabía agradar y hacerse comprender en un lenguaje a la vez sencillo y elevado, alejado tanto del estilo familiar como de las oscuridades de la metafísica.

Multiplicándose incesantemente, había podido, hasta aquí, darse abasto a todo. Sin embargo, el incremento diario de sus relaciones y el desarrollo incesante del Espiritismo le hacían sentir la necesidad de designar a algunos ayudantes inteligentes. Él preparaba simultáneamente la nueva organización de la Doctrina y de sus trabajos, cuando nos dejó para ir a un mundo mejor recoger la aprobación de la misión cumplida y reunir los elementos de una nueva obra de abnegación y de sacrificio.

¡Él era solo!... Nosotros nos llamaremos *legión* y, por más débiles e inexpertos que seamos, tenemos la íntima

convicción de que nos mantendremos a la altura de la situación, si, partiendo de los principios establecidos y de una evidencia indudable, nos concentramos en ejecutar, tanto como nos sea posible y según las necesidades del momento, los proyectos futuros que el Sr. Allan Kardec se proponía llevar a cabo él mismo.

Mientras estemos en su senda y todas las buenas voluntades se unan en un común esfuerzo hacia el progreso y hacia la regeneración intelectual y moral de la humanidad, el Espíritu del gran filósofo estará con nosotros y nos secundará con su poderosa influencia. ¡Que pueda él suplir nuestra deficiencia y que podamos nosotros volvernos dignos de su ayuda, consagrándonos a la obra con tanta abnegación y sinceridad, si no con tanta ciencia e inteligencia!

Él había inscrito, en su bandera, estas palabras: «*Trabajo, solidaridad, tolerancia*». Seamos, como él, infatigables; seamos, según sus votos, tolerantes y solidarios, y no temamos

seguir su ejemplo volviendo a empezar veinte veces el trabajo con los principios todavía en discusión. Hacemos un llamado a todas las ayudas, a todas las luces. Intentaremos avanzar con certidumbre antes que con rapidez y nuestros esfuerzos no serán infructuosos si, como estamos persuadidos y como seremos los primeros en dar ejemplo, cada uno se fija en cumplir su deber poniendo de lado toda cuestión personal para contribuir al bien general.

No podríamos entrar, bajo auspicios más favorables, en la nueva fase que se abre para el Espiritismo, que dando a conocer a nuestros lectores, en un rápido esquicio, lo que fue toda su vida; el hombre íntegro y honrado, el sabio inteligente y fecundo, cuyo recuerdo se transmitirá a los siglos futuros, rodeado de la aureola de los bienhechores de la humanidad.

Nacido en Lyon el 3 de octubre de 1804, en una antigua familia que se distinguió en la magistratura y en la abogacía, el Sr. Allan Kardec

(*Hippolyte Léon Denizard Rivail*)¹² no siguió esa carrera. Desde su primera juventud, se sintió atraído hacia el estudio de las ciencias y de la filosofía.

Educado en la Escuela de Pestalozzi, en Yverdun (Suiza), se volvió uno de los discípulos más eminentes de ese célebre profesor y uno de los propagadores diligentes de su sistema de educación, que ejerció una gran influencia sobre la reforma educacional en Alemania y en Francia.

Dotado de una inteligencia notable y atraído hacia la enseñanza por su carácter y sus aptitudes especiales, enseñaba, desde la edad de catorce años, lo que sabía a aquellos de sus condiscípulos que tenían menos conocimiento que él. Fue en esa escuela donde se desarrollaron las ideas que, más tarde, lo colocaron en la categoría de los hombres de progreso y de los libres pensadores.

Nacido en la religión católica, pero educado en un país protestante, los actos de intolerancia que tuvo que sufrir en ese tema le hicieron concebir, desde temprano, la idea de una reforma religiosa, en la cual trabajó en silencio durante largos años, con la idea de llegar a la unificación de las creencias; pero le faltaba el elemento indispensable para la solución de ese gran problema.

Más tarde, el Espiritismo vendría a proporcionarle ese elemento y a imprimir una dirección específica a sus trabajos.

Concluidos sus estudios, vino a París. Como dominaba a fondo la lengua alemana, tradujo para Alemania diferentes obras de educación y de moral y, lo que le es característico, las obras de Fénelon, que le encantaban particularmente.

Era miembro de varias sociedades

¹² N. de la T.: esta es la grafía correcta del nombre del Codificador, no la que estaba en el texto original (ver: THIESEN, Francisco; WANTUIL, Zeus. *Allan Kardec*. 5.^a ed. Rio de Janeiro: Federação Espírita Brasileira, 1999, vol. 1, p. 193-197).

sabias, entre otras, de la Academia Real de Arras, que, en su concurso de 1831, le coronó por una notable memoria sobre esta cuestión: «¿Cuál es el sistema educacional más en armonía con las necesidades de la época?»

De 1835 a 1840, fundó, en su domicilio, en la calle de Sèvres, cursos gratuitos, en los cuales enseñaba Química, Física, Anatomía Comparada, Astronomía, etc.; acto digno de elogios en todos los tiempos, sobre todo en una época en la cual un número muy pequeño de inteligencias se aventuraba a entrar en esa senda.

Constantemente preocupado por volver atractivos e interesantes los sistemas de educación, inventó, en la misma época, un método ingenioso para enseñar a contar y un cuadro mnemónico de la historia de Francia, que tenía como objetivo fijar en la memoria las fechas de los acontecimientos notables y los grandes descubrimientos que ilustraron cada reinado.

Entre sus numerosas obras de educación, citaremos las siguientes:

Plan propuesto para el mejoramiento de la instrucción pública (1828); *Curso práctico y teórico de aritmética*, según el método de Pestalozzi, para el uso de los profesores y de las madres de familia (1829); *Gramática francesa clásica* (1831); *Manual de los exámenes para los títulos de capacidad*; *Soluciones razonadas de las cuestiones y problemas de aritmética y de geometría* (1846); *Catecismo gramatical de la lengua francesa* (1848); *Programa de los cursos usuales de Química, Física, Astronomía, Fisiología*, que enseñaba en el LICEO POLIMÁTICO; *Dictados normales de los exámenes de la Casa Consistorial y de la Sorbonne*, acompañados de *Dictados especiales sobre las dificultades ortográficas* (1849), obra muy apreciada en la época de su aparición y de la que, hasta hace poco, él hizo imprimir nuevas ediciones.

Antes de que el Espiritismo viniera a popularizar el seudónimo «Allan Kardec», él había sabido ilustrarse, como se ve, por trabajos de una naturaleza completamente diferente, pero que tenían como objetivo esclarecer a

las masas y unir las más a su familia y a su país.

Hacia el año de 1850, desde que se empezó a tratar las manifestaciones de los Espíritus, el Sr. Allan Kardec se entregó a observaciones perseverantes sobre ese fenómeno y se centró principalmente en deducir sus consecuencias filosóficas. Desde luego, vislumbró el principio de nuevas leyes naturales: las que rigen las relaciones del mundo visible y del mundo invisible; reconoció, en la acción de este último, una de las fuerzas de la naturaleza, cuyo conocimiento debía lanzar luz sobre una multitud de problemas, considerados insolubles, y comprendió su alcance desde el punto de vista religioso.

Sus principales obras sobre esta materia son: *El libro de los Espíritus*, para la parte filosófica, cuya primera edición apareció el 18 de abril de 1857; *El libro de los médiums*, para la parte experimental y científica (enero de 1861); *El evangelio según el Espiritismo*, para la parte moral (abril de 1864);

El cielo y el infierno o la justicia divina según el Espiritismo (agosto de 1865); *La génesis, los milagros y las predicciones según el Espiritismo* (enero de 1868); la *Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos*, colección mensual empezada el 1.º de enero de 1858. Fundó en París, el 1.º de abril de 1858, la primera sociedad espírita regularmente constituida, con el nombre de *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*, cuyo objetivo exclusivo es el estudio de todo lo que puede contribuir al progreso de esa nueva Ciencia. El Sr. Allan Kardec, con toda razón, niega haber escrito alguna cosa bajo la influencia de ideas preconcebidas o sistemáticas. Hombre de carácter frío y calmado, observó los hechos y, de sus observaciones, dedujo las leyes que los rigen; fue el primero en dar la teoría de los hechos y en formar un cuerpo metódico y regular.

Demostrando que los hechos calificados falsamente de sobrenaturales están sometidos a leyes, les hace entrar en el orden de los fenómenos

de la naturaleza y destruye, así, el último refugio de lo maravilloso y uno de los elementos de la superstición.

Durante los primeros años en los cuales se empezó a tratar los fenómenos espíritas, esas manifestaciones fueron más bien un objeto de curiosidad antes que un tema de meditaciones serias. *El libro de los Espíritus* hizo que se considerara el asunto desde un aspecto completamente diferente. Entonces, se han abandonado las mesas giratorias, que sólo habían sido un preludeo, y las personas se han reunido alrededor de un cuerpo doctrinario que abarca todas las cuestiones que interesan a la humanidad.

De la aparición de *El libro de los Espíritus*, data la verdadera fundación del Espiritismo, que, hasta entonces, solamente poseía elementos esparcidos sin coordinación y cuyo alcance no había podido ser comprendido por todo el mundo; desde ese momento también, la Doctrina ha atraído la atención de las personas serias y ha tomado un rápido desarrollo. En pocos

años, esas ideas han encontrado a numerosos adeptos en todos los rangos de la sociedad y en todos los países. Ese éxito, sin precedentes, se debe indudablemente a las simpatías que esas ideas han encontrado, pero también, en gran parte, a la claridad, que es una de las características distintivas de los escritos de Allan Kardec.

Absteniéndose de las fórmulas abstractas de la metafísica, el autor ha sabido hacerse leer sin fatiga, condición esencial para la difusión de una idea. Sobre todos los puntos de controversia, su argumentación, de una lógica rigurosa, no da cabida a la refutación y predispone a la convicción. Las pruebas materiales que da el Espiritismo de la existencia del alma y de la vida futura tienden a la destrucción de las ideas materialistas y panteístas. Uno de los principios más fecundos de esa Doctrina, y que deriva de lo que precede, es el de *la pluralidad de las existencias*, ya vislumbrado por muchos filósofos antiguos y modernos y, en estos últimos

tiempos, por *Jean Reynaud, Charles Fourier, Eugène Sue* y otros; pero había permanecido en estado de hipótesis y de sistema, mientras que el Espiritismo demuestra su realidad y prueba que es uno de los atributos esenciales de la humanidad. De ese principio deriva la solución de todas las anomalías aparentes de la vida humana, de todas las desigualdades intelectuales, morales y sociales; el ser humano sabe de dónde viene, adónde va, la finalidad por la cual está en la Tierra y por qué sufre.

Las ideas innatas se explican por medio de los conocimientos adquiridos en las vidas anteriores; el desarrollo de los pueblos y de la humanidad, por medio de las personas de los tiempos pasados, que reviven después de haber progresado; las simpatías y las antipatías, por medio de la naturaleza de las relaciones anteriores; esas relaciones, que unen la gran familia humana de todas las épocas, les ofrecen, como base, a los grandes principios de fraternidad, de igualdad, de

libertad y de solidaridad universal, las propias leyes de la naturaleza, y ya no una teoría.

En lugar del principio «*Fuera de la Iglesia no hay salvación*», que mantiene la división y la animosidad entre las diferentes sectas y que ha hecho derramar tanta sangre, el Espiritismo tiene como máxima «*Fuera de la caridad no hay salvación*», es decir, la igualdad entre las personas ante Dios, la tolerancia, la libertad de conciencia y la benevolencia mutua.

En lugar de la *fe ciega*, que aniquila la libertad de pensamiento, dice: «*No hay fe inquebrantable sino aquella que puede mirar a la razón cara a cara en todas las épocas de la humanidad. La fe necesita una base, y esa base es la comprensión perfecta de aquello en lo que se debe creer; para creer, no basta ver; es necesario, sobre todo, comprender. La fe ciega ya no es de este siglo; ahora bien, es precisamente el dogma de la fe ciega el que hace, hoy en día, el mayor número de incrédulos, porque quiere imponerse y exige la abdicación de una*

de las más preciosas facultades del ser humano: el razonamiento y el libre albedrío.»
(El evangelio según el Espiritismo).

Trabajador infatigable, siempre el primero en la obra y el último en dejarla, Allan Kardec sucumbió el 31 de marzo de 1869, en medio de preparativos de un cambio de local, que se le hizo necesario por la considerable extensión de sus múltiples ocupaciones. Numerosas obras que él estaba a punto de concluir, o que esperaban el tiempo oportuno para aparecer, vendrán a probar, un día, aún más, la amplitud y el poder de sus concepciones.

Murió como vivió: trabajando. Desde hacía largos años, sufría de una enfermedad de corazón que solamente podía ser combatida por el reposo intelectual y una cierta actividad material; pero, completamente dedicado a su obra, se negaba a todo lo que podía absorber uno de sus instantes, a costa de sus predilectas ocupaciones. En él, como en todas las almas fuertemente templadas, la espada ha

gastado la *vaina*.

Su cuerpo se le hacía pesado y le negaba sus servicios, pero su Espíritu, más vivo, más enérgico, más fecundo, siempre extendía más el círculo de su actividad.

En esa lucha desigual, la materia no podía resistir eternamente. Un día, fue vencida. El aneurisma se rompió y Allan Kardec cayó fulminado. ¡Un hombre faltaba en la Tierra; pero un gran nombre tomaba lugar entre los personajes ilustres de este siglo, un gran Espíritu iba a vigorizarse en lo infinito, donde todos aquellos que él había consolado y esclarecido esperaban impacientemente su venida!

«¡La muerte –decía él todavía recientemente– la muerte hiere a golpes redoblados en las clases ilustres!... ¿A quién ella vendrá ahora a liberar?»

Después de tantos otros, él fue a vigorizarse en el espacio, a buscar nuevos elementos para renovar su organismo gastado por una vida de labores incesantes. Partió con aquellos que serán los faros de la nueva

generación, para volver luego con ellos a continuar y concluir la obra dejada entre manos abnegadas.

El hombre ya no existe, pero el alma permanecerá entre nosotros; es un protector seguro, una luz más, un trabajador infatigable con quien se han incrementado las falanges del espacio. Como en la Tierra, sin herir a nadie, sabrá hacer que cada uno oiga los consejos convenientes; calmará el celo prematuro de los exaltados, secundará a los sinceros y a los desinteresados y estimulará a los tibios. ¡Él ve, sabe hoy todo lo que había previsto no hace mucho! Ya no está sujeto a las incertidumbres, ni a las debilidades, y nos hará partícipes de su convicción haciéndonos comprender claramente el objetivo, señalándonos la senda, en

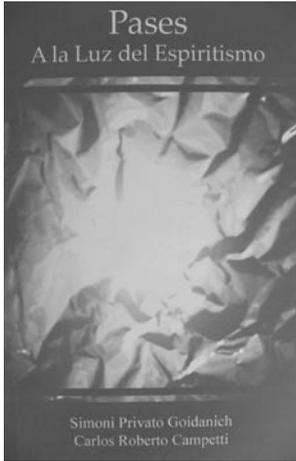
ese lenguaje claro, preciso, que hace de él un modelo en los anales literarios.

El hombre ya no existe, lo repetimos, pero Allan Kardec es inmortal, y su recuerdo, sus trabajos, su Espíritu estarán siempre con aquellos que mantengan, de manera firme y alta, la bandera que él supo hacer respetar siempre.

Una individualidad poderosa constituyó la obra; era el guía y la luz de todos. La obra, en la Tierra, tomará el lugar del individuo. No nos reuniremos alrededor de Allan Kardec; nos reuniremos alrededor del Espiritismo tal como él lo constituyó y, por sus consejos, bajo su influencia, avanzaremos con pasos seguros hacia las fases felices prometidas a la humanidad regenerada.



Otros libros de la autora



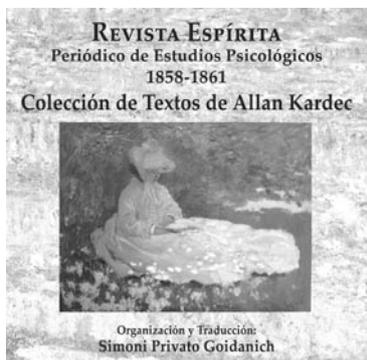
Pases a la Luz del Espiritismo

Escrito con Carlos Roberto Campetti, este libro fue elaborado en base a las obras de Allan Kardec, de los Espíritus Emmanuel, André Luiz, Manoel Philomeno de Miranda, Áureo y Hermano Jacobo, así como a las enseñanzas del Magnetismo presentadas por Michaelus. Analiza el concepto de pases; el papel del pasista y del paciente; los mecanismos de los pases; las técnicas; la aplicación de pases para la interrupción de procesos obsesivos y en las reuniones mediúnicas; el servicio de pases en el Centro Espírita. Cuenta con un capítulo dedicado a reflexiones sobre preguntas y comentarios frecuentes de pasistas y de pacientes.



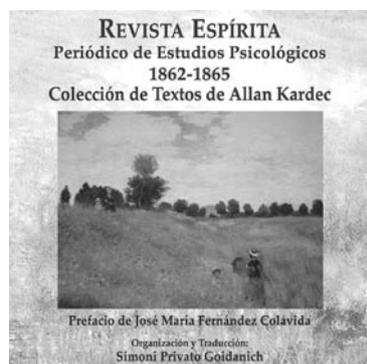
Oratoria a la Luz del Espiritismo

Se basa en las obras de Allan Kardec, Emmanuel, André Luiz, Joanna de Ángelis, Manoel Philomeno de Miranda y Marco Prisco. Se destina a candidatos a la tarea, a dirigentes responsables del ofrecimiento de la tribuna espírita a oradores y al público que asiste a las conferencias espíritas. Entre otros temas, el libro analiza el concepto y la finalidad de la oratoria espírita; la elocuencia a la luz del Espiritismo; los mecanismos de la oratoria; los requisitos para la preparación del orador espírita; el miedo de hablar en público; la acción de los obsesores sobre los oradores y la oratoria espírita en la práctica.



Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos 1858-1861: Colección de Textos de Allan Kardec

El libro contiene diecisiete textos traducidos fielmente del original escrito en el idioma francés por Allan Kardec, que fueron publicados entre 1858 y 1861 en la *Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos*. Casi todos los textos estaban inéditos en el idioma español hasta la publicación de este libro. Entre otros temas, esos textos tratan de: mediumnidad, orientaciones a grupos y a movimientos espíritas, la intervención de la Ciencia en el Espiritismo, polémicas y publicaciones espíritas, y el Auto de Fe de Barcelona.



Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos 1862-1865: Colección de Textos de Allan Kardec

El libro contiene veinte textos traducidos fielmente del original en francés, que fueron escritos por Allan Kardec y publicados, entre 1862 y 1865, en la *Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos*. Del mismo modo que los textos del primer volumen de la trilogía, casi todos los textos de este libro estaban inéditos en el idioma español. Entre otros temas, estos textos tratan de los principios fundamentales de los fenómenos espíritas, de la mediumnidad curativa, de la reencarnación, del suicidio, de aspectos científicos del Espiritismo, de orientaciones a grupos y a movimientos espíritas y de la utilidad de las enseñanzas de los Espíritus.

Impreso por *La Oficina*
laoficina@uio.satnet.net
Tel: (5932) 2412004
Quito - Ecuador